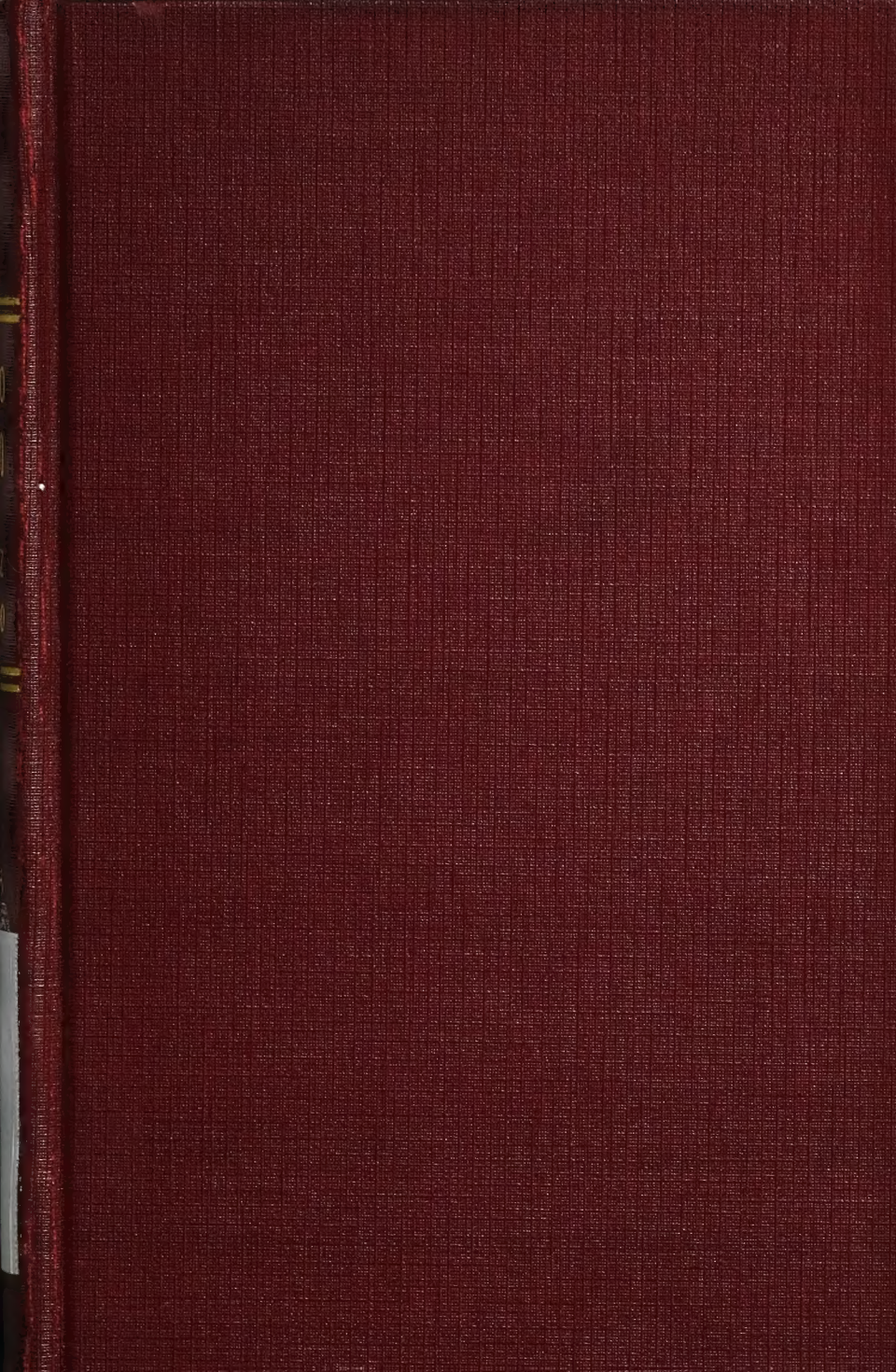
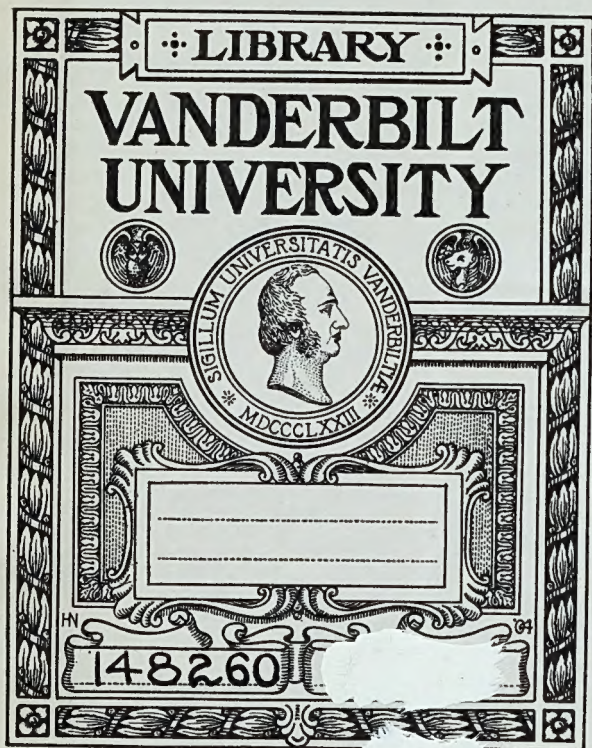
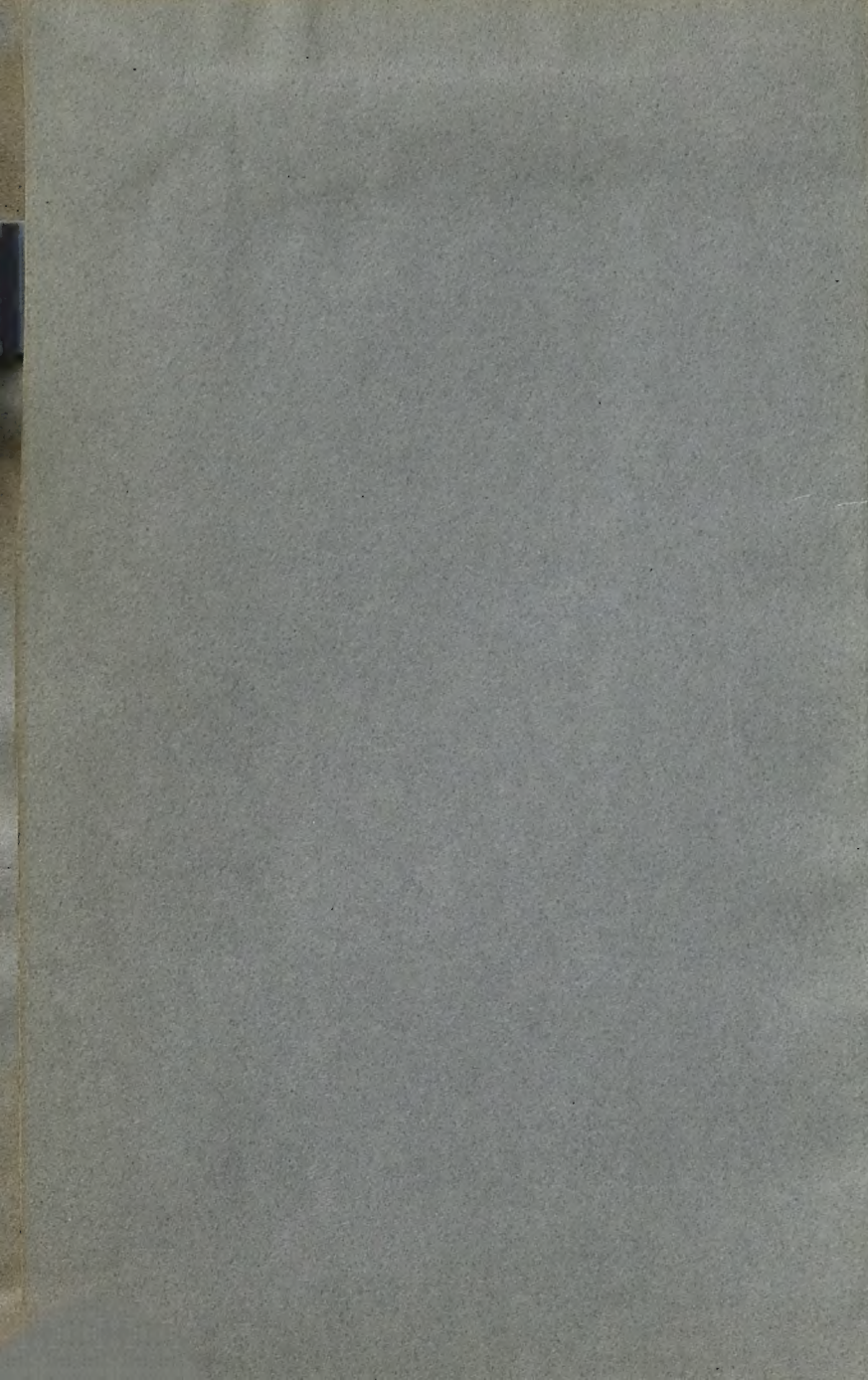


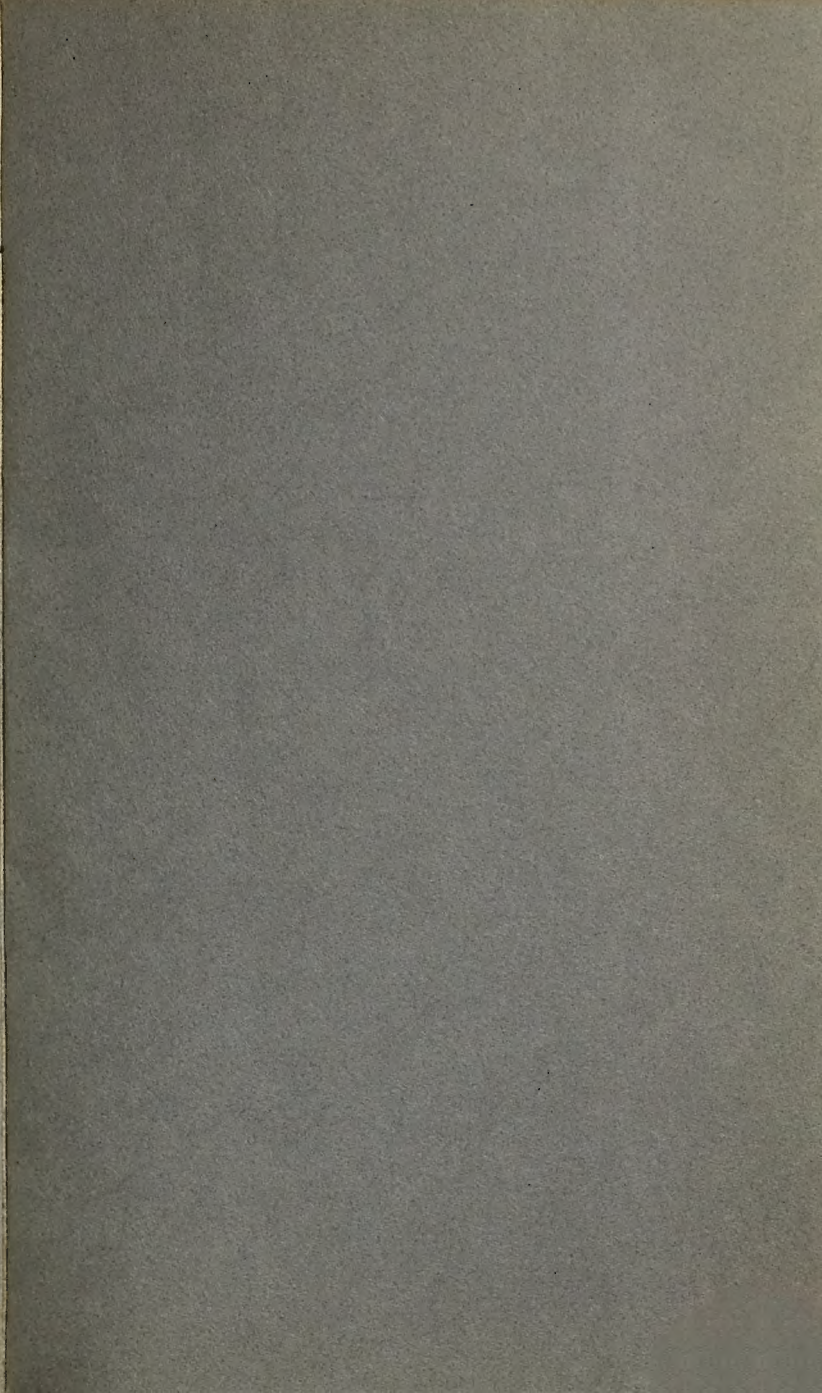


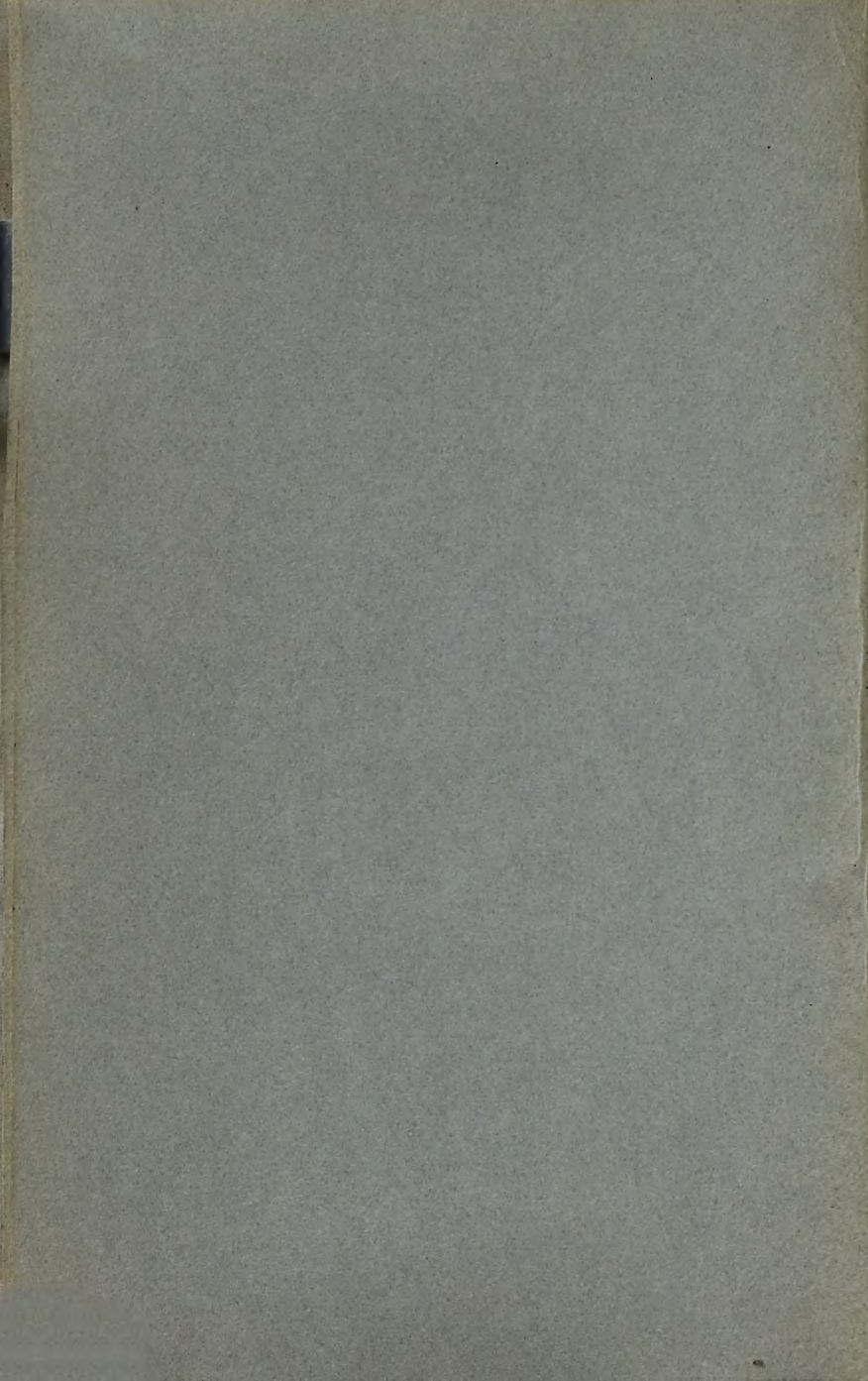


3 0081 007 948 601









TEATRO COMPLETO

TOMO XXVI

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TEATRO COMPLETO

TOMO XXVI

COMEDIAS Y DRAMAS

RAMO DE LOCURA.—LA MORAL DE ARRABALES.

LA PRISA.—LA FLOR EN EL LIBRO.



MADRID

1928

Es propiedad de los autores
Copyright, 1928, by S. y J. Alvarez Quintero

MADRID.—IMPRESA CLÁSICA ESPAÑOLA
GLORIETA DE LA IGLESIA DE CHAMBERÍ

Tom. I. ang.

148260

RAMO DE LOCURA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO DEL CENTRO
el 26 de abril de 1921



A JOAQUÍN GUICHOT
cordialmente,

SERAFIN Y JOAQUIN.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

NARDA	MARÍA F. LADRÓN DE GUEVARA.
LA SEÑORA ALDONZA.	IRENE ALBA.
MARAVILLAS.....	JOAQUINA ALMARCHE.
LIBRE.....	CARMEN VILLA.
DÁMASA	MONTSERRAT BLANCH.
CECILIO.....	RAFAEL RIVELLES.
EL SEÑOR ZAPATÁ...	JUAN BONAFÉ.
EL SEÑOR FAUSTO...	PABLO HIDALGO.
ANTONINO.....	NICOLÁS RODRÍGUEZ.
INDALECIO	ANTONIO P. SORIANO.

RAMO DE LOCURA

ACTO PRIMERO

Trastienda de la cacharrería de la señora Aldonza, en un barrio del viejo Madrid. A la izquierda del actor, en primer término, puerta con cortina que da a la tienda; a la derecha, puerta de salida al portal de la casa. Al foro, en el segundo término de la derecha, una ventana que da al patio, y en el tercero de la izquierda, puerta que conduce a las habitaciones del local. Una mesa de pino con hule, dos o tres sillas ordinarias, y acá y allá, por los rincones, diversos cacharros, estropajos, escobas, rollos de cordel, algún cajón con varios compartimientos llenos de granos y semillas, etcétera, etc. En una palabra: repuesto y sobras del modesto comercio. En la ventana, que no tiene reja, una persiana recogida, una maceta de geranios y una jaula con un pajarillo. En la pared, dos o tres cromos pintorescos. Pendiente del techo una bombilla de luz eléctrica con pantalla. Suelo de ladrillos medio cubierto con pedazos de pleita.

Es por la mañana, en octubre.

Antonino, estudiante que aún no ha entrado en quintas, habla desde la ventana por las manos con una vecinita a quien se supone asomada a uno de los balcones del patio.

La señora Aldonza lo hospeda en su casa, y

está en Madrid preparándose, al decir de él, para unas oposiciones a Correos. Sobre la mesa tiene un libro esperándolo.

Indalecio, sillero que trabaja en el patio, y que sólo es oído y no visto, canta una tonadilla popular.

INDALECIO.

*A la vez que mis ojos lloran
canta y ríe mi corazón;
y a mi cuerpo de arriba abajo
lo sacude como un temblor...*

ANTONINO. *Después de dos o tres rectificaciones de su mudo lenguaje. Pero, oiga usted, Indalecio.*

INDALECIO. *Dentro. ¿Qué hay, pollo?*

ANTONINO. *¿Es que la compostura de asientos de rejilla requiere el canturreo?*

INDALECIO. *¿Es que al hablar por señas le molesta la música?*

ANTONINO. *Los abejorros molestan siempre. ¡Me confunde usted!...*

INDALECIO. *Pues yo cantando me alegro el trabajo. ¡Como no fumo!... Ya te acostumbrarás.*

ANTONINO. *¡Bueno!*

INDALECIO. *Mientras no acabe esta rejilla tiés gramófono.*

ANTONINO. *¡Bueno!*

Continúa él su diálogo con la vecina y el otro su canto.

INDALECIO.

*Rojo y oro son los colores
más bonitos que Dios crió;
rojo y oro son los que lleva
la bandera de mi nación...*

Pausa. El señor Fausto, marido de la señora Aldonza, asoma en la puerta de la izquierda, llamando.

SEÑOR FAUSTO. ¡Libre! ¡Libre! Hombre, Antonino, que no pueo apartarme de la tienda: dale una voz a Libre. *Se retira.*

ANTONINO. Sí, señor Fausto. *Llégase a la puerta del foro y llama. ¡Liebre! ¡Liebre! Se vuelve a la ventana a charlar.*

A poco sale del interior Libre, criada de la casa, donde no tiene un minuto adecuado a su nombre.

LIBRE. *Encarándose con Antonino.* Usté y yo vamos a terminar malamente.

ANTONINO. ¿Y eso?

LIBRE. ¡Me va a mí cansando ya lo de Liebre!

ANTONINO. A mí me cansa más el bacalao.

LIBRE. Eso cuénteselo usté a la señora Aldonza. Yo guiso lo que me mandan traer. ¿No sabe usté mi nombre?

ANTONINO. ¡Liebre!

LIBRE. ¡Libre! Como si quíe usted decirlo del to: Librepensamiento.

ANTONINO. Es muy largo con el apellido.

LIBRE. Pues así me puso en la pila mi padre, y así me tié usted que llamar.

ANTONINO. ¿En qué pila te lo puso tu padre? ¡Sería en la Cibeles!

LIBRE. ¡Vamos; que le den a usted cuatro tiros!

ANTONINO. ¡Los que tú quieras, Liebre!

LIBRE. ¡Libre! ¡Usted sí que tié nombre de pájaro! ¡Miá que Antonino!

ANTONINO. Me gusta enfadarte porque te pones muy preciosa. ¡Que una porcelana del Retiro sirva en una cacharrería!...

LIBRE. ¡Las manos quietas!

ANTONINO. Hoy te has levantao con el bonito cuesta arriba.

LIBRE. Eso, a la hija de la comadrona. *Señala a la ventana.*

ANTONINO. Eso, a ti, que eres la que me disloca en el barrio.

LIBRE. ¡Las manos quietas!

ANTONINO. Pues ¿qué haces tú que no das ejemplo? ¡Déjalas quietas tú!

Se oye rezongar allá dentro a la señora Aldonza, que se acerca.

LIBRE. *Despavorida.* ¡Huy! ¡La señora Aldonza! ¡Voy a un recaó al principal! *Echa a correr hacia la puerta de la derecha y se va escapada.*

ANTONINO. ¿Ves como eres Liebre? *Siéntase a la mesa a hacer que estudia, temeroso también.* Nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo y ablativo... Nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo y ablativo...

Repitiendo esta cantinela lo sorprende la señora Aldonza, que sale por la puerta del foro, lo escucha un momento y luego exclama:

SEÑORA ALDONZA. Pero, tú, ¿ese libro no dice más que esa monserga?

ANTONINO. ¿Eh?

SEÑORA ALDONZA. ¡Que si ese libro no trai más que eso!

ANTONINO. No, señora; sino que lo repito, pa fijármelo en la memoria.

SEÑORA ALDONZA. ¡Como que yo he llegao del pueblo en el corto! *Le da dos cocotazos.* ¡Toma vocativo!

ANTONINO. ¡Señora!

SEÑORA ALDONZA. ¿Qué?

ANTONINO. ¡Las manos quietas!

SEÑORA ALDONZA. ¡Te pensarás tú que vas a burlarte de tu madre y de mí! ¡Tu madre te ha mandao del pueblo a mi cuidao, pa que estudies, y no coges un libro en to el día! ¡Y yo tengo licencia de tu madre pa hacerte picadillo si es menester!

ANTONINO. ¡Usté no es más que mi patrona, y gracias! ¡Y estos tratos se van a acabar!

SEÑORA ALDONZA. ¡Como no te acabes tú pri-

mero!... *Dándole un empujón.* ¡A estudiar, bigar-
do! ¡A estudiar! ¡A pasar ya del vocativo!

ANTONINO. ¡La he dicho a usted que las manos
quietas!

SEÑORA ALDONZA. Por supuesto, que la mitá
de la culpa de tu gandulería la tié la puerca de la
hija de la comadrona.

ANTONINO. ¡Señora, más respeto!

SEÑORA ALDONZA. ¡Que empiece ella por dar-
se a respetar! ¿A que está al balcón? *Mirando al
patio desde la ventana.* ¿No lo dije? ¡Allí está la
prenda! *Gritándole.* ¡Niña! ¡Que el patio es hú-
medo! ¿No tié usted na que hacer allá dentro, y
son las once de la mañana? ¡Puerca! ¡Más que
puerca!

ANTONINO. A usted la van a echar de la casa.

SEÑORA ALDONZA. ¿A mí? ¡No ha nacido!
A la vecina nuevamente. ¡Puerca! ¡Puerca!
¡Puerca!

INDALECIO. Siempre desde dentro. ¡Vamos,
señora Aldonza!...

SEÑORA ALDONZA. ¿Vamos? ¿Adónde va-
mos? ¡Yo, con usted, ni a misa!

Indalecio canta por toda réplica:

INDALECIO.

*Soldado de Nápoles
me quiso mi suerte...*

Como se ve, la señora Aldonza es una cacha-

rrera de armas tomar. En el barrio es famosa y temible.

Sale el señor Fausto de la tienda. En la mano trae una citación de un Juzgado.

SEÑOR FAUSTO. Aquí tiés, Aldonza: la de esta semana. No podía faltar.

SEÑORA ALDONZA. ¿Qué?

SEÑOR FAUSTO. La citación a juicio; pa el día 13.

SEÑORA ALDONZA. ¡Ah! sí; con la Pascasia la tripicallera. La zurré la otra mañana en el mercao. Se quedará con la zurra y pagará las costas. Ya el juez me conoce.

SEÑOR FAUSTO. ¿No te ha de conocer? ¡Como que vas cuasi a diario!

SEÑORA ALDONZA. ¡Porque no tolero demasiás de nadie, señor! ¡Porque pa eso me ha dao Dios a mí dos manos y una lengua muy limpia! ¡Porque la justicia es justicia siempre! *A Dámasa, moza de servicio, que, con un cántaro a la cintura, ha asomado en el patio tras la ventana y se ha detenido a escucharla: ¿Qué? ¿Qué hay?*

DÁMASA. Na, señora Aldonza; que voy pa la fuente.

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues a la fuente, que esto no es un cine! *Corre la persiana con mal modo.*

DÁMASA. ¡Ave María! ¡Qué fiera de mujer!

SEÑORA ALDONZA. ¡Más vale ser fiera que no pava! *A su marido. ¡Tú, pasmao, a la tienda, que la*

has dejao sola! *El señor Fausto se rasca la cabeza y se va en silencio. Al estudiante. ¡Tú, sinvergüenza, al libro! Antonino la mira y se sienta a estudiar. Yo la voy a decir cuatro palabras al oído a la portera, y otras cuatro en voz alta al señor Paco el del quiosco. Al ir a marcharse por el portal, acierta a llegar Libre.* ¿De ande vienes tú?

LIBRE. Del principal, señora Aldonza; donde usté me ha mandao.

SEÑORA ALDONZA. Y ¿qué te ha dicho esa tarasca?

LIBRE. Que luego la trairá a usté lo que la debe.

SEÑORA ALDONZA. ¡Ay, qué viva! ¡Luego subiré yo por el dinero! ¡Y si no me paga el jabón que me debe, me traigo el reló del comedor! ¡Hala tú, a la cocina, que no se ganan dos duros pa estar de paseo! ¡Hala! ¡hala!

Libre se va sin respirar, por la puerta del foro, y la señora Aldonza, refunfuñando, por la de la derecha, de seguro a dar ocasión para que la citen de nuevo a juicio. Un instante después se levanta Antonino y se pone a bailar como si tuviera pareja, al son de un "schotis" tarareado por él y secundado por Indalecio desde el patio.

ANTONINO.

*Que no pué ser,
que no pué ser,
bailar el "chotis" traducido del inglés...*

Vuelve el señor Fausto.

SEÑOR FAUSTO. ¿Te desahogas, eh, buena pieza?

ANTONINO. ¡A ver qué va a hacer uno!

SEÑOR FAUSTO. ¡Dichoso tú, muchacho; dichoso tú!... Te digo que... *Después de echar una ojeada a la tienda.* Vamos a ver, tú que eres estudiante, aunque no estudias: ¿cuál es el animal más burro de la creación?

ANTONINO. Señor Fausto, eso no está en el programa de mis oposiciones a Correos; pero pa mí que el animal más burro... es el burro. ¡Por algo se le llama así!

SEÑOR FAUSTO. Sí, ¿eh? Pues no te quepa duda: el animal más burro soy yo.

ANTONINO. ¿Usté?... *Acordándose de la señora Aldonza.* Es posible.

SEÑOR FAUSTO. ¡Que si es posible!... *Echa otra ojeada a la tienda y luego continúa.* ¿No hay que ser siete veces pollino pa haber cargao con esa furia, ahora que no me oye? ¡Y con agravantes! Porque ella tuvo un primer marido: Encinas el talabartero. Y le arruinó en dos años, y le desesperó en tres, y le enterró en cuatro. Y todavía estaba de alivio, cuando se me ocurrió a mí llegarme a ella a tirarla los tejos, con mi capita azul bordada, presumiendo de guapo, pa ver si me llevaba aquella princesa. ¡Y me la llevé en los vuelos de la capa! ¡Ya lo creo que me la llevé!

¡Pa mí solito! ¡Hace ya más de veinte años! Se conoce que yo soy más duro que Encinas.

ANTONINO. ¡No que no! ¡Pues si no tuviera usted la pasta que tiene!...

SEÑOR FAUSTO. ¡Hazte cuenta! El diablo me ha dao el mal, y Dios la medicina, de paso. La medicina es mi carácter.

ANTONINO. Ya, ya. Hay que tener paciencia, señor Fausto. En esto de los matrimonios se dan desgracias y se dan suertes. ¡Y a usted le ha tocao la china!

SEÑOR FAUSTO. *Suspirando.* ¿La china?... ¡La China... y el Japón!

ANTONINO. ¡Ja, ja, ja! *Torna el hombre a su baile.*

SEÑOR FAUSTO. Pa ti es el mundo, perdigón; pa ti es el mundo.

Una voz llama dentro, en la tienda.

Voz. ¡Señor Fausto!

SEÑOR FAUSTO. ¡Va!

ANTONINO. Aguarde usted. *Mira por la cortina.* ¡Atiza!

SEÑOR FAUSTO. ¿Qué?

ANTONINO. La doncella del 7: la rubia. Déjeme usted que yo la despache. ¡Valiente mujer!

SEÑOR FAUSTO. Anda, anda; despáchala. Pero ya sabes lo que es jugar con fuego.

ANTONINO. ¡Desde que estoy aquí se ha aumentao la parroquia de muchachas bonitas!

SEÑOR FAUSTO. Quizás que vengan a tu reclamo.

ANTONINO. ¡No le quepa a usted duda! *Se va a la tienda.*

El señor Fausto, con la calma que lo caracteriza, descubre la persiana que corrió su mujer y cambia unas palabras con el sillero.

INDALECIO. ¡Hola, señor Fausto!

SEÑOR FAUSTO. ¡Hola, Indalecio!

INDALECIO. ¿Parece que la mañana está movidita?

SEÑOR FAUSTO. ¡Por variar!

INDALECIO. A mí también me ha saltao un chispazo.

SEÑOR FAUSTO. ¡Por variar! No hay dos como ella. ¡Se mete hasta con los faroles por la calle! Pero ¿qué más se ha de decir en su alabanza? Tié dos hijos del primer matrimonio: pues los dos vienen a la tienda a verme a mí, que soy su padastro, cuando no está en casa mi mujer, que es su madre. ¡Ya están pintaos los carateres!

INDALECIO. Yo, por mí, la aguanto y no la murmuro, porque algo tengo que agradecerla.

SEÑOR FAUSTO. ¿Usted?

INDALECIO. ¡Ahí es nada! Un día sí y otro no, le rompe a usted una silla en la cabeza... y yo hago luego la compostura...

SEÑOR FAUSTO. ¡Vamos!

INDALECIO. Tos hemos de vivir, ¿no es verdad? ¡Si no se rompen sillas, yo no como!

SEÑOR FAUSTO. *Apartándose desdeñosamente de la ventana. No estoy de humor de paradojas. Viendo que alguien empuja la puerta del portal, que al irse no cerró la señora Aldonza. ¿Quién es?*

SEÑOR ZAPATA. Gente de paz. Entra, Cecilio.

CECILIO. Buenos días.

SEÑOR FAUSTO. Buenos días, señor Zapata y la compañía.

SEÑOR ZAPATA. Dios le guarde, in... Fausto.

El señor Zapata es un notable encuadernador, gala de su oficio; hombre ya entrado en años. Cecilio es oficial predilecto de un pintor escenógrafo. Viene abatido, triste; presa de una profunda conmoción.

SEÑOR FAUSTO. ¡Infausto!... ¡Y que usted lo diga! ¿Qué le trae por aquí?

SEÑOR ZAPATA. ¿Y Dulcinea?

SEÑOR FAUSTO. ¿Quién?

SEÑOR ZAPATA. Aldonza Martínez.

SEÑOR FAUSTO. ¡Ah! Mi costilla. Acaba de irse hecha un vendaval.

SEÑOR ZAPATA. Genio y figura... Ella siempre ha tenido buen aire.

SEÑOR FAUSTO. Sí, sí. ¿La quería usted algo?

SEÑOR ZAPATA. Algo la quería. Algo la quiero, pa que no haya equívocos. O, por mejor decir: algo me trae a ella. Este amigo ha tenido un disgusto en la casa de huéspedes, y se quiere mu-

dar. Mudarse ahora en este Madrí es más difícil que vivir sin dineros. Y yo, que le quiero como a un hijo, porque le ví poner la sal en la boca, me acordé de que usted y la Aldonza, pa ayudarse, alquilan algunas habitaciones a personas de confianza, y le dije: "Vente conmigo, que un agujero donde meterte no te ha de faltar".

SEÑOR FAUSTO. Ya, ya comprendo... Pues ahora vendrá ella y le dirá a usted... Porque no sé cómo podremos arreglarlo... Ella lo dirá... Ya sabe usted, señor Zapata, que yo aquí pinto poco...

SEÑOR ZAPATA. Sí: le tiembla a usted el pulso. Y lo poco que pinta usted se despinta en seguida.

SEÑOR FAUSTO. *Sonriendo.* ¡Eso es!... Tenemos de huésped a la Narda, la chica de Bernarda la Colorá—usted la conoce...

SEÑOR ZAPATA. Sí.

SEÑOR FAUSTO. Oficiala en una tienda de flores contrahechas de la Gran Vía...

SEÑOR ZAPATA. Sí.

SEÑOR FAUSTO. Tenemos también a Antonino...

SEÑOR ZAPATA. ¡Ah, sí; Antonino!... El estudiante.

SEÑOR FAUSTO. De modo y manera que, como ella no discurra otra cosa—que sí que la discutiré—yo no veo que le podamos meter a este joven más que en un cuarto que hay junto a la cocina... Allá veremos ella qué dice.

SEÑOR ZAPATA. Este se acomoda en cualquier parte.

CECILIO. En cualquier parte.

SEÑOR ZAPATA. Con tal de sacarlo de allí... mientras no se da con otro sitio... Aquí, por lo menos, aparte del buen trato, tié la ventaja de hallarse a un paso de su ocupación. Porque trabaja con el escenógrafo de ahí de la vuelta.

SEÑOR FAUSTO. Ya.

SEÑOR ZAPATA. Es artista de mérito.

SEÑOR FAUSTO. Ya.

SEÑOR ZAPATA. Pinta más que usted...

SEÑOR FAUSTO. Lo que es eso, por poco que pinte...

ANTONINO. *Desde la tienda.* ¡Señor Fausto!

SEÑOR FAUSTO. ¡Va! Entonces ustedes van a esperar aquí a la Aldonza.

SEÑOR ZAPATA. Sí, sí; la esperamos.

SEÑOR FAUSTO. Pues en su casa están. Yo voy, con permiso...

SEÑOR ZAPATA. Ande, ande; no se ocupe usted de nosotros.

ANTONINO. ¡Señor Fausto!

SEÑOR FAUSTO. ¡Va! ¡Qué prisas train algunos! *Márchase a la tienda sin alterarse.*

SEÑOR ZAPATA. ¡La pachorra que tié este socio! Por supuesto que... *Lleno de reservas mentales.* El cielo se la aumente. *A Cecilio.* ¡Alegra esa cara, hombre de Dios, que hoy has nacido!

Siéntate. *Cecilio se deja caer en una silla.* Pero, qué, ¿no pasa la calentura?

CECILIO. ¡No pasa!

SEÑOR ZAPATA. ¡Pues tié que pasar, Cecilio; tié que pasar!

CECILIO. ¡Pues no pasa!

SEÑOR ZAPATA. ¡Mal hayan las mujeres!

Sale de la tienda Antonino en dirección a la puerta del foro, por la cual se va luego.

ANTONINO. *Al ver al señor Zapata.* ¡Hola, señor Teófilo!

SEÑOR ZAPATA. Niño, soy bachiller: o don Teófilo, o señor Zapata.

ANTONINO. ¡Ah! bueno; usted dispense. ¡Hola, don Teófilo! *Vase.*

SEÑOR ZAPATA. Así. Vé con Dios, Antonino. *A Cecilio.* Este es el estudiantillo que vas a tener por compañero. Es de ahí, de un pueblo toledano, y la madre se lo manda a la señora Aldonza pa que lo vigile. Es como si se lo encargara a la Guardia civil. Verás qué peine. La Geografía postal se ha propuesto estudiarla uniendo lo útil a lo agradable, que dijo Aristóteles. Enamora a todas las criadas de alrededor que, ¡claro! cada una ha nacido en un pueblo distinto: la una es de Segovia, la otra es de Palencia, la otra de Jaén, la otra de Lugo... Total: que así adquiere el hombre sus conocimientos geográficos... se entera de las líneas... y no pierde el tiempo del todo.

Vuelve Antonino, con sombrero, por donde se

marchó, y se encamina a la puerta de la izquierda.

ANTONINO. Salú, señor Zapata.

SEÑOR ZAPATA. Adiós, muchacho. Te relucen los ojos: ¿ha caído chapuza?

ANTONINO. Y ¡qué chapuza! Una rubia de Gibraleón, que sirve en el 7. La han dao a llevar una carta al Tribunal de Cuentas, y como no sabe por Madrí... la voy a acompañar al *metro*. *Vase.*

SEÑOR ZAPATA. ¡Cuidao con el *metro*, que corre mucho! ¡Y cuidao con las rubias!

*¡Ay de aquel que va aprisa a alguna parte
y se encuentra a una rubia en el camino!*

¡Qué bien lo dijo don Ramón! A ese perillán le gustan morenas y rubias. No querrá matarse nunca por una mujer, como tú. Pué que lo maten a él entre todas, pero, por lo pronto, es más feliz que un gorrión en el alero.

CECILIO. Pues no le envidia.

SEÑOR ZAPATA. No le envidias porque estás ciego todavía. Ya te pasará el vértigo. En cuanto puedas reflexionar... y vivas unos días apartado de aquellos lugares. ¡Vamos! ¡Ca vez que pienso que si no me da la corazonada y llego a tiempo de impedir el desastre, ahora estarías tú en el otro mundo en vez de estar aquí... no sé lo que me corre por dentro!

CECILIO. ¡Mejor estaría!

SEÑOR ZAPATA. ¡No digas disparates!

CECILIO. ¡Disparate es obligarle a uno a vivir cuando pierde la única ilusión de su vida!

SEÑOR ZAPATA. ¡No digas disparates! ¡La única ilusión!... ¿Qué entiendes tú de eso, chaval? Dios es más sabio que nosotros: tos los otoños se caen las hojas de los árboles y toas las primaveras vuelven. ¡Digo! ¡Un hombre lleno de juventú!...

CECILIO. Y ¿pa qué quiero ya mi juventú, señor Zapata?

SEÑOR ZAPATA. ¡Válgame la Virgen de la Paloma! No te ofusques; no te despeñes. Tírale un poco de las crines, si no tié riendas, a ese potro loco que llevas en el pecho.

CECILIO. ¡Ayayay! *Se levanta y pasea desasegado.*

SEÑOR ZAPATA. Escúchame. Escúchame, hombre, que hoy por hoy yo soy tu creador. ¡Ca vez que me acuerdo! Ven acá, Cecilio, ven acá; dame un abrazo, que me paece mentira. *Lo abraza cordialmente. Cecilio luego se enjuga los ojos y se vuelve a sentar, postrado.* ¡Hola! surte el grifo. Eso ya está mejor. El suicidio—no se te olvide esto—no es más que un ramo de locura. Yo soy un hombre medianamente culto— a ti te consta—; mi oficio ilustra unas miajas. Por mi encuadernación pasan libros de toas las materias; y yo, ¡natural! a unos más y a otros menos, a tos ellos les doy un vistazo. Pa mí los li-

bros son como pa el estudiante las criadas. Pues a lo que voy: días atrás me llevaron a encuadernar la *Divina Comedia*—versión española; yo, de italiano, *non capisco*. Y mira tú por dónde, dí en lo que viene a este caso como anillo al dedo. ¿Qué castigo crees tú que tién en el Infierno dantesco los que atentan contra su vida?

CECILIO. No lo sé.

SEÑOR ZAPATA. Pues una friolera: se convierten na más que en troncos de árboles, donde anidan furias. Y el día del Juicio final no encuentran sus cuerpos. Desentraña la alegoría.

CECILIO. No estoy pa alegorías, señor Zapata. Un suicida es siempre, y por cima de to, un desventurao.

SEÑOR ZAPATA. Eso no te lo niego yo. ¡Un desventurao!... ¡Ya lo creo que lo es! Y hablando en serio, tos conocemos casos en que la desventura es tal, que se explica que una criatura no pueda soportarla y se quite de en medio. Pero ¿me quíes decir cuál es la tuya, gurripato?

CECILIO. Que ¿cuál es la mía? Y ¿justé me lo pregunta? ¡Yo no conozco otra mayor!

SEÑOR ZAPATA. ¡San Isidro te valga! ¿Es que se te ha quemao la casa y has perdío tos tus bienes, como el pobre Samuel Aparicio, que al cabo de cuarenta años de trabajo se ha quedao con el día y la noche? ¿Es que tiés cuatro o cinco chavales que te piden pan y no pués ganarlo

pa ellos? ¿Es que se te ha muerto una hija de veinte años, como a mí? ¿Es que te han deshonorao con una calumnia, y to te acusa, y no encuentras medios pa deshacerla? ¿Es que tiés un vicio que te prostituye y te arruina? ¿Es que padeces un mal físico que no te deja dormir ni comer y vives en un puro lamento? Na de eso te ha pasao ni te pasa; ni Dios lo permita. Tú ibas a liquidar tus cuentas con Dios... porque la chica de Sinibaldo el ebanista no te quiere. ¡Vaya una desventura!

CECILIO. *Levantándose irritado y yendo a él.* ¡Cómo se ve que ya principia a blanquearle a usted la cabeza; cómo se ve que ha olvidao ya lo que son pasiones, si es que alguna vez supo de eso! ¡No comprende usted que yo no quisiera vivir ni un solo día sabiendo que ella no me quiere! Y si ella no me quiere, ¿qué me importa a mí lo demás de este mundo? ¡Este desprecio no le entra a usted en el corazón!

SEÑOR ZAPATA. No me entra, no; pero es porque está lleno de algo mejor que ese desprecio tuyo, que, si lo miras bien, tié bastante de amor propio chafao.

CECILIO. ¡Señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. Sosiégate. ¿Qué te importa a ti na en el mundo si no te quiere Maravillas, verdad?

CECILIO. ¡Verdá!

SEÑOR ZAPATA. Tu padre, derrengao de tan-

to trabajar pa hacerte un hombre, soñando con que seas un artista de fama, no tendría ya ni una hora dichosa; pero eso, ¿qué? ¡si a ti no te quiere Maravillas! A tu madre también la costaría la felicitá de los pocos años de vivir que la queden; pero eso, ¿qué? ¡si Maravillas no quiere a su hijo! A tus hermanos los menores les ibas a dejar un buen ejemplo pa resistir las contrariedades de este mundo; pero eso, ¿qué? ¡si a ti no te quiere Maravillas! Tú mismo, empezando a vivir como estás, llena de sueños la cabeza, ya no tiés na que hacer aquí, ni esos sueños valen dos perras, ni las valen la salú y el talento que Dios te ha dao. Tú lo desprecias to... ¡porque no te quiere Maravillas!

CECILIO. Padrino, esas palabras...

SEÑOR ZAPATA. ¡Si no fueran mías pediría que se esculpiesen!... como dijo Ríos Rosas. ¡Que se esculpiesen, sí, a la cabecera de tu cama, y a la de tantos infelices como hay que se perturban porque no les hace cara una mujer! ¡San Antonio de la Florida! ¡Con la de mujeres que hay de más, con los brazos abiertos!

CECILIO. ¡Usté no se ha enamorado de ninguna mujer!

SEÑOR ZAPATA. ¿Conque no? Pues van las diez de últimas. Tú no sospechas, inocente, que te estoy hablando por experiencia.

CECILIO. ¿Por experiencia?

SEÑOR ZAPATA. Sí, señor. Pasé de mozo por

este mismo trance que tú. Estoy mirándote en mi espejo. Me enamoré a cegar de una mujer preciosa. ¡Preciosa! La gala de su barrio. Compararla con otra ninguna era una tontería. Traía revueltos a los hombres. Ca uno la llamaba de un modo: La “Flor del Trigo”, porque era rubia como unas candelas; la “Maja de Goya”, “Ofelia”, la “Azucena de Curtidores”... ¡qué sé yo! Cuando me la encontraba en la calle al azar, temblaba como un azogao; me quedaba sin respiración, sin pulso... Un día me decidí, me acerqué a su puerta pidiéndola cariño, y me contestó: “Perdone, hermano: no hay mendrugos.” Enfermé de tristeza, de desesperación. Mi hermana Cinta me cogió y me llevó a la Sierra, pa que no me muriese. En la Sierra estuve una temporada... ¡sin pensar más que en ella! Volví a Madrí... y me la encontré en amores con otro. Me transtorné... me dió ese ramo de locura: como a ti hoy. Me encerré en mi alcoba llorando, convulso; preparé un brebaje pa acabar mis días, y ya me lo iba a echar al cuerpo, cuando llegó a estorbarlo un buen amigo de mi padre, al cual, desde poco después, le rezo a diario.

CECILIO. ¿Y luego?

SEÑOR ZAPATA. ¿Luego? ¿No me oyes que a aquel bienhechor le rezo a diario? Por él estoy de pie; por él me casé con la santa que tú conoces, que me ha dao tres hijos, y por él tengo autoridad pa decirte toas las cosas que te he estao

diciendo. Unas veces rabio, otras veces río, como es de razón en este mundo; y Dios, por lo visto, ha querido premiarme poniéndome en el caso de hacer yo contigo lo que conmigo hicieron en hora buena. Ya estás enterao.

Inopinadamente sale Libre corriendo por la puerta del foro, coge la jaula de la ventana, y con ella se va por donde sale y como sale.

LIBRE. ¡Se me había olvidao aviar al “Chicuelo”! ¡Me la iba a ganar buena!... Por supuesto, ¡de toas maneras me la gano!...

SEÑOR ZAPATA. *Cuando se va Libre; sonriendo filosóficamente.* ¡Psché! ¡Contrastes de la vida!... La nota cómica. *Al Cecilio, luego.* Parece que me miras atónito.

CECILIO. No...

SEÑOR ZAPATA. Se conoce que no tenía yo pa ti pinta de suicida... Nadie conoce a nadie. Ya suena ahí dentro la patrona.

Efectivamente, óyese a la señora Aldonza chillar en la tienda. Y chillando sale a ver a Cecilio y al señor Zapata.

SEÑORA ALDONZA. ¡Vamos, hija, hable usted más claro si quié usted que en Madrí la entiendan! ¡O traiga usted un intérprete! ¡Nos ha fastidiao! ¡Hola, Teófilo!

SEÑOR ZAPATA. ¡Hola, Aldonza!

CECILIO. Buenos días.

SEÑORA ALDONZA. Buenos días.

SEÑOR ZAPATA. ¿Qué era eso?

SEÑORA ALDONZA. ¡La sevillana del sotabanco, que habla en chino! ¡No hay modo de entenderse con ella! ¡Quería espliego y pedía no sé qué!

SEÑOR ZAPATA. Alhucema, seguramente.

SEÑORA ALDONZA. Una cosa así.

SEÑOR ZAPATA. Es palabra arábiga; como todas las que empiezan por al.

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues que se vaya adonde lo sepan!

SEÑOR ZAPATA. Bueno, ¿te ha dicho tu marido...?

SEÑORA ALDONZA. Sí.

SEÑOR ZAPATA. Y ¿podrá ser lo que queremos?

SEÑORA ALDONZA. Podrá ser.

SEÑOR ZAPATA. Ya lo presumía.

SEÑORA ALDONZA. Pero, bueno; vamos por partes: según y cómo.

SEÑOR ZAPATA. Fausto nos ha hablado de no sé qué cuarto de junto a la cocina.

SEÑORA ALDONZA. ¡Cualquier cosa! ¡Aquí Fausto no pinta na!

SEÑOR ZAPATA. De eso él es el primer convencido.

SEÑORA ALDONZA. ¡Jesús, qué castigo de hombre! ¡Ca día que pasa es más zoquete! ¡No me sirve más que de estorbo! ¡Y no reventará, no!

El señor Fausto, que ha aparecido un segundo antes, al oír una vez más la deplorable opinión que de él tiene su esposa, se retira modestamente.

SEÑOR ZAPATA. Déjalo, mujer; que su sitio ocupa.

SEÑORA ALDONZA. ¡Su sitio!... ¡su sitio!...

SEÑOR ZAPATA. Pues este joven amigo mío es el nuevo huésped que te traigo.

• CECILIO. Servidor.

SEÑORA ALDONZA. Servidora. Tendrá, por de contao, más vergüenza que el último que me trajiste.

SEÑOR ZAPATA. No recuerdo ahora. Pero este otro tié más bien exceso de vergüenza.

SEÑORA ALDONZA. Lo que abunda no daña. Le llevaré una peseta más que al otro; que está la comida por las nubes. Y le acomodaremos bien. Y a ver qué tal se porta.

SEÑOR ZAPATA. De éste yo respondo.

SEÑORA ALDONZA. ¡También del otro respondías y se me escapó sin pagar!

SEÑOR ZAPATA. ¿Sin pagar? Y ¿todavía te debe...?

SEÑORA ALDONZA. ¡No ha nacido! Le encontré un día en la calle de San Ildefonso y le quité el reló, la americana y los pantalones. Salí en los papeles.

SEÑOR ZAPATA. *A Cecilio.* ¿Estás oyendo?

CECILIO. Sí oigo; sí.

SEÑORA ALDONZA. Pues aquí a este joven he pensao dejarle mi alcoba, que tié luz al patio; yo me iré a dormir al cuartucho de al lao de la cocina, y a Fausto lo bajaré a la cueva.

El señor Fausto estornuda en la cacharrería.

SEÑOR ZAPATA. Perfectamente. No podía ser por menos, mediando yo en el caso. Te lo agradezco, Aldonza.

SEÑORA ALDONZA. No, no; na de agradecimiento. Este joven viene a su avío y yo voy al mío. Si se conduce bien, en paz y jugando; si se ladea y comienza con escándalos y chulerías, por la puerta se va a la calle. ¡Y no sin probar mis cinco mandamientos!

SEÑOR ZAPATA. No dirás que no se te habla claro.

CECILIO. Así me gusta a mí. Y usted no tema, señora Aldonza, que la daré poco ruido el tiempo que aquí esté.

SEÑORA ALDONZA. Pues será un milagro. ¿Cómo se llama usted?

CECILIO. Cecilio Hierro.

SEÑORA ALDONZA. Por muchos años. ¿Desde cuándo se vendrá usted a mi casa?

SEÑOR ZAPATA. Desde ahora mismo: se queda desde ahora.

SEÑORA ALDONZA. ¡Acabarías tú de resollar! ¿Pa cuándo dejabas la noticia, pasmao? ¡Paeces bobo también! ¡Ni que creyeras tú que mi casa

es el *Riz!* Gritando. ¡Libre! ¡Libre! *Vase llamándola por la puerta del foro.*

CECILIO. ¡Qué mal genio tié la patrona!

SEÑOR ZAPATA. To el fuego se le va por la boca, no te figures.

CECILIO. A mí me es igual.

INDALECIO. *Cantando:*

*Si las mujeres mandasen
en vez de mandar los hombres...*

Sale el señor Fausto.

SEÑOR FAUSTO. ¿Cree usted, señor Zapata, que esas son maneras de tratar a la gente? ¡Luego dicen que yo me enfado!

SEÑOR ZAPATA. Pero ¿usted se enfada?

SEÑOR FAUSTO. ¡Quíá! ¡Pero lo dicen!

SEÑOR ZAPATA. La Aldonza es así, y así hay que tomarla o dejarla.

SEÑOR FAUSTO. Dejarla sería preferible.

Asoma en esto en la puerta del foro la señora Aldonza.

SEÑORA ALDONZA. Oiga usted, Cecilio; venga usted a ver la habitación. *A su marido.* ¿Qué haces tú aquí? ¿Ya me has dejao la tienda sola?

SEÑOR FAUSTO. No, mujer; está ahí Antón el guardia.

SEÑORA ALDONZA. ¡Que es el que se lleva los estropajos!

SEÑOR FAUSTO. ¡Mujer, no ofendas!

SEÑORA ALDONZA. Vamos, Cecilio, venga usted.

CECILIO. Vaya usted por mí, señor Zapata; que yo ni veo ni entiendo ahora.

SEÑORA ALDONZA. Pues ¿qué le pasa a usted?

SEÑOR ZAPATA. Na; preocupaciones y disgustos de chico. Anda; yo veré la alcoba por él.

SEÑORA ALDONZA. ¡Bueno!

Se va con el señor Zapata.

SEÑOR FAUSTO. ¡El guardia, dice que se lleva los estropajos!... ¡Es como Dios la ha hecho! ¡Pero un día va a la cárcel! ¡Digo! ¡qué ha de ir! ¡Yo también soy un *ilusorio*! ¿Eh?

CECILIO. Na; no he hablao.

Por la puerta de la derecha llega de pronto Narda, la florista de quien se ha hecho mención. Es interesante y es bella. Viene sobreexcitada y llorosa.

SEÑOR FAUSTO. ¿Qué es eso, Narda; que traís tú?

NARDA. ¿Y la señora Aldonza?

SEÑOR FAUSTO. Allá dentro. Pero ¿qué traís tú? A ti te ocurre algo.

NARDA. No quiera usted saber, señor Fausto. ¡Ay, Dios mío, que desgracia! ¡Qué malas horas hay en la vida! ¿Se acuerda usted de la chiquilla de mi taller que estuvo el jueves aquí conmigo?

SEÑOR FAUSTO. Sí; esa tan bonita y tan *pos-
tinera*: la Manolita.

NARDA. ¡Esa! ¡Que la llamábamos la *Chispa*
nosotras!

SEÑOR FAUSTO. ¡Ele! ¡La *Chispa*! ¿Qué ha
pasao?

NARDA. ¡Que su novio la ha pegao dos tiros
y luego él se ha matao también!

SEÑOR FAUSTO. ¡Ave María!

CECILIO. *Estremeciéndose.* ¡Jesús! *Atiende
emocionado a Narda.*

SEÑOR FAUSTO. Y ¿el novio se ha matao, di-
ces?

NARDA. Se ha matao. Y ella acaba de morir
en la Casa'e Socorro. Allí hemos ido toas las
compañeras. ¡Pobre *Chispa*! *A Cecilio.* Dos cria-
turas, señor; con la leche en los labios. Dos cria-
turas. Ella no ha hecho los diez y seis años, y él
tendría diez y ocho. ¡Empezando a vivir!

SEÑOR FAUSTO. Pero ¿por qué ha sido?

NARDA. ¡Porque los padres de él se oponían
a las relaciones y le castigaban! ¡Si se han matao
de acuerdo! ¡Una locura! ¡Cuando se enteren
esos padres! ¡Dios mío! Pues ¿y la madre de la
Chispa? La maestra ha ido en su busca a prepa-
rarla, pa que no lo lea primero en los papeles.
¡Piense usted qué ecena! ¡Se miraba la madre en
esa chiquilla! ¡Vamos! ¡No hay consuelo pa esa
mujer! ¡Sus amigas somos, y estamos como lo-

cas! ¡Porque era un jilguero la Manolita! ¡Virgen santa! ¡Según se mata la gente ahora, no parece sino que la muerte es un juego!

CECILIO. Pues no dude usted, niña, que to el que se mata o se quiere matar, es porque sufre mucho.

NARDA. ¡Sufrir! Pero ¿qué sabían esos dos críos lo que era sufrir? ¡Novelerías! ¡No pensar en las cosas! ¡No saber lo que son penas en este mundo, ni cómo hay que llevarlas! ¡Novelerías! ¡Los retratos en los papeles, las películas en los *cines*, los malos libros!... ¡Novelerías y veneno que toas respiramos! ¡Pobre *Chispa*! ¡Dice usted sufrir! Pero ¿había criatura más alegre? ¡Si usted la hubiese conocido!... Y, ya ve usted: al primer tropiezo en la vida... “¡que nos entierren juntos!” ¡Qué pena, Señor! ¡No se calcula bien lo que es esta pena! Yo estoy fuera de mí; yo estoy loca; no sé lo que tengo. ¡Pobre Manolita! ¡Qué mala tentación! ¡Señora Aldonza! *Éntrase por la puerta del foro*. ¡Señora Aldonza!

SEÑOR FAUSTO. Verdaderamente no se explica uno cómo puén pasar cosas tan absurdas.

CECILIO. ¿Quién es esta muchacha?

SEÑOR FAUSTO. La Narda: una perla. Tié padre y madre... pero vive aquí con nosotros.

CECILIO. ¡Ah! ¿vive aquí también?

SEÑOR FAUSTO. Desde hace más de un año. Y ésa sí que ha tenío motivos, no digo yo pa ma-

tarse ella, sino pa llevarse por delante a unos pocos. ¡Más desgraciá ni más entera no la hay!

Sale del interior el señor Zapata.

SEÑOR ZAPATA. ¿Has visto a la Narda, Cecilio?

CECILIO. Sí, señor.

SEÑOR ZAPATA. En este hotel vive. Creo que no te traigo a ningún desierto.

CECILIO. No, señor.

SEÑOR ZAPATA. Y vas a estar bien instalao: la alcoba es pa un príncipe. Yo me voy a llegar a tu casa a recoger tus bártulos.

CECILIO. Iré yo con usted.

SEÑOR ZAPATA. No. No es prudente. Déjame a mí solo.

CECILIO. Como usted quiera.

El señor Fausto se retira a la tienda.

SEÑOR ZAPATA. ¿Estás ya más tranquilo?

CECILIO. Lo procuro.

SEÑOR ZAPATA. ¿No te moverás de aquí mientras yo voy a eso?

CECILIO. Pierda usted cuidao.

SEÑOR ZAPATA. ¿Palabra de hombre?

CECILIO. Palabra de hombre.

SEÑOR ZAPATA. ¿Me lo juras?

CECILIO. Ya le he dao a usted mi palabra, señor Zapata.

SEÑOR ZAPATA. No sé si fiarme.

CECILIO. Gracias por el favor.

SEÑOR ZAPATA. ¿Que se muera tu padre o tu madre...?

CECILIO. Pero ¿a qué viene eso?

SEÑOR ZAPATA. ¡Sé lo que son aberraciones, Cecilio! ¡Y estoy muy contento de mi obra! Sobre que he tenido estos días en casa los romances del Cid, y me acuerdo ahora, porque me hizo impresión, de aquello de:

*En Santa Gadea de Burgos,
do juran los hijosdalgo...*

ecétera, ecétera.

*Las juras eran tan recias,
que al buen rey ponen espanto.*

CECILIO. Pues yo no necesito jurar sobre mi palabra. Vaya usted confíao. Aquí le espero.

SEÑOR ZAPATA. Déjame que te abrace.

CECILIO. Eso sí.

Se abrazan. El señor Zapata se va luego por la cacharrería.

Cecilio se sienta ensimismado.

Por la puerta del foro sale Libre, con la jaula del pajarillo, y va a colgarla donde estaba. Mira a Cecilio con curiosidad y admiración.

Tras ella sale Narda, que lo mira con interés. Cruza la escena y se marcha por el portal.

NARDA. *Ya desde la puerta. Quede usted con Dios.*

CECILIO. *Vaya usted con Él.*

LIBRE. *Para sí. ¡También éste se ha querido matar por su novia!... Éntrase por la puerta del foro sin quitarle ojo.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Han pasado diez días, y es un domingo en las primeras horas de la tarde.

Sale por la puerta del foro Antonino, bailando jubiloso al compás de una musiquilla que tararea. Trae puestos los trapitos de cristianar, como todos los personajes en este acto, a excepción de Cecilio.

ANTONINO. *Así que deja el baile.* ¡Bendito sea el descanso dominical! ¡Las semanas debían tener, por lo menos, dos o tres domingos! Llamando a Dámasa, que atraviesa el patio de izquierda a derecha. ¡Eh! ¡tú! ¡chica! ¡Dámasa! ¡Dámasa!

DÁMASA. *Deteniéndose tras la ventana.* Me llamo. ¿Qué quieres?

ANTONINO. ¡Mirarte!

DÁMASA. ¿Na más?

ANTONINO. Mujer, por ahí se empieza. ¿Vas a Palacio?

DÁMASA. ¡Lo menos!

ANTONINO. ¡Vaya unos pendientes!

DÁMASA. ¡Figúrate! Pa una visita así...

ANTONINO. ¡Porque se puede!

DÁMASA. Tú lo has dicho: ¡porque se puede!

ANTONINO. Pues de hoy no pasa, chica, que nos arreglemos nosotros.

DÁMASA. ¡Ay, qué salao! Miá no se entere la Eleuteria.

ANTONINO. ¡Por mí que se entere toa la calle! Me traes de cabeza, fototipia. Yo no paso más noches de insomnio.

DÁMASA. ¿De qué?

ANTONINO. Sin dormir. Esta última noche creí que se me saltaba el corazón.

DÁMASA. Eso habrá sío una mala postura.

ANTONINO. Esa es la verdá, con toas sus consecuencias. En serio: ¿adónde vas?

DÁMASA. A buscar a la Bernabea.

ANTONINO. ¿Y luego?

DÁMASA. ¿Luego? Adonde quiera la Bernabea.

ANTONINO. A *La Perla*, al baile: de seguro.

DÁMASA. Casi de seguro. ¡La Bernabea se pasa la semana soñando con lo que va a bailar el domingo!...

ANTONINO. ¡Y yo pensando en ti! A *La Perla* iré luego a bailarte. Ya tiés pareja hoy.

DÁMASA. ¿A que no?

ANTONINO. ¿A que sí?

DÁMASA. ¡No hay que tocar pa eso!

ANTONINO. ¡El aire es libre!

DÁMASA. Anda y que te emplumen. *Sigue su camino.*

ANTONINO. ¡Hasta luego! ¡Tú verás a un toledano queriendo a una gata!

Sale Narda del interior a tiempo de oírlo.

NARDA. ¿Ahora es una gata?

ANTONINO. *Volviéndose a ella.* ¿Qué? ¡Ah, sí! Una gata. ¡En este momento! La Damasita, ¿sabes? La gusto, y no quiero que sufra. ¡Pero no te encesles tú, reina mía, que to eso es jarabe de pico! Te veo a ti, y hay eclipse de estrellas. Tú mandas.

NARDA. ¿Que yo mando? Pero ¿qué me cuentas, Antonino?

ANTONINO. ¡Ah! ¿te haces de nuevas? ¿Es que no sabes que estoy sin sueño desde que te conozco? ¡Tres noches llevo sin pegar un ojo materialmente!

NARDA. ¿Estudiando?

ANTONINO. ¡Estudiando la forma de que tú me mires!

NARDA. Y ¿sin encontrarla?

ANTONINO. ¡Sin encontrarla, por lo visto! ¡Mecachis!

NARDA. Hombre, no; mucho mejor pa ti. Yo tengo mala sombra.

ANTONINO. ¿Tú mala sombra?

NARDA. Yo, sí. Y como yo llegara a quererte, se te iba a concluir el mariposeo por el barrio.

ANTONINO. ¡No lo dejes por eso! ¡Véle tú a una mariposa con que hay otras flores, cuando ella esté puesta en la más bonita del jardín! ¡Viva España!

NARDA. Pero ¡cuidao que hablas de más, criatura!

ANTONINO. ¿Te paece a ti que hablo de más?

NARDA. Un poco.

ANTONINO. Pues ahí verás tú: to lo contrario me ocurre en los exámenes: allí no abro la boca.

NARDA. ¡Ja, ja, ja! Quédate con Dios.

ANTONINO. Yo también me voy a la calle. ¿Me dejas ir contigo pa darme tono?

NARDA. Ven, si quieres.

ANTONINO. ¿De verdá? ¿No se enfadará nadie?

NARDA. No tengo yo quien se enfade por eso.

ANTONINO. ¿Que no?

NARDA. Que no.

ANTONINO. *Confidencialmente.* Ni... ¿ni el suicida? *Narda lo mira sonriendo.* ¡Ay, qué sonrisita más rica!... ¡San Juan de los Reyes daba yo con tal de que fuera por mí!... Te gusta el suicida, ¿verdá, Narda?

NARDA. No le llares de esa manera.

ANTONINO. ¿Te gusta Cecilio?

NARDA. Pero yo no le gusto a él.

ANTONINO. Pero ¿él a ti te gusta?

NARDA. ¿Se me conoce?

ANTONINO. Cuando hay luz en una habitación, aunque se pongan burletes en las puertas, sale un rayito.

NARDA. Sí; me gusta ese hombre; me gusta. No sé qué tiene que me es muy simpático. Pué que sea... no sé qué... quizá la ocasión en que le he conocido; pero me es muy simpático. Ahora, que ni pensarlo quiero. Él está a mil leguas de reparar en mí... y yo no me dejo ir por la cuesta abajo, pa no estrellarme. De manera que me pués acompañar hasta fuera de radio.

ANTONINO. Chica, se me han quitao las ganas de pronto... ¡Te has puesto tan seria!

NARDA. ¿Lo ves tú? ¿No te decía que tengo mala sombra? Adiós, chico. Y no dejes de saltar de una en otra, que eso es vivir. *Abre la puerta de la derecha para marcharse, a punto que el señor Zapata aparece en ella.* ¡Hola, señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. ¡Felices!

ANTONINO. ¡Hola, don Teófilo!

SEÑOR ZAPATA. ¿Adónde va ese cuerpo bonito?

NARDA. A buscar a unas compañeras pa dar un paseo.

SEÑOR ZAPATA. Hace un hermoso día: se porta octubre. En la calle da gloria estar. Y ahora, cuando tú salgas, se estará mejor todavía.

ANTONINO. ¡Ole el señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. ¿Y la cancerbera?

NARDA. Arreglándose también pa salir.

SEÑOR ZAPATA. ¿Y Fausto?

ANTONINO. Ahí tumbao en la tienda le tié usted.

SEÑOR ZAPATA. ¿Quieres decirla a ella que estoy yo aquí y que me urge hablarla?

ANTONINO. Sí, señor; ahora mismo. *Vase por la puerta del foro.*

NARDA. ¿Alguna novedá?

SEÑOR ZAPATA. La traigo un refresco de zarza.

NARDA. ¿Y eso?

SEÑOR ZAPATA. Se me ha plantao en casa la Petra...

NARDA. ¿La hija?

SEÑOR ZAPATA. La hija. Y me ha planteao este dilema: que o se separa del sinvergüenza de su marido, o se tira por el Viaducto.

NARDA. ¡Ánimas benditas!

SEÑOR ZAPATA. Y además pretende volver a vivir aquí con su madre.

NARDA. ¡Jesús! Y ¿usted va a proponérselo?

SEÑOR ZAPATA. *Ipso facto*; que quiere decir en seguida y como consecuencia.

NARDA. ¡Pues va a haber que oírla! ¡Pa alquilar balcones!

SEÑOR ZAPATA. Ya lo sé. Soy un héroe: sin estatua como el de Cascorro; pero soy un héroe. *Observando a Narda.* ¿Y Cecilio?

NARDA. No sé... En su cuarto, quizá... No sé.

SEÑOR ZAPATA. ¿No sabes? Bien es verdá que como esto es el *Palace Hotel* los huéspedes aquí no se encuentran unos con otros. Sale poco ese chico de casa.

NARDA. Sí, señor; poco sale. Estos días, ni al taller ha ido.

SEÑOR ZAPATA. Se conoce que evita encuentros... ¿eh?

NARDA. Se conoce.

SEÑOR ZAPATA. Sigue mi consejo al pie de la letra.

NARDA. Ahí le tié usté.

Efectivamente, sale Cecilio por la puerta del foro.

CECILIO. ¡Ya decía yo que era la voz del señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. ¡Salú, pipiolo!

CECILIO. ¿Qué tal por casa? ¿Todos bien?

SEÑOR ZAPATA. Todos bien. Mi mujer, trajinando; los chicos enredando... y yo, encuadernando.

NARDA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué buena gracia tié este hombre!

SEÑOR ZAPATA. ¡A ver!

NARDA. En fin, adiós, señor Zapata.

SEÑOR ZAPATA. ¿Te vas? ¿No quís presenciar la película?

NARDA. No, señor; sino que me aguardan las compañeras. Hasta luego.

CECILIO. Adiós, Narda.

SEÑOR ZAPATA. ¡Vaya con Dios el mes de mayo! Mírala, hombre, mírala: limpia, fija... y da esplendor, como la Academia Española.

NARDA. ¡Ja, ja, ja! *Se marcha.*

SEÑOR ZAPATA. Esa es una mujer pa un hombre.

CECILIO. No me recuerde usted... ¿Qué le ha echao por aquí esta tarde?

SEÑOR ZAPATA. El valor temerario que Dios me ha dao.

CECILIO. ¿Pues?

SEÑOR ZAPATA. Quédate y verás. Me alegro de que te halles presente. Porque yo no te he traído a esta fonda a humo de pajas. Quédate y verás.

CECILIO. Pero...

SEÑOR ZAPATA. Vas a oír a la patrona.

CECILIO. ¡No, por Dios! ¡Que ya la oigo más de lo que quisiera!

SEÑOR ZAPATA. Quédate.

CECILIO. ¡Qué mujer! ¡No está nunca tranquila! ¡Arma un terremoto ca cuarto de hora! ¡Vive en continua guerra civil! Le aseguro a usted que, en los pocos días que llevo aquí, he llegao a compadecer ya al señor Fausto. Es un mártir.

SEÑOR ZAPATA. Me satisface tu juicio. *Sonriendo.* Un mártir. Quédate.

CECILIO. Pero, no comprendo...

SEÑOR ZAPATA. Déjame en la bruma. Consuénteme que permanezca un poco *ibseniano*. Tú verás. *A la señora Aldonza, que llega del interior en este momento. Viene de mantón.* ¡Dios te guarde, Aldonza!

SEÑORA ALDONZA. ¡Dios no quíe na conmigo! ¡Si fuera del diablo!... ¿Qué trais? ¿Qué tripa se te ha roto?

SEÑOR ZAPATA. A mí, ninguna. Traigo... lo que traigo. Hemos de hablar; pero el asunto es grave y tiés que armarte de paciencia.

SEÑORA ALDONZA. Entonces déjalo pa otro día.

SEÑOR ZAPATA. Es urgente.

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues en mal momento me coges! *A Cecilio.* Usté ¿de qué se ríe?

CECILIO. ¿Yo?

SEÑORA ALDONZA. ¿Tíe que enterarse este artista de lo que hablemos?

SEÑOR ZAPATA. Está desligao del asunto; pero yo le he suplicao que se quede.

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues acaba ya de reventar! *A Fausto, que sale de la tienda medio dormido.* ¿A qué vienes tú ahora? ¿Quién te ha llamao aquí?

SEÑOR FAUSTO. Nadie me ha llamao, mujer;

nadie me ha llamao... Pero ¡si tampoco va uno a poder saludar a los amigos... avisa!

SEÑOR ZAPATA. ¿Dormía usted y le hemos despertao?

SEÑOR FAUSTO. No, señor; cabeceaba na más.

SEÑOR ZAPATA. Pues más le valiera a usted seguir *duermes*.

SEÑOR FAUSTO. ¿Cómo?

SEÑOR ZAPATA. Una cita clásica.

SEÑOR FAUSTO. Pero ¿estorbo, quizás?

SEÑORA ALDONZA. ¡Lo que tiés que hacer ya es callarte! ¡Jesús, qué tío! ¡Tanto preguntar que si estorbas! ¡Y moler, que si estorbas! ¡Pues claro está que estorbas! ¡En dónde te pondrás que no estorbes? Vamos, tú, Teófilo, desembucha ya lo que sea sin hacer caso ni de éste ni de nadie, que yo no tengo mi tiempo pa perderlo.

CECILIO. Ni yo tampoco. Hasta después.

SEÑOR ZAPATA. ¡Quédate, hombre!

CECILIO. Pero, señor Zapata...

SEÑOR ZAPATA. ¡Que te quedes!

CECILIO. Bueno; lo que usted quiera.

SEÑORA ALDONZA. ¡Gordo debe de ser lo que tiés que decirme cuando no quíes verte solo conmigo!

SEÑOR ZAPATA. Vamos al toro ya. Tú eres la madre de tu hija, ¿no es eso?

SEÑORA ALDONZA. ¿De qué hija?

SEÑOR ZAPATA. De tu hija: de la única que tienes, que sepa yo: de la Petra.

SEÑORA ALDONZA. ¿De la Petra? ¡No me hables de la Petra! ¡Si me vienes a hablar de la Petra ya te pués volver por donde has venido! La Petra no es mi hija.

El señor Fausto silba. Lo miran todos, y él entonces se disculpa diciendo:

SEÑOR FAUSTO. ¡Se me ha escapao!

SEÑOR ZAPATA. La Petra es hija tuya—sigo yo sin hacer caso de los mirlos—y de aquel santo hombre que se llamó en el mundo Robustiano Encinas, que en paz descanse; si es que tú le dejas descansar desde aquí. Usté dispense, Fausto.

SEÑOR FAUSTO. Está bien dicho eso.

SEÑORA ALDONZA. ¿De veras? ¡Miá el estafermo este! Y tú, Teófilo, habla sin ofender, o empiezo yo contigo, que tampoco tiés bula.

SEÑOR ZAPATA. No está en mi ánimo ofenderte. De buenas vengo, y de buenas te quiero a ti. Quedamos en que la Petra es hija tuya.

SEÑORA ALDONZA. ¡Quedamos en que yo no soy su madre! ¡No, no soy su madre; no me mires con esa cara de embalsamao! ¡Y ya me voy oliendo por dónde vienen hoy los tiros! ¿La ha calentao otra vez el golfo del marido, verdá? ¡Árnica y emplastos hay en toas las boticas! ¿No es más que eso? ¡Pues pa eso se casó: pa aguantarle! ¿No aguanto yo a éste?

SEÑOR FAUSTO. *Estupefacto.* ¿Que me aguantas tú a mí? ¡Bueno!

SEÑOR ZAPATA. Lo de hoy, Aldonza, es algo más que una paliza de las de diario. Cuando medio yo... Cuando ella se ha refugiao en mi casa...

SEÑORA ALDONZA. ¡Ah! ¿Está en tu casa?

SEÑOR ZAPATA. Allí se ha refugiao.

SEÑORA ALDONZA. ¡Échala! ¡Que se vaya a la suya! ¡Su obligación está en su casa!

SEÑOR ZAPATA. También está en la del marido no maltratar a su mujer. "Esposa te doy y no sierva." Y ese hombre maltrata por demás a tu hija.

SEÑORA ALDONZA. ¡No es mi hija!

SEÑOR ZAPATA. ¡Maltrata por demás a la Petra! Yo sé a lo que puén llevar a un hombre los ahogos, la falta de dineros, el vino y las desavenencias con una mujer; pero Vicente ha llegado con tu hija a ser un criminal. ¡Eso no pué admitirse! ¡Esta noche a poco la mata! ¡Sangrando está de la cara y del cuerpo! ¡Yo lo he visto! Y la chica dice que ni echa pedazos vuelve junto a él. ¡Y yo la defiendo!

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues has escogío mala causa! ¡Vas a perderla en el Juzgao, y en la Audiencia, y en el Supremo! ¡Ahora vienen los lloros y el arrepentimiento! ¡Qué rica! Pues ¿no se casó por su solo gusto? ¿No me puse yo en jarras pa que no lo hiciera? ¿No se escapó con él, deshonrándonos? ¿No era el mejor mozo que

había nacido? ¿No tenía un alma de chico de la escuela? ¿No la quería más que a las telas de su corazón? ¿No la miraba y la rendía? ¿Pues pa eso se lo llevó del brazo; pa gozar de to eso! ¿Hasta que se la lleve Dios a ella, tié que estar al lao de ese tesoro! ¿Y que Dios se lo aumente!

SEÑOR ZAPATA. ¡Aldonza!

SEÑORA ALDONZA. ¿No se fué también de mi lao y de mi casa porque no podía resistir a su madre? ¿Pues a ver ahora cuál tié más que aguantar; si la madre o el otro!

SEÑOR FAUSTO. *Maquinalmente.* La madre.

SEÑORA ALDONZA. *Airada.* ¿Eh?

SEÑOR FAUSTO. *Temeroso.* ¡Se me ha escapao!

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues o te cierras la llave de paso o te vas, porque si te se escapa la tercera, va a haber aquí la segunda parte de la cinta de allá, cambiando los papeles!

SEÑOR ZAPATA. Nunca segundas partes fueron buenas. Serénate, Aldonza.

SEÑORA ALDONZA. ¡No me da la gana!

SEÑOR ZAPATA. Es que en ese estao nadie te dará la razón.

SEÑORA ALDONZA. ¡Es que no necesito la razón de nadie; yo sé que la tengo!

SEÑOR ZAPATA. Mucho saber es ése.

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues lo sé!

SEÑOR ZAPATA. ¡Pues yo te lo discuto, vaya!

¡A ti te ciega una mala pasión y no pués ver claro!

SEÑORA ALDONZA. ¡Esa es mi cuenta!

SEÑOR ZAPATA. ¡La mía es que me escuches!
A tu hija no se la pué desamparar.

SEÑORA ALDONZA. ¡Ampárala tú!

SEÑOR ZAPATA. ¡De ampararla vengo! Pero yo tengo sobre mí otros deberes. El tuyo está en traerte a la Petra a tu casa mientras aquel hombre no se corrija.

SEÑORA ALDONZA. ¿Qué has dicho? ¿Ese era el final de la embajada? ¡Vamos! ¡No creí que te atrevieras a tanto, Teófilo! ¡Hace falta valor!

SEÑOR ZAPATA. Hace falta.

SEÑORA ALDONZA. ¡La Petra aquí! ¡La Petra aquí después de haberse escapao de mis faldas! ¡Como yo no me muera!... ¡No, precioso, no! ¡Eso no es en mis días! ¡Te digo que no! ¡La Petra, con lo que escogió por su gusto! ¿Es veneno? ¡Pues a envenenarse la sangre con él! ¡Nadie se lo puso en los labios pa que lo tomara! ¡Qué más quisiera ella! ¡Y el otro ladrón! “¡Tu madre es una hiena: vente conmigo, que yo te voy a alimentar de miel de la Alcarria!” “¡Mi madre es una harpía: contigo me voy, que eres el único que me quiere en el mundo!” ¿Que ahora la miel resulta acíbar? ¡Pues no hay más que apretar los puños y tragarla! ¡Aquí mi hija no vuelve!

SEÑOR ZAPATA. ¡Por el amor de Dios, Aldonza!

SEÑORA ALDONZA. ¡Aquí mi hija no vuelve!

SEÑOR ZAPATA. Mira, Aldonza, que vas a precipitarla; mira que la chica está desesperá, y habla ya hasta de tirarse por el Viaducto.

SEÑORA ALDONZA. ¡Que se tire!

Cecilio se estremece y cambia de sitio y de actitud.

SEÑOR ZAPATA. ¿Que se tire? Ahora voy ya creyendo que no eres su madre.

SEÑORA ALDONZA. ¡Lo fui! Y si he tenido dulzura en la vida ha sido pa ella. ¡Tú lo sabes!

SEÑOR ZAPATA. Acuérdate del hijo pródigo.

SEÑORA ALDONZA. ¡Déjame de monsergas! ¡Ya la advertí que la cruz había de pesarla algún día! Pero no me hizo caso. Y ahora ve mi razón, ¿verdá? ¡Es un poco tarde! Tié que seguir con la cruz acuestas. ¡Tos llevamos alguna en el mundo! ¡Bueno andaría el cotarro si una mujer y un hombre se separasen na más que por unas bofetás de más o de menos!

SEÑOR FAUSTO. ¡Estaría yo soltero hace ya unos años!

SEÑORA ALDONZA. *Yendo sobre él.* ¡A ti te señalo yo hoy!

SEÑOR ZAPATA. *Sujetándola.* ¡Aldonza!

SEÑORA ALDONZA. ¡Ya le cogeré luego solo! ¡Tiempo hay de to! ¡Mi hija está en tu casa, me has dicho? ¡Pues voy a ser yo la que la lleve la respuesta que aguarda! ¡No tiés que molestarte tú ni pasar vergüenza! *Le da un puntapié a una*

silla que le estorbaa el paso. ¿Quién ha puesto esto aquí? ¡Soná va a ser la que vamos a armar hija y madre! ¡Cabalmente me coge con ganas de jaleo!

Se va de estampía por la puerta de la derecha.

SEÑOR FAUSTO. ¡Otro juicio de faltas!

SEÑOR ZAPATA. Voy yo a su alcance. ¿Quién las deja solas a las dos? ¡Ni los rabos quedan! Hasta luego, Cecilio. Adiós, amigo Fausto. ¡Pidan ustés a Dios por mí! *Vase.*

CECILIO. Vaya usted con Dios, señor Zapata.

SEÑOR FAUSTO. ¡Sí que precisa la ayuda de Dios! *Se entra en la tienda.*

CECILIO. ¿Pa qué habrá querido ese hombre que yo vea este cuadro? ¡No me lo sé explicar! Yo paro poco en esta casa. ¡Me pone malo esa mujer!

Vuelve a salir el señor Fausto, con sombrero.

SEÑOR FAUSTO. ¿Usted no se mueve de aquí?

CECILIO. No, señor; márchese usted tranquilo.

SEÑOR FAUSTO. Como a la Libre la toca salir hoy...

CECILIO. Márchese usted tranquilo. ¿Va usted también allá?

SEÑOR FAUSTO. ¿Qué quíe usted que haga? ¡La Guardia civil no está más que en las carreteras!... A ver si evitamos un desavío.

CECILIO. Difícil será, según va la señora Aldonza.

SEÑOR FAUSTO. Sí, va cargadilla. Pero toavía se pone mucho peor.

CECILIO. ¿Peor?

SEÑOR FAUSTO. Usté no la conoce más que de vista, amigo. Si usté sigue aquí con nosotros, usté presencia un cataclismo algún día. Porque a mí ya se me va terminando la calma. *Cecilio se sonríe.* Sí, señor, sí; se me va terminando; no es *paradoja*. Yo soy un hombre que aguanta una, y aguanta dos, y aguanta tres... ¡y aguanta cuatro!... y aguanta cinco... y aguanta seis... y aguanta siete... ¡y aguanta ocho!...

CECILIO. ¡Basta, amigo; que yo no aguanto nueve! *Le vuelve la espalda y se va al interior.*

SEÑOR FAUSTO. Usté lo pase bien. *Sonriéndose con ironía.* ¡Que no aguantas nueve!... ¡Y hasta nueve mil!... ¡Di tú que soy yo quien se ha casao con ella! Vamos a ver si llevo tarde.

Se va con toda calma por donde los otros. Por la puerta del foro sale en esto Libre, hecha un brazo de mar. Va a verse libre de verdad unas horas. La sigue Antonino.

LIBRE. Pero, hombre, ¿quié usté no ser pelma? ¡Si yo no le quiero a usté pa na y usté las quiere a todas!

ANTONINO. ¡No me digas eso, que me matas! ¡que me asesinas! ¡Yo a quien quiero es a ti! ¡Lo otro es que finjo, pa encelarte!

LIBRE. ¡Tié usté un rato largo de guasa!

ANTONINO. ¡Paeces una perita en dulce!

LIBRE. ¡Las manos quietas!

ANTONINO. ¡Déjame que te abrace... y las vas a ver sin movimiento cinco minutos!

LIBRE. ¡A ver si llamo a la pareja!

ANTONINO. ¿Y qué? Viene la pareja... y te prende los ojos, ¡por ladrones!

LIBRE. Pero ¿será usted trucha?

ANTONINO. ¿Adónde vas a pasar la tarde?

LIBRE. Con mi hermana Filo.

ANTONINO. ¡Chica, que te vas a aburrir!... Pan con pan, comida de tontos. Vente conmigo al *cine*.

LIBRE. ¡Me da miedo de las tinieblas! Hoy hay sol y hay que aprovecharlo.

ANTONINO. Eso quiero yo, rica; aprovechar el de tu cara. Anda, vamos al *cine*. Tú verás cómo nos entendemos. ¡Que llevo tres noches sin dormir!

LIBRE. ¡Ja, ja! ¡Qué risa! ¡Sin dormir! ¡Sin dormir por mí! ¡Que se alivie usted de la cabeza, que está usted malo! ¡Como que uno de Algodor se va a pitorrear de una de Getafe! ¡Ja, ja!

Se marcha por la puerta de la derecha a la vez que por la del foro vuelve Cecilio. Trae unos útiles de dibujar.

CECILIO. Pero, Antonino, es usted terrible: se mete usted con todas.

ANTONINO. ¡Me divierto así!

CECILIO. Pa usted no hay barreras.

ANTONINO. No, señor.

*Desde la princesa altiva
a la que pesca en ruín barca...*

La llamo la princesa altiva a la chica de la comadrona.

CECILIO. ¡Dichoso usted!...

ANTONINO. Pero, hombre, y ¿en qué cosa mejor se va a pasar la vida?

CECILIO. ¡Dichoso usted!... *Lleva junto a la ventana la mesa.* ¿Se enfadará la señora Aldonza si varío la mesa de sitio pa tener más luz?

ANTONINO. Usted póngase a su comodidá, porque ella se enfada de toas maneras.

CECILIO. Y a ésa, ¿no la ha dicho usted ningún chicoleo?

ANTONINO. ¿A quién? ¿A la señora Aldonza? No, señor; ¡no aspiro a la laureada de San Fernando!

CECILIO. ¡Ja, ja, ja!

ANTONINO. ¿Va usted a dibujar?

CECILIO. Sí; voy a diseñar unas decoraciones... Ca uno se entretiene a su modo. No quiero salir... ¿Usted se va, es claro?

ANTONINO. Ahora mismo.

CECILIO. ¿A seguir a alguna de las del barrio?

ANTONINO. ¡Ca! Esas las tengo tos los días. A ver lo que salta por ahí. Cosa nueva. Yo soy un hombre que con las mujeres improvisa. Pa mí no hay gusto como no saber por la mañana la que me va a esperar por la noche. Hay quien dice que este es un mal sistema; que no se disfruta. ¡Pero a mí me va tan ricamente! Además, un tío mío, que conoce el mundo, me dijo cuando me vine del pueblo: "No te recomiendo más que una cosa, Antonino: que si te echas novia en Madrí, te echas dos o tres por la parte más corta. Mientras te gusten unas pocas, no tiés ni que escribirme. El día que te guste una na más, ponme un telegrama."

CECILIO. Es un sabio su tío de usté.

ANTONINO. ¡De Esquivias!... Hasta luego, amigo; que usté trabaje con provecho.

CECILIO. Gracias; que usté no pierda el tiempo esta tarde.

ANTONINO. ¡Un domingo perder yo el tiempo! ¡Sería una novedá! ¡Yo no pierdo el tiempo más que estudiando! *Se va silbando un pasacalle de su predilección.*

Pausa. Cecilio dibuja.

CECILIO. *Para sí.* Quedamos en que la puerta del jardín a la izquierda... Sí. A la derecha el pabellón... ¡No hay modo de darles novedá a estas cosas!... ¡Qué le vamos a hacer!... *Nueva pausa. Tararea, dibujando. De pronto suspende el trabajo, estremecido. Escucha. ¿Esa voz? ¿Es*

posible? *Se levanta de un salto y corre al portón. Lo abre, y exclama entonces, dudando de lo que ven sus ojos: ¡Maravillas! ¿Tú? Pero ¿es posible?*

MARAVILLAS. ¿Por qué no? ¿Estás solo?

CECILIO. Solo.

MARAVILLAS. Eso quería.

Pasa y entorna tras de sí el portón, aumentando la perplejidad de Cecilio.

CECILIO. ¿Qué haces?

MARAVILLAS. Ya lo ves. No, no sueñas; soy yo, Maravillas, tu tormento, que viene a hablar contigo.

CECILIO. *Con un rayo de íntima alegría.* ¿A hablar conmigo... tú?

MARAVILLAS. A hablar contigo.

CECILIO. *Trémulo.* Y de esto... de esto... ¿me tendré que alegrar o tendré que sentirlo?

MARAVILLAS. Vamos despacio.

CECILIO. ¿Despacio hemos de ir?

Se miran. Cecilio aguarda, presa de profunda agitación, como un reo su sentencia de muerte o su indulto.

La belleza de Maravillas, sensual y atrayente, lozana, deseable, disculpa en cierto modo la pasada aberración del muchacho y explica su temblor ante ella.

MARAVILLAS. *Participando un poco de la turbación de su amigo.* Me has escrito hace cuatro

días una carta... que no pué quedarse sin contestación.

CECILIO. ¡Ah!

MARAVILLAS. ¿La echabas de menos?

CECILIO. ¡Sí... sí!... ¡La echaba de menos!

MARAVILLAS. ¿Ves cómo he hecho bien en venir?

CECILIO. De eso yo no sé todavía.

MARAVILLAS. Déjame que me explique. Leer yo tu carta y quedarme como de hielo, to fué la misma cosa. De hielo es poco: de piedra me quedé. Comprenderás que no era pa menos. Y ni que lo creas ni que no, llevo sin vivir tos estos días, dudando si verte o si no verte, pero pensando na más que en ti.

CECILIO. *Esperanzado.* ¡Maravillas!

MARAVILLAS. Déjame seguir; no vayas a errar el camino.

CECILIO. *Con brusca transición.* ¡Maravillas!

MARAVILLAS. Déjame seguir. Me habían dicho en el barrio que por mí quisiste matarte, y no me cabía en la cabeza. Cuando lo ví en tu carta escrito de tu mano, tuve que creerlo. De tal forma iba dicho aquello, que no podía ser una mentira.

CECILIO. No lo era.

MARAVILLAS. ¡Bendito sea el buen hombre que te quitó la pistola de la mano!

CECILIO. ¡Bendito sea!

MARAVILLAS. Si yo fuera una mala mujer,

como tú me has llamao muchas veces porque no te hacía cara, me habría importao tu carta menos que las coplas de un ciego; la hubiera echao a la lumbre, y en paz. Y desde luego te hubieras quedao con las ganas de la contestación. Pero, lo uno, que yo te quiero bien, y lo otro, la manera como la carta está puesta, me determinaron por fin a dar este paso. Yo me explico mejor hablando que escribiendo.

CECILIO. Y ¿qué vas a decirme?

MARAVILLAS. Primero que na, que yo, como tú, le he dao muchas gracias a Dios y a la Virgen porque no hayas lograo tu intención de matarte. Dices bien, y yo te agradezco el pensamiento: si te matas, me hubieras dejao una intranquilidá de conciencia pa toa la vida. De lo que ese golpe hubiera sido pa tus padres, no hablo, porque tú lo has considerao más que yo pueda hacerlo, y porque lo que a mí me toca es hablarte de mí.

CECILIO. *Con arretrato.* ¡Sí; de ti, de ti; eso es lo que yo quiero! ¡Eso es lo que estoy temiendo y deseando a la par! ¡Habla! ¡Dime! ¡Yo te escribí esa carta porque tenía que darle a mi corazón ese desahogo; porque no tenía más remedio que escribirla! ¡Quería que supieras por mí hasta qué punto de locura había llegao por tu cariño; y que si yo bendecía la mano que me libró de aquello, era, antes que por na, porque

viviendo yo te libraba a ti del remordimiento de mi muerte! ; Porque así te quiero, Maravillas!

MARAVILLAS. *Con emoción y turbación.* ¡Así me quieres!...

CECILIO. ¡Así te quiero! ¿Es que mi carta me ha salvao? ¿Es que ha hecho el milagro de que cambies pa mí?

MARAVILLAS. ¿De que cambie?

CECILIO. ¡Sí; de que me mires de otro modo; de que creas que soy digno de ti y que merezco que me quieras!

MARAVILLAS. Eso no te lo niego.

CECILIO. ¿Eh?

MARAVILLAS. Que tú seas digno de mí y que merezcas que te quiera, no yo, que na valgo, sino quien valga mucho más, eso no pué negarse; ya te digo que no te lo niego...

CECILIO. Entonces...

MARAVILLAS. Pero de eso, Cecilio, a que te quiera yo pa mí, a que tú me gustes pa mí, hay mucha distancia.

CECILIO. ¡Maravillas!

MARAVILLAS. ¡Cecilio!

CECILIO. Y ¿a decirme esto es a lo que vienes? ¿A que yo te vea? ¿A quitarme de un golpe la calma que ya iba entrando en mí? ¿Es que no sabes lo que me trastorna el mirarte? ¿Es que no comprendes que llevo diez días sin salir a la calle temiendo tropezar contigo? ¿Es que has olvidao que en tu presencia no tengo más voluntá

que la de hacerte mía, y me ciego y me vuelvo loco si veo que no lo eres? ¿Es que no te ha pasao por la imaginación que podrías empujarme otra vez a hacer lo que antes no hice?

MARAVILLAS. Ni me ha pasao, ni Dios permita que te pase a ti. ¿Hubiera yo llegao a esa puerta, Cecilio? Pero quiero también defenderme de esa injusticia tuya.

CECILIO. ¿Injusticia la llamas?

MARAVILLAS. Pues ¿qué nombre voy a ponerle? ¿Dónde está escrito que tenga yo obligación de quererte a ti? ¿Ni a ti ni a ningún hombre que no me guste pa quererle! ¿Ni qué fuero es el tuyo pa decirle a ninguna mujer: "Si no me quieres, me mato"? ¿Qué culpa tengo yo? ¿Qué culpa tié nadie?

CECILIO. ¡Tú quieres a otro, Maravillas!

MARAVILLAS. ¡A otro que no me quiere a mí, Cecilio! ¡Que pasa por mi lao y me hiere con su desdén! Ese temblor que a ti te entra delante de mí, me entra a mí delante de ese otro.

CECILIO. ¡Calla!

MARAVILLAS. ¡He de hacer los imposibles por atraérmele!

CECILIO. ¡Calla!

MARAVILLAS. ¡No callo; he venido a hablar! ¡Tíes que oírme! Dios me dé habilidá y me dé gracia pa que ese hombre llegue a ser mío y no de otra; pero si yo no le gano la voluntá al fin de cuentas, si no le gusto, si no me quiere, ¿qué

he de hacer, Cecilio? ¿Matarme, porque no me quiera? Este es un consejo de amigo que te vengo a pedir.

CECILIO. ¡Matarte tú, nunca! ¡Por nadie! ¡Vales tú mucho más!

MARAVILLAS. ¿Aunque me desdigne quien yo quiero?

CECILIO. ¡Aunque te desdigne!

MARAVILLAS. Entonces, ¿qué razón hay pa que tú quisieras matarte porque yo te negara mi cariño?

CECILIO. ¡Que yo no valgo lo que tú, y que te quiero a ti como es imposible que tú quieras a ningún hombre!

MARAVILLAS. ¿Qué sabes tú de eso? ¡La medida del cariño ca uno la lleva en su corazón!

CECILIO. Además, ya te he dicho en mi carta que aquello fué un ramo de locura.

MARAVILLAS. Un ramo de locura; eso es; tú lo has declarao. A este tramo de la escalera quería yo llegar. Ramo de locura es que un hombre se mate porque una mujer no le quiera, o una mujer porque no se le acerque un hombre que a ella la gusta. Y no es justo echar sobre la conciencia de nadie el peso de una culpa que será de Dios, si se quiere, pero que no es de las personas. ¿Te has enterao?

CECILIO. ¿No te he dicho ya que me alegra-

ba de haberme salvao por no cargarte de ese peso?

MARAVILLAS. Pero luego me has amenazao con la idea de que al verte desengañaos otra vez, te podía volver a tentar el diablo por mi causa.

CECILIO. ¡Y siempre que te mire me pasará lo mismo: pensaré que mi vida sin tu cariño es una cosa inútil y despreciable, y querré quitármela!

MARAVILLAS. Pues no olvides que será una injusticia; una sinrazón; una locura. De na me acuso; de na pués acusarme. Ni he coqueteao contigo pa engreirte, ni te he dao pie pa que te acercaras por mi cariño, ni he sido tu novia y te he engañaos. Honradamente te he dicho siempre que no te quería. Y no hay más que hablar.

CECILIO. Pues si no hay más que hablar... vete... ¡vete! ¡Déjame!

MARAVILLAS. Pero ¿no podemos ser amigos?

CECILIO. ¡No!

MARAVILLAS. ¿Por qué no?

CECILIO. ¿Estás viendo como mi cariño no se parece a ningún otro? ¡Amigos! ¡Vete, Maravillas! ¡Líbrame del suplicio de verte sabiendo ya que nunca serás mía! ¡To eso que me has dicho es razonable, muy razonable; pero es más frío que la nieve del Guadarrama! ¿No me ves temblando, Maravillas? ¿No me ves llorando

también? ; Pues déjame! ; Déjame! Vete tranquila, que no me mato; y si me mato, no será culpa tuya. ¿Querías oírme esto? Pues ya lo has oído. Pero no, no me mato; no tengo necesidad ninguna de matarme... ; Me parece que estoy muerto ya!... Vete; vete tranquila... y sé dichosa. ¿Quién?

Llega inopinadamente Narda, de la calle. Se sorprende de la escena que encuentra, y tras una rápida observación, se va allá dentro de la casa.

NARDA. Buenas tardes.

MARAVILLAS. Buenas tardes.

CECILIO. ¿Ya de vuelta, Narda?

NARDA. No; entro y salgo.

MARAVILLAS. *Cuando Narda se va.* ¿Quién es?

CECILIO. Una chica que vive aquí.

MARAVILLAS. Te ha mirao de un modo... Nos ha mirao.

CECILIO. ¡Bah!

MARAVILLAS. En fin, te dejo.

CECILIO. Adiós.

MARAVILLAS. Me duele mucho no poder remediarte; pero no está en mí. Puesto que sufres viéndome, haré lo posible por ocultarme de tu vista.

CECILIO. Yo te ayudaré en eso.

MARAVILLAS. ¡Ojalá sepa algún día que eres muy dichoso!

CECILIO. No lo podrás saber.

MARAVILLAS. ¡Ojalá lo sepa! *Antes de marcharse vuélvese a mirar a Cecilio; lo contempla abatido, y dice como para sí: ¡Yo no tengo la culpa! Vase.*

Apenas ella desaparece siente Cecilio el irrefrenable impulso de seguirla. Corre al portón y al llegar a él se detiene bruscamente, exclamando con amargura:

CECILIO. ¿Adónde vas, loco? *Maquinalmente torna a su mesa de trabajo. ¡Ni me quiere... ni me querrá nunca!... Con rabia. ¡Ni me importa! Con dolor. ¡Ay!... ¡lo que es eso!... Lloro.*

Vuelve Narda del interior.

NARDA. ¿Se fué la visita?

CECILIO. *Procurando disimular y serenarse.*
Se fué.

NARDA. Amigo, no quieren dejarle a usted solo.

CECILIO. No quieren.

NARDA. Por mí no lo va usted a decir; porque yo le dejo.

CECILIO. No, Narda; no va esto con usted...

NARDA. Pero ¿qué le pasa a usted, Cecilio?
Está usted descompuesto... ¿Ha llorado usted?

CECILIO. No vale la pena...

NARDA. Pero ¿ha llorado usted?

CECILIO. No.

NARDA. ¡Sí! ¿Le ha traído esa mujer alguna mala novedá?

CECILIO. Novedá, ninguna.

NARDA. *Con súbita revelación.* ¿Es ella acaso...?

CECILIO. Sí.

NARDA. ¿Su novia?

CECILIO. No; no fué nunca mi novia.

NARDA. Bueno, la de...

CECILIO. Ella, ella.

NARDA. ¿Maravillas?

CECILIO. Maravillas, sí.

NARDA. Y ¿cómo ha tenido valor...?

CECILIO. Quería hablar conmigo... justificar-se...

NARDA. ¡Ya!

CECILIO. Yo mismo la escribí mi arretrato...

NARDA. ¡Ya! *Pausa.* Después de mirar a la puerta por donde se marchó Maravillas. Pues, hijo, me va usted a dispensar que le diga una cosa.

CECILIO. Diga usted lo que quiera.

NARDA. ¡Que no es pa tanto! *Cecilio la mira.* No se enfade usted; pero no es pa tanto.

CECILIO. Según los ojos con que se ven las cosas.

NARDA. Pero esto mismo ¿no se lo ha dicho a usted nadie más?

CECILIO. Nadie más.

NARDA. ¿Ni el señor Zapata?

CECILIO. Usted es la primera.

NARDA. ¿Ah, sí? Pues lo siento... y me alegro. ¡Los ojos con que se ven las cosas!... Y usted perdone.

CECILIO. No hay de qué. *Silencio.* Por mí no se detenga, Narda: vaya usted a lo que fuese.

NARDA. Está usted deseando perderme de vista.

CECILIO. ¡No, por Dios! Ahora, que si la digo a usted mi verdá, en este momento ni la veo a usted ni veo cosa ninguna. No estoy aquí.

NARDA. ¿Se le ha ido a usted el alma detrás de ella?

CECILIO. Es posible.

NARDA. Ya me arrepiento de mi broma de antes. Pero, de toas maneras, siempre que la siga usted que sea de esta forma: sin que el cuerpo acompañe al alma.

CECILIO. Así tié que ser ya, desgraciadamente. *Pasea sombrío.*

Ella lo contempla.

NARDA. ¡Vaya! Cambio de plan.

CECILIO. ¿Cómo?

NARDA. Que se vayan las compañeras sin mí cuando se aburran de esperarme; yo no le dejo a usted ahora solo con esos pensamientos tan tristes.

CECILIO. ¿Se figura usted que va a cambiarles el color?

NARDA. No tengo yo poder pa tanto; pero lo intentaré.

CECILIO. Lo que usté quiera.

NARDA. ¡Lo que yo quiera, dice!

CECILIO. ¿Qué?

NARDA. Na. Si fuera usté un chico, empezaría a contarle cuentos. Yo sé muchos. Y no pa dormirle, sino pa abrirle a usté los ojos.

CECILIO. ¿Más?

NARDA. ¡Mucho más! ¡Usté es un párvulo, aunque tenga la edá de un hombre!

CECILIO. ¿Un párvulo?

NARDA. ¡A ver!

CECILIO. Y usté una anciana llena de experiencia, ¿verdá?

NARDA. Si los sufrimientos dan experiencia... no crea usté que no, que tengo varios siglos encima.

CECILIO. ¿Usté?

NARDA. Yo.

CECILIO. Pues nadie lo diría, Narda.

NARDA. Lo digo yo cuando llega el caso.

CECILIO. Tié usté una conformidá con to, una alegría, que parece usté una mujer feliz.

NARDA. Manolito, que me ha castigao tanto, no me iba a negar ese consuelo.

CECILIO. ¿Quién es Manolito?

NARDA. El que está arriba.

CECILIO. ¡Ah!

NARDA. Pero le advierto a usté una cosa: que

yo estoy convencida de que pa estar en el mundo con esta tranquilidad que usté me ve a mí, hay que saber lo que son penas por haberlas llorao; no le dé usté vueltas.

CECILIO. Pues si eso es así...

NARDA. Que sí que lo es; que no le dé usté vueltas. Aquí me tié usté a mí pa demostrarlo. Usté, antes de este desengaño con esa mujer, ¿ha pasao alguna pena grande?

CECILIO. Pena grande, no.

NARDA. Total: que está usté empezando a vivir. ¿Usté ve cómo es usté un párvulo? Porque, no se haga usté ilusiones: a este mundo venimos a llorar por diez y a reir por dos; han hecho así las cuentas. De manera que usté, hasta el presente, me lleva a mí mucha ventaja.

CECILIO. Según.

NARDA. ¡Según! ¿Le vive a usté su padre?

CECILIO. Sí.

NARDA. Y le querrá a usté mucho.

CECILIO. Mucho.

NARDA. Pues... el que tuvo la culpa de que yo naciera, me encuentra a mí en la calle y no me conoce. Va en coche más que andando y no repara en los de a pie. Y como yo si subo es al tranvía... pues tampoco tié nunca ocasión pa verse conmigo. Es un señor de campanillas. Tié muchos títulos y mucho dinero. Cuando yo nací, mi madre se creyó que iba a tener en mí el mejor imán pa sus `pesetas; pero se llevó chasco.

No sé quién le metió en el alma al buen señor unas sospechas ruines, y nos volvió la espalda a las dos, y nos quedamos la hija y la madre a la misericordia de Manolito. Esta fué mi niñez dichosa. ¡La edá en que no hay penas, como dicen! Me está usted mirando extraño.

CECILIO. Sí; no sabía...

NARDA. ¡Párvulo! Pues luego mi madre se unió con otro ciudadano que la mataba a golpes. ¡Pa enseñarme a vivir a mí! Mi madre... se vengaba de él como podía, pero no podía librarse de su... de su protección. Llegó a cogerle miedo. Y él no la dejaba mayormente, no por ella, sino por la mina que empezó a ver en mí cuando yo cumplí los catorce años. Dicen que era bonita.

CECILIO. ¿Quién lo duda?

NARDA. Me di cuenta de lo que tramaba contra mí aquel mal hombre, y un amanecer me escapé de mi casa.

CECILIO. ¡Bien hecho!

NARDA. ¡Como un pájaro! Y ¡qué días siguieron pa mí, Cecilio! Y ¡qué noches! Hay pa tres o cuatro novelas muy tristes. ¿Usted no se ha visto nunca sin tener a quien volver la cara ni de quien ampararse? Usted no sabe lo que es ir a buscar trabajo y tropezar siempre en lo mismo de que iba huyendo: en una fábrica, el hijo del amo; en una casa particular, el señorito; en la calle... ¡cualquiera! ¡Ni que me hubieran echao una maldición! Llegué a renegar de ser bonita.

Tomé a los hombres asco y miedo; tomé asco a la vida... Y, sin embargo, yo no sé qué confianza interior me animaba siempre y me daba fuerzas. El caso es que no podía vivir, pero quería vivir. Y nunca le pedí a Dios la muerte: no le pedí más que vivir de otro modo. Y aquí estoy, sin tener que arrepentirme de haber hecho na malo... y ya usted me ve: ¡usted me había tomao por unas sonajas!

CECILIO. ¡Qué poco valemos los hombres!

NARDA. Hay de to...

CECILIO. Por lo menos yo, Narda, estoy viendo que valgo bien poco.

NARDA. Siempre se exagera.

CECILIO. Uno cree que le han punzao las espinas más grandes, y a lo mejor, oyendo al prójimo...

NARDA. Sí; se convence de que apenas le han arañao el cutis.

CECILIO. No diré yo tanto.

NARDA. Lo que veo es que le he puesto a usted más triste toavía de lo que ya estaba.

CECILIO. No le importe a usted. Aunque esté más triste, parece que me he serenaao un poco.

NARDA. Menos mal.

CECILIO. Y voy a volver a mi trabajo. Eso también consuela y distrae. Muchas gracias, Narda, por el bien que me ha hecho. Váyase usted ya con sus amigas a disfrutar del día de fiesta. Hasta luego.

NARDA. Hasta luego.

CECILIO. Váyase usted, váyase usted... *Éntrase por la puerta del foro.*

NARDA. *Mirando al cielo.* ¡Manolo!... ¡Manolito!... ¡Tócale en el corazón a este hombre!... ¿No crees tú que me lo he ganao?... ¿Que no?... ¿Toavía no?... ¡Pues por mí no ha de quedar, yo te lo aseguro! ¡O poco valgo...! *Va a irse a la calle, cuando llegan la señora Aldonza y el señor Zapata, y se detiene.* ¡Señora Aldonza!

SEÑOR ZAPATA. Chica, ¿tú por aquí otra vez?

NARDA. ¿Se arregló ese asunto?

SEÑORA ALDONZA. ¿Cómo si se arregló? ¡En su casa está la pareja más suave que un par de guantes! ¡Si no hay como tener razón y los cinco mandamientos bien empleaos!

NARDA. ¿Ha habido felpa?

SEÑORA ALDONZA. ¡A los dos por igual, pa que no se queje ninguno! ¡Diez y ocho bofetás bien repartidas! ¡Nueve y nueve! ¡Los dos han llorao! ¡A hacer comiditas ahora! ¡No faltaría más! ¡El que la armó que la desarme! ¡A mí con el Viaducto! ¡Sí, sí! *Éntrase en sus dominios.*

SEÑOR ZAPATA. ¡Es de hierro forjao!

NARDA. *Con vehemencia comunicativa.* ¡Señor Zapata, hay novedades!

SEÑOR ZAPATA. ¿Qué novedades hay?

NARDA. ¿Quién piensa usted que ha estao aquí?

SEÑOR ZAPATA. ¿Quién ha estao?

NARDA. ¡Maravillas!

SEÑOR ZAPATA. ¿Maravillas?

NARDA. ¡Y ha hablao con Cecilio!

SEÑOR ZAPATA. Y ¿dónde está él?

NARDA. Ahí dentro: en su cuarto.

SEÑOR ZAPATA. ¡Ah! Y ella ¿a qué ha venido, tú sabes?

NARDA. Él me ha dicho que a pedirle perdón... Una cosa así.

SEÑOR ZAPATA. ¡Demonio de mujeres!... Cuando se iba encalmando el chico...

NARDA. No quiera usted saber como él se quedó... Hablaba solo; no estaba en lo que hacía... ¡Y también ha llorao!

SEÑOR ZAPATA. ¡To me lo figuro!

NARDA. Fortuna que llegué yo a tiempo y le he distraído unas miajas contándole mi historia. Llévasele usted ahora a dar un paseo.

SEÑOR ZAPATA. ¡No, que no! También procuraré distraerle... Le hablaré de mil cosas...

NARDA. ¡Háblele usted de una na más!

SEÑOR ZAPATA. ¿De qué quíes que le hable?

NARDA. ¡De que estoy yo por él que hago números!

SEÑOR ZAPATA. ¿Ah, sí? Algo me maliciaba. Pero, chica, en diez días...

NARDA. Estas cosas, cuando son de verdad, vienen de golpe. ¡Hago números por las paredes, señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. ¡Ja, ja, ja! ¡No sabes tú lo que me alegro!

NARDA. ¡Pondérole usted un poquitín mis prendas! ¡Dígame usted que soy una perla de Oriente!

SEÑOR ZAPATA. ¡No le diría más que la verdad!

NARDA. ¡No importa que se le vaya a usted alguna mentirilla!

SEÑOR ZAPATA. ¿Y tocante a lo que tú le quieres?

NARDA. ¡En ese terreno déjese usted ir cuenta abajo! ¡Por mucho que avance no se saldrá de la verdad!

SEÑOR ZAPATA. ¡Pues con la verdad se va a tos laos! ¡Cuenta conmigo!

NARDA. ¡Dios se lo pague a usted!

SEÑOR ZAPATA. ¡Entre los dos le salvaremos!

NARDA. ¡Con la ayuda de Manolito, siempre!

SEÑOR ZAPATA. Voy por él.

NARDA. Vaya usted con Dios. ¡Que hago números, señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. ¡No se me olvida, no! ¡Cecilio! ¡Cecilio!

NARDA. ¡Cecilio!... ¡Cecilio!...

Él se va adentro, llamando al muchacho, y ella a la calle, deleitándose en repetir su nombre.

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores. Aún no ha acabado octubre. Es por la mañana.

Antonino estudia sentado junto a la ventana. Indalecio canta en el patio. Narda sale del interior de abrigo y velo, dispuesta para irse a la calle. Llega a la puerta, la abre de mala gana y, de repente, obedeciendo a íntima resolución, la vuelve a cerrar decidida.

NARDA. ¡Vaya! ¡Un día es un día! ¡Se acabó!

ANTONINO. ¿Cómo?

NARDA. ¡Que hoy no voy al taller! ¡Que lo he determinao ahora mismo!

ANTONINO. *Levantándose entusiasmado.* ¡Ole! Cuenta conmigo pa to lo que quieras.

NARDA. Gracias. Tú siempre a lo tuyo.

ANTONINO. ¡A ver qué vida!

NARDA. *Dejando el abrigo y el velo.* No sé por qué los pies se me resisten a sacarme hoy de casa.

ANTONINO. Yo sí sé por qué.

NARDA. ¡Vamos! ¿No lo sé yo y vas tú a saberlo?

ANTONINO. Es que yo sé muchísimas cosas, Narda... ¡En no siendo Geografía postal!... ¡Ay!

NARDA. Chico, ¿qué te ha dao?

ANTONINO. ¡Un trastorno de pies a cabeza! ¡Me he acordao de pronto de que me examino pasao mañana!

NARDA. Sí, ¿eh? Pues anda al libro, que es lo que te trae cuenta.

ANTONINO. ¡Maldito sea el que los inventó! *Coge el libro a regañadientes.* ¿Tíes que hacer ahora?

NARDA. ¿Por qué?

ANTONINO. Pa que me tomes esta línea, que se me ha atravesao. ¡Y estoy viendo que me va a tocar en el examen!

NARDA. Trae acá. ¿Cuál es?

ANTONINO. Esta. ¡Se me ha atravesao! “Ambulante de Madrid a Valencia.” Anda: desde aquí. *Diciendo la lección de memoria.* “Distancia de Madrid a Valencia, 490 kilómetros.”

NARDA. Eso es.

ANTONINO. “Itinerario... itinerario... Getafe, Pinto...”

Pasa del interior hacia la tienda el señor Fausto, murmurando:

SEÑOR FAUSTO. ¡Buen principio de semana, y ahorcaban en lunes!...

ANTONINO. ¿Me quíe usted dejar estudiar, señor Fausto?

SEÑOR FAUSTO. ¿Yo, eh? ¡A ti pa estudiar

te estorba hasta el aire!... Dame un pitillo, sabio.

ANTONINO. Sí, señor; tome usted.

SEÑOR FAUSTO. Gracias. Este fin de mes me han suprimió el humo. Me hace daño pa el asma. No te cases nunca, que yo me la busqué por tunante. *Éntrase en la tienda, reliando el cigarrillo.*

ANTONINO. Me gustaría a mí oír una conversación entre el señor Fausto y mi tío el de Esquivias.

NARDA. Déjate de conversaciones y anda al libro. Te distrae una mosca. Anda. "Itinerario. Getafe, Pinto..."

ANTONINO. "Getafe, Pinto, Valdemoro, Ciempozuelos, Aranjuez y Castillejo, en la provincia de Madrid... Villasequilla de Yepes, Huerta de Valderrábanos..."

NARDA. ¡De Valdecarábanos!

ANTONINO. De Valdecarábanos. Me he equivocado aposta pa ver si atendías.

NARDA. Pues ya ves que atiende. Sigue.

ANTONINO. "Valdecarábanos... Villasequilla de Yepes, Huerta de Valdecarábanos... Valdecarábanos... Valdecarábanos..."

NARDA. No arrancas de Valdecarábanos.

ANTONINO. Es que me he bajao en la estación a tomar una copa.

NARDA. Temprano tropiezas.

ANTONINO. No me atarugues tú. "Valdecarábanos... Huerta de Valdecarábanos..."

NARDA. ¿Otra copa?

ANTONINO. Sí; esperamos un cruce. “El Casar de la Guardia, Tembleque... Tembleque...” ; Este Tembleque está en toas las líneas! “El Romeral, Villacañas y Quero, en la provincia de Toledo”. “Alcázar de San Juan, Medina del Campo...”

NARDA. ¡No!

ANTONINO. No, no: “Campo de Criptana.” Me ha confundido el Campo... “Záncara y Socuéllamos...” ; Socuéllamos! ; Vaya un pueblo pa escribirle a diario a la novia! ; Socuéllamos!

Sale por la puerta del foro Libre, con la jaula del pájaro, que cuelga a la ventana.

LIBRE. ¡Nos hemos caído el señor Fausto y yo!

ANTONINO. ¡Otra! ¿Qué ocurre?

LIBRE. ¡Que hemos roto el reló del cuarto de la señora Aldonza! ; Cuando lo vea!... *Vuélvese adentro asustadísima.*

ANTONINO. Cuando lo vea, yo procuraré que me coja en Socuéllamos. *A Narda.* Chica, dame el libro. Aquí no hay modo de estudiar.

NARDA. Tómalo, sí; porque a este paso no llegas a Valencia.

ANTONINO. ¡Es que esto, además, es una estupidez! ; Y un atraso increíble! ; El correo debe llevarse ya en aeroplanos! ; Y en el aire no hay pueblos!

Por la tienda aparece Cecilio, que viene de la calle.

CECILIO. Santos y buenos días.

NARDA. ¡Buenos días!

ANTONINO. Buenos días, amigo. ¡Qué madrugador!

CECILIO. Al que madruga...

NARDA. Dios le ayuda. ¿Le ha ayudao a usted hoy?

CECILIO. Empieza a ayudarme.

ANTONINO. ¡Vaya! Uno que estorba. *Se encamina hacia la puerta del foro y por ella se marcha.*

NARDA. ¿Adónde vas?

ANTONINO. ¡A Valencia! ¡Si no me equivoco en el camino! "Itinerario. Getafe, Pinto, Valdemoro, Ciempozuelos, Aranjuez..." *Deteniéndose un punto.* ¡Qué talento tenía el que inventó el etcétera, etcétera!...

Rien Narda y Cecilio.

NARDA. ¡Le van a dar unas calabazas!... ¡Natural: no estudia!...

CECILIO. Sí; porque la práctica de líneas adquirida con las modistas y con las fregonas, luego no la estima el tribunal.

NARDA. ¡Tendría que ver que la estimara! Es un perdigón. Y a mí esta mañana se me ha pe-

gao su gandería. Aquí me tié usté de novillos.

CECILIO. ¿De novillos?

NARDA. ¡Fumándome el taller!

CECILIO. ¡Ya me chocaba a mí verla en casa a estas horas! Y ¿a qué se debe...? ¿Es que está usté mala?

NARDA. ¡Quiá!

CECILIO. Entonces...

NARDA. ¡Qué sé yo! Un venate. Porque le prevengo a usté que ya me iba al trabajo, cuando de pronto eché pa atrás y dije entre mí: “¡Vaya! ¡Que no voy!” Y hasta ahora, no lo siento.

CECILIO. ¿Ni qué importancia tié pa sentirlo, Narda? Sólo que como usté es tan cumplidora y tan formalita, la menor falta se le hace a usté un monte.

NARDA. ¡Si viera usté qué ganas voy yo teniendo de perder esta formalidá!...

CECILIO. ¿De veras?

NARDA. De veras. ¿No empacha ya un poquito? ¡Y que tampoco va con mis años! Bueno está lo bueno; pero a mi edá, y con lo que llevo pasao en este mundo, me hace falta ya cambiar de tocata... De mi casa, al taller; del taller, a mi casa... ¡Hay tendero que pone en hora su reló todos los días cuando me ve pasar! ¡Es demasiaio cronómetro! ¿No le paece a usté?

En el patio canta Indalecio, según su costumbre.

INDALECIO.

*También la gente del pueblo
tiene su corazoncito...*

CECILIO. El sillero la ha contestao a usted por mí.

NARDA. No era la del sillero la contestación que yo buscaba mayormente.

CECILIO. Pues yo estoy de acuerdo con él. Se debe pensar en algo más que en el trabajo pa que la vida sea completa. El corazón también quiere lo suyo.

NARDA. Y ¿hay que obedecerle?

CECILIO. *Vacilando.* No siempre, Narda.

NARDA. ¿No siempre? ¿Por qué?

CECILIO. Porque a lo mejor tié caprichos muy caros.

NARDA. Y eso ¿quién lo rige?

CECILIO. *Por la cabeza.* La vecina de la guardilla.

NARDA. ¿Cuando no esté loca la vecina, digo yo!

CECILIO. ¡Claro!

NARDA. Total: que estoy viendo que entre el principal y la guardilla siempre hay disgustos en la casa.

CECILIO. Malo es que no marchen a una.

NARDA. ¡Y eso es tan difícil!...

CECILIO. ¡Tan difícil!... Más de veinte días

llevo yo batallando pa ver si hacen las paces los míos, y na, no se avienen.

NARDA. ¿No?

CECILIO. No se avienen... a lo que yo quisiera. Y en mi casa el loco está en el principal.

NARDA. ¡Enciérrele usted en una jaula!

CECILIO. Encerrao le tengo, pero no deja de dar voces.

NARDA. ¿Se ha fijao usted en que casi siempre que usted y yo nos paramos a hablar sale una conversación parecida?

CECILIO. Sí... es verdad que sale.

NARDA. ¿Por qué será eso? Aunque, después de to, tie una explicación bastante clara.

CECILIO. Sí...

NARDA. La manera como usted vino a vivir con nosotros... ¿Se acuerda usted, Cecilio, de la mañana que nos conocimos? ¡Qué verdad es que de na debe hablarse sin enterarse primero con quién se habla! A mí no se me olvida aquello. Estar usted aquí por lo que estaba—paece que lo estoy viendo ahí sentao—y venir yo a contar entonces el caso de la *Chispa*...

CECILIO. ¿Aquella pequeña del taller de usted?

NARDA. Sí: que se dejó matar por el novio. ¡Pobre *Chispa*!

CECILIO. Yo tampoco la olvido. Pocas cosas en esta vida me han hecho a mí más mella.

NARDA. ¡Como que estaba usted pa oír el re-

lato! ¡Lástima de criatura! Y ¿querrá usted creer que ya en el taller no hay ni quien la nombre? ¡Y no hace un mes todavía! ¿Pa quién se hacen esas locuras en este mundo? Cuando cumpla un año de la muerte, la madre la llevará unas flores al cementerio y yo iré con ella... Cuando cumplan dos, de la misma madre pué que tiren más los hijos que la viven y a mí quizás se me pase la fecha... Y se acabó la historia... ¡Y la *Chispa* no está con nosotros! En fin, no nos pongamos tristes. ¿De qué hablábamos?

CECILIO. De las disputas entre el principal y la guardilla... que nos dan mucha guerra a algunos.

NARDA. ¡Mucha!

CECILIO. Yo, por mí, sin embargo, ya he tomado una resolución, y eso me ha dejao más tranquilo.

NARDA. Menos mal. Y ¿qué resolución es ésa, si es que pué saberse?

CECILIO. ¡Ya lo creo! ¿La interesa a usted?

NARDA. ¡Vaya! Por usted, que me es muy simpático, lo uno; y lo otro, porque nadie está libre de verse en un caso parecido.

CECILIO. No lo quiera Dios.

NARDA. No lo quiera el diablo.

CECILIO. Pues mi resolución es mudar de horizonte.

NARDA. ¿Cómo?

CECILIO. Yéndome de Madrí.

NARDA. ¿Se va usted de Madrí, Cecilio?

CECILIO. Sí, Narda; me voy.

NARDA. ¿Cuándo?

CECILIO. Dentro de tres o cuatro días. No tengo otro remedio. La casualidá ha venido a determinarme. Ha muerto en Barcelona un escenógrafo famoso. Un compañero mío, discípulo de él, me propone que nos hagamos cargo de los talleres, que trabajemos juntos, que unamos nuestros nombres... No es ningún desatino. Me tienta... y me conviene. Me voy de Madrí.

Pausa. Él pasea, ensimismado, procurando afirmar su convencimiento. Ella lo mira con melancolía.

NARDA. ¿Quié usted que le hable con franqueza?

CECILIO. ¿A mí?

NARDA. A usted.

CECILIO. ¿Sobre qué, Narda?

NARDA. Sobre esto que tratábamos.

CECILIO. Usted dirá.

NARDA. Creí que era usted más fuerte. Parece mentira que un hombre como usted busque callejuelas pa su camino, en vez de seguir adelante por el más derecho. ¿No le da a usted vergüenza de tener que huir de una mujer que no le quiere?

CECILIO. Sí me da; pero huyo.

NARDA. Pues... le llamarán a usted cobarde.

CECILIO. Y lo soy. Ya me lo llamo yo. Pero si pasando por esta nueva cobardía me libro de

esa sombra y escapo del miedo de volver a un mal paso, y al fin logro olvidar y curarme de mi ceguera, ¿qué me importa que se me tenga ahora por cobarde?

NARDA. Es que si una vez se es cobarde en la vida, con dificultad se vuelve a ser valiente. ¡Y en la vida hay que ser valiente! ¡Que sea una mujer la que a un hombre le diga esto!

CECILIO. Una mujer que quizás no me lo dijera, si supiese de lo que acobarda un cariño; del miedo que dan unos ojos que no quién mirarnos...

NARDA. *Reprimiéndose, cuando está a punto de descubrirse.* Tié usted razón... ¡Qué sé yo de esas cosas!... Estoy hablando de ligero... Por lo visto es verdá que dan mucho miedo unos ojos que no quién mirarnos... ¿Ve usted? Nunca se sabe lo bastante... Yo le he llamao a usted párvulo muchas veces... y ahora resulta que tengo que aprender de usted... Esta vida cambia de color ca minuto... A saber si mañana va a ser al contrario que hoy, y tié usted que aprender de mí. Hasta luego, Cecilio. *Se va al interior, temerosa de perder del todo la serenidad ante el muchacho.*

CECILIO. Adiós, Narda. *Turbado.* Pero esa mujer va tragando lágrimas... ¿Habrá pensao quizás...? ¡Sí! ¡To lo que me ha dicho va por ese lao! ¡Y yo en otro mundo!... *Llaman a la puerta.* ¿Quién es?

Abre y pasa el señor Zapata.

SEÑOR ZAPATA. ¡Hombre, tú! ¡Felices! ¿Es que me esperabas?

CECILIO. No, señor. Pero siempre llega usted cuando le necesito.

SEÑOR ZAPATA. ¿Eh?

CECILIO. Iba a ir a buscarle.

SEÑOR ZAPATA. Pues aquí me tienes como enviao. ¿Consultaste aquello con la almohada?

CECILIO. Sí, señor.

SEÑOR ZAPATA. Y habrás cambiao de propósito.

CECILIO. No, señor.

SEÑOR ZAPATA. ¿Te vas de Madrí decididamente?

CECILIO. Decididamente.

SEÑOR ZAPATA. ¿Se ha enterao de tu resolución la patrona?

CECILIO. No, señor; toavía na la he dicho.

SEÑOR ZAPATA. Pues procura informarla lo más lejos posible de ella: por la telegrafía sin hilos.

CECILIO. ¿Y eso?

SEÑOR ZAPATA. Porque no hay cosa que la haga peores tripas que la despedida de un huésped.

CECILIO. Y ¿qué la hace buenas tripas a esa condenada mujer?

SEÑOR ZAPATA. Se pone frenética: como si la robaran de pronto. Tú lo has de ver luego.

CECILIO.—¡Ca! Me despediré por escrito... No estoy yo pa escenas de fregadero esta mañana. El resultao es que me voy de Madrí. Y ahora, más aprisa.

SEÑOR ZAPATA. ¿Por esto que te he dicho?

CECILIO. No, señor. Por una cosa que me ha pasao.

SEÑOR ZAPATA. ¿Por una cosa que te ha pasao? A ver... Esa cosa, capítulo por sí merece. Dime.

CECILIO. Verá usted... ¡Me ha hecho una impresión, señor Zapata!... He hablao con Narda de mi viaje...

SEÑOR ZAPATA. Con Narda, ¿eh?

CECILIO. Sí; ahora mismo. Y en la manera como me ha escuchao, en lo que me ha dicho a última hora, en la forma como se ha ido de aquí —pa mí que iba llorando, señor Zapata—, ¡vamos! yo no quisiera ver visiones, pero...

SEÑOR ZAPATA. ¿Es decir que hasta hoy no te has dao cuenta de que esa mujer sueña contigo?

CECILIO. ¿Qué? ¿Usted lo sabe?

SEÑOR ZAPATA. ¿Que sí lo sé?

De los rosados labios de su boca...

Permíteme este madrigal; estoy encuadernando un ramillete de ellos. Sí, Cecilio, sí; he sido yo su confidente. Lo sé antes que nadie, por ella

misma, y te lo he dao a entender varias veces; pero a la cuenta no sólo estabas ciego, sino sordo. Narda se fijó en ti por lo que aquí te trajo; le fuiste simpático luego, y sin tú pretenderlo, te metiste en su corazón... Narda te quiere.

CECILIO. ¡Me quiere!

SEÑOR ZAPATA. Como es capaz de querer a un hombre una mujer que ha sabido librarse de muchos. ¡Ahí tiés una compañera pa la vida!

CECILIO. ¡Maldita sea mi suerte!

SEÑOR ZAPATA. ¡Caray! ¡To lo esperaba yo menos una exclamación tan amarga! ¿Maldices tu suerte cuando sin buscarlo te sale al paso lo que muchos buscan y no encuentran? ¿Quién te entiende, niño?

CECILIO. ¡Cualquiera que se fije un poco!

SEÑOR ZAPATA. ¡Pues yo no soy ningún gorrión! Pasao lo pasao, ¿qué psicología, qué lógica y qué ética hay en tu conducta presente? ¿Por qué te resuelves a dejar Madrí, si aquí tu porvenir es más seguro que en toas partes? ¿Por qué te marchas ahora más aprisa, como me dijiste al entrar yo, cuando te enteras del cariño que una mujer te tiene? ¿Quiés aclararme esto?

CECILIO. ¡Porque ni esa mujer ni cien como ella me quitan a otra de delante!

SEÑOR ZAPATA. ¡Vaya! ¡Don Álvaro o la fuerza del sino! ¡Yo creía que eso estaba ya sepultao!

CECILIO. ¡Ojalá! ¡Qué más quisiera yo! ¡Bas-

tante he hecho y hago pa olvidarla! Pero no adelante ni un paso: es mi sombra; es mi pesadilla. Por eso me voy; na más que por eso: ¡a ver si la distancia me salva!

SEÑOR ZAPATA. Ese es otro engaño, Cecilio: la distancia idealiza. Hay que combatir el mal frente a frente. "El soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga"; prólogo de la segunda parte del *Quijote*.

CECILIO. ¡Yo no sé más que huir!

SEÑOR ZAPATA. ¿Ni la mano de Narda te detiene? ¿Ni los brazos del hombre por quien estás en pie en este instante? ¿Ni tu propio instinto ni tu razón?

CECILIO. Nada, señor Zapata. Me he convencido de que si de algún modo me salvo, es alejándome de aquí.

SEÑOR ZAPATA. Pero ¿de qué te salvas, majadero? ¿Qué peligro te cerca? ¡Sé hombre alguna vez! ¿Es que ni la mujer que así te trastorna ni ninguna en el mundo merece que un hombre desvíe su marcha y tronche su porvenir por ella? ¡De dónde, Cecilio! En fin, ha llegado la hora de mi argumento Aquiles.

CECILIO. ¿Eh?

SEÑOR ZAPATA. Si éste no te cura del to, te abandono a tu sino.

CECILIO. No comprendo...

SEÑOR ZAPATA. Operación a vida o muerte.

CECILIO.—Hable usted.

SEÑOR ZAPATA. En más de una ocasión te he aludido a que al traerte a vivir con la señora Aldonza no procedía yo sin ulterior propósito.

CECILIO. Es verdá. Y yo no le he entendido a usted nunca.

SEÑOR ZAPATA. Ni podías entenderme. Vámonos a ver: a ti, en definitiva, ¿qué juicio te merece la señora Aldonza?

CECILIO. ¿La señora Aldonza? ¡El peor! ¡No me hable usted más de ella! ¡Qué espanto de mujer! ¡Sólo por usted he resistido yo en su casa los días que llevo! Más le digo: si yo no me fuera de Madrí, desde luego de aquí me iría.

SEÑOR ZAPATA. ¿Hola?

CECILIO. ¡Ni un minuto más al lao de esa fiera! ¡Ni quiere a su marido, ni quiere a sus hijos, ni es capaz de querer a nadie, ni hace más que infernar y reñir! ¡No parece mujer: parece un castigo aquí en la tierra!

SEÑOR ZAPATA. Un castigo en la tierra: ¡bravo!

CECILIO. ¿Bravo?

SEÑOR ZAPATA. Bravo, Padilla y Maldonado: los Comuneros.

CECILIO. ¿Eh?

SEÑOR ZAPATA. El día que yo te traje adrede a esta casa, me vi forzado a hacerte una revelación: la de que yo, como tú, había intentao una vez suicidarme por una hija de Eva.

CECILIO. Ciertamente.

SEÑOR ZAPATA. Bueno: pues aquella mujer de mi suicidio... es la señora Aldonza.

CECILIO. ¿Qué está usted diciendo?

SEÑOR ZAPATA. Lo que oyes: aquella mujer de mi suicidio es la señora Aldonza.

CECILIO. ¡No!

SEÑOR ZAPATA. ¡Sí!

CECILIO. ¡No es posible, señor Zapata!

SEÑOR ZAPATA. ¡Vaya si es posible!

CECILIO. ¡Usted qué burlarse de mí!

SEÑOR ZAPATA. ¡Te juro que es aquella!

CECILIO. Pero... pero ¡eso es una aberración!

SEÑOR ZAPATA. ¡Lo parece, rapaz! ¡Y por eso te traje aquí! Como he traído antes a un par de locos como tú. ¡Esta casa es un sanatorio!

CECILIO. Pero ¡si me dijo usted que la mujer por quien quiso matarse era un sueño!

SEÑOR ZAPATA. ¡Y lo era!

CECILIO. ¿Un sueño la señora Aldonza?

SEÑOR ZAPATA. ¡Un sueño de hadas! Recuerda los motes que la poníamos: la "Azucena de Curtidores", la "Flor del Trigo", "Ofelia"...

CECILIO. ¡Ofelia! ¡Ave María Purísima!

SEÑOR ZAPATA. La cintura era un junco; los piececitos, dos piñones; la cara, una rosa; los ojos... ¡que te diga el señor Fausto cómo eran los ojos!...

El aludido suelta desde la tienda un suspiro desgarrador.

SEÑOR FAUSTO. ¡Ay!

SEÑOR ZAPATA. ¡Hombre! ¡Ahí viene ella!
¡La Maravillas mía, Cecilio! ¡Fíjate! ¡Aprende
en un minuto lo que enseña el tiempo!

En la puerta del foro aparece hecha un basilisco, desgredada y sucia, en traje de faena, la señora Aldonza. Viene, sin sospecharlo, a robustecer la opinión del señor Zapata. Se detiene en la puerta un segundo, y desde ella mira a los dos hombres, como si dudara a cuál de los dos ha de embestirle antes.

SEÑORA ALDONZA. ¡Oiga usted, pinta puertas!

CECILIO. ¿A quién es eso?

SEÑORA ALDONZA. ¡A usted, so cursi!

CECILIO. ¿A mí?

SEÑORA ALDONZA. ¡A usted! ¿No se lo han llamao nunca? ¡Pues se lo han de llamar a usted muchas veces en esta vida! ¡Váyase usted haciendo! ¡Nos ha fastidiado este ministro de la Corona!

SEÑOR ZAPATA. *A Cecilio, con ironía.* “¡Ofe-
lia!”

SEÑORA ALDONZA. ¿Qué?

SEÑOR ZAPATA. Un inciso.

SEÑORA ALDONZA. ¿Qué me ha dicho la Narda? ¿Que se va usted de la casa dentro de tres días?

CECILIO. ¡Eso pensaba, sí, señora; pero me voy a ir ahora mismo por no verla a usted más!

SEÑORA ALDONZA. ¿Ah, sí? ¿Es que le lastimo a usted la vista?

CECILIO. ¡Es que no la puedo aguantar a usted ya más tiempo, señora!

SEÑORA ALDONZA. Pero ¿usted se figura que tié que aguantar menos que yo? ¡Pues hasta más arriba del moño me tié usted, amigo! ¡Rediez con el duque, que a to tié que ponerle faltas! *Al señor Zapata.* ¿Qué idea te dió a ti de traerme a este título? ¡To lo discute, to lo critica, to lo gruñe, a toas horas tié puesta cara de fiscal!... ¡Jesús con el tío! ¡Váyase usted ya al carro e la basura!

CECILIO. A la calle es adonde me voy. Señor Zapata...

SEÑORA ALDONZA. ¡Pues largo ya, y mejor cuanto antes! ¡De par en par tié usted las puertas! ¿O es que se cree usted que me voy a hincar de rodillas pa que no se vaya? ¡Rediez, qué humos! ¿Con qué le destetaron a usted, hijo mío? ¿Con arroz con leche?

CECILIO. Vámonos, que no la quiero contestar.

SEÑORA ALDONZA. ¡Ay, qué miedo, si me contesta! ¿Qué me iría a decir? ¡Un hombre tan bravo, que se va de Madrí huyendo de unas faldas!

CECILIO. *Indignado.* ¡Señora!

SEÑORA ALDONZA. ¡Huyendo de unas faldas, sí! ¡Huyendo de unas faldas! Escuecen las verdades, ¿eh? ¡Pues, amigo, tener reaños y no irse! Pero ¡bueno es el punto! ¡El suicida de pega éste, que oye un cohete de los chicos y se pone blanco! ¡Ja, ja, ja! ¡Que se quiso matar por la novia! ¡Qué risa! ¡Miau! ¡El que se quíe matar, se mata! Pero ¡es menester mucho coraje pa tirar del gatillo! ¡Teófilo, no te asustes tú, que no te quedas sin ahijao! ¡Este es de los que se asoman al Viaducto llamando primero a los guardias! ¡Guardia! ¡guardia! ¡Sujéteme usté, que me voy a hacer daño! ¡Ja, ja, ja! Esta mañana me he levantao yo con ganas de risa... ¡Ja, ja, ja! ¡Entre Fausto y Libre me han roto el reló de mi cuarto!... ¡El día que empieza bien!... ¡Voy a agradecérselo a mi hombre! Fausto, alma mía, ven que te cuente un cuento baturro... *Volviéndose a Cecilio, mimosa.* En la despensa tié usté azahar... Y un muslito e gallina, por si está débil... ¡Ja, ja, ja!

Vase a buscar a su marido.

SEÑOR ZAPATA. ¡La "Azucena de Curtidores"!

CECILIO. *Horrorizado.* ¡Oh! ¡Oh!

SEÑOR ZAPATA. ¡La "Flor del Trigo"! ¡Por esa mujer estuve yo a punto de quitarme la vida! Si consumo la atrocidá y ahora la veo desde el otro mundo en esa facha de capricho de Goya,

¿qué me sucede a mí? ¿Concibes tú una encarnación más fuerte del ridículo?

*¡Que los hijos de familia
tomen de este caso ejemplo!*

CECILIO. Pero ¿será usted capaz de haberme traído aquí con esta mira?

SEÑOR ZAPATA. ¡Naturalmente! Yo combato el suicidio con la sátira. ¡Como don Miguel de Cervantes combatió los libros de caballerías en su época! No es que pretenda el parangón: cuidado; es que imito el procedimiento. El tiempo, rodando, rodando, to lo enfría y lo trastorna, y nos enseña siempre lo pueril de nuestras desesperaciones.

*¿Qué se hizo el Rey don Juan?
Los Infantes de Aragón
¿qué se hicieron?...*

CECILIO. Señor Zapata, no necesitaba yo pa curarme de aquella locura llegar a esta prueba tan cruel y tan desagradable. Me ha bastao mi propia reflexión. No me mataré nunca por ninguna mujer, ni querré tampoco matar a la que no me quiera; pero de esta Maravillas, que sé que no me quiere, huyo. Vámonos de aquí ahora.

SEÑOR ZAPATA. Vámonos.

CECILIO. Vaya usted por delante, y espéreme ahí en el café.

SEÑOR ZAPATA. Conformes. En el café te espero. No tardes.

CECILIO. Dos minutos.

SEÑOR ZAPATA. Pues hasta ahora. No he vencido; pero no he fracasao.

Vase por la puerta de la izquierda.

CECILIO. ¡En esta casa no pongo más los pies! *Va con decisión a la puerta del foro y llama desde ella.* ¡Narda! ¡Narda!

Pausa. Espera a la muchacha impaciente. Sale Narda a poco.

NARDA. ¿Me llama usted, Cecilio?

CECILIO. Sí. Un instante. Me voy de aquí pa no volver, y de Madrí, como antes la he dicho, uno de estos días. Como es fácil que no nos veamos, no me iba conforme sin decirla a usted adiós.

NARDA. Yo se lo agradezco, Cecilio.

CECILIO. La debo a usted mucho... Y lo que siento es no poder pagarla en la moneda que a usted más la guste. Soy un desventurao.

NARDA. ¿Usted?

CECILIO. Yo. ¿No ve usted que tengo que huír? En cambio, usted, si ahora no es dichosa, seguro estoy de que no ha de tardar en serlo.

NARDA. Mal camino llevo, Cecilio.

CECILIO. Pero tié usted la voluntá que a mí

me falta, y busca su ventura. ¡Usté dará con ella! Yo así he de pedírselo a Dios.

NARDA. Gracias. ¡Que Dios le oiga a usted!

CECILIO. Adiós, amiga mía.

NARDA. Adiós, Cecilio. Le deseo lo mejor.

CECILIO. Ya lo sé.

NARDA. Adiós.

CECILIO. Adiós.

Vase tras el señor Zapata.

NARDA. *Acongojada.* ¡Se va!... ¡Se fué!... *Llora.* ¡Ay, Chispa, tú no supiste de esto!... *Se renándose.* ¡Pero yo no me mato! ¡Yo no tengo derecho a matarme! ¡Hay que seguir viviendo! *Con resolución y ánimo fuerte.* ¡No me dejes ahora de la mano, Manolito! ¡Ea! ¡Se acabaron los lloros! ¡Anda, corazón! *Acomodándose el abrigo y el velo.* ¿Quién dijo miedo, pa no hacerle caso ninguno? ¡A mal tiempo, buena cara! *Sonriendo entre lágrimas.* ¡Al taller! ¡Al trabajo!

Vase decidida por la puerta de la derecha. Cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, setiembre y octubre, 1920.

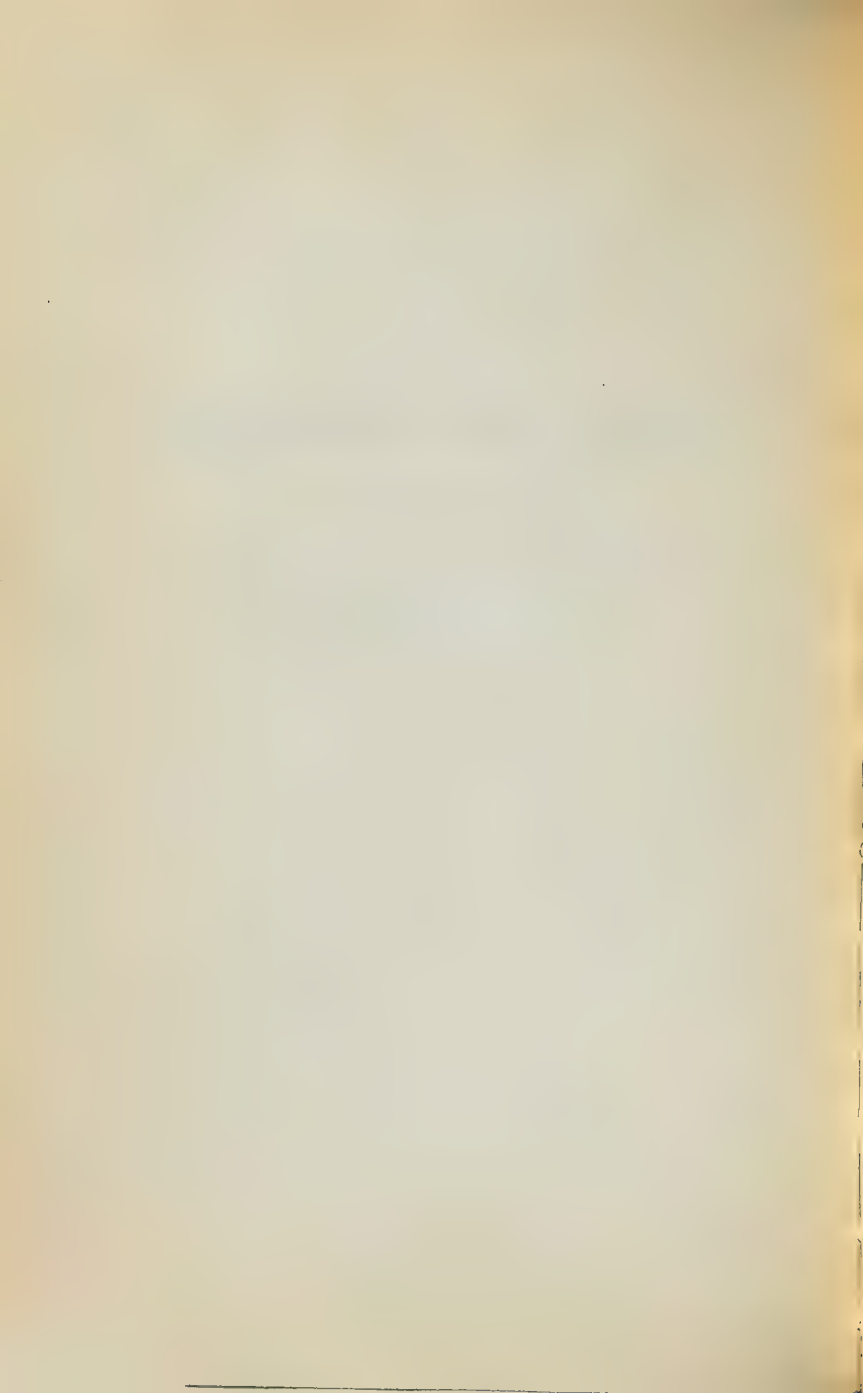
Madrid, enero, 1921.



LA MORAL DE ARRABALES

P A S O D E C O M E D I A

Estrenado en el TEATRO DE LARA
el 21 de marzo de 1921



A PEPE GARRIDO.

Acepta, en nueva prenda de nuestra buena y antigua amistad, la dedicatoria de este paso de tu predilección, y recibe con ella la promesa de ofrecerte algún día una comedia como «La mala hierba», que te guste a ti y no le guste a don Polión de la Gama y Gil del Ojo, Barón de la Cuesta Abajo.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

BLANQUITA.....	CARMEN JIMÉNEZ.
DAMIANA.....	LEOCADIA ALBA.
DON POLIÓN.....	RICARDO SIMÓ-RASO.

LA MORAL DE ARRABALES

La escena es en Arrabales, ciudad de Castilla, y en una sala de la casa solariega del señor don Poli6n de la Gama y Gil del Ojo, bar6n de la Cuesta Abajo. Una puerta a la derecha del actor y otra al foro. Muebles con fundas. En las paredes, dos o tres retratos de amojamados ascendientes de don Poli6n. Es de d1a.

Damiana, vieja ama de llaves de don Poli6n, que gru6ne m1s que habla, lee un peri6dico de la localidad.

DAMIANA. ¡Anda! ¡Se lo tiene bien merecido la jueza! Por... ¡por haber ido en cueros al baile del Casino! ¡Porque iba en cueros! Yo la ví. Este papel no se paga con oro. *Leyendo.* “Teatro”. ¡Oiga! ¡A ver qué pone! “Pronto *debutará* en nuestro Principal, como ya anunciamos, la notable compa61a de la encantadora actriz Blanquita Revuelta, cuyo repertorio, no obstante, es harto discutible”. *Acoge la noticia con un gru6ido.* “Y nosotros, defensores constantes de la moralidad de las costumbres y del decoro p6blico—¡vaya si est1 bien puesto!—nos permitimos dirigir una pregunta a todos y a nadie: ¿Se va a consentir en la culta Arrabales la representaci6n de esa nefanda obra que se titula “La mala

hierba"? Tienen la palabra para respondernos todos nuestros conciudadanos; pero no queremos dejar de aludir con este motivo a la persona que, por su alto prestigio literario y por su intachable conducta, se ha distinguido siempre en Arrabales como árbitro de estas delicadas cuestiones". ¡Mi señorito! ¡Ya pondrá él los puntos sobre las haches, ya! "Hemos nombrado, sin nombrarlo, a don Polión de la Gama". ¿No lo dije? "En sus manos está la resolución de este pleito de "La mala hierba", objeto hoy día de todas las conversaciones y causa de la turbación de todas las conciencias honradas". Pero ¡qué bien lo explica! ¿Y que el herejote del otro papel le llame *Mantequilla* al que escribe esto? ¡Vamos! "La mala hierba" es obra de tal índole..."

Dentro, en la puerta de la derecha, pregunta Blanquita Revuelta:

BLANQUITA. ¿Se puede pasar?

DAMIANA. *Sorprendida.* ¿Quién? Adelante.

Pasa Blanquita, mujer graciosa, linda y picaresca. Viene de tiros largos. Sabe que va a librar una batalla y no ha dejado armas con que vencer.

BLANQUITA. Buenos días.

DAMIANA. Buenos días. ¿Quién le ha abierto a usted?

BLANQUITA. Un criado. ¿Don Polión de la Gama?

DAMIANA. Aquí vive.

BLANQUITA. Ya lo sé, ya.

DAMIANA. ¿Qué desea?

BLANQUITA. Verlo.

DAMIANA. ¿Verlo?

BLANQUITA. Sí, señora; verlo. Hágame el favor de entregarle esta tarjetita.

DAMIANA. ¿La conoce a usted?

BLANQUITA. De oídas, es posible.

DAMIANA. Si no es más que de oídas, me temo que no la va a recibir.

BLANQUITA. ¿Por qué?

DAMIANA. Porque el señor no acostumbra recibir señoras... de oídas. ¿Y usted a él, lo conoce?

BLANQUITA. De oídas también, como usted comprende.

DAMIANA. Pudiera usted haberlo visto alguna vez.

BLANQUITA. No he tenido ese gusto.

DAMIANA. Bueno está. Vamos a llevarle la tarjetita.

Se va por la puerta del foro gruñendo.

BLANQUITA. ¡Jesús! Parece una perra. *Echa una ojeada a la sala.* ¡Ay!... El Señor me ayude en esta aventura. Que sí me ayudará; ¿por qué no? *Estremeciéndose de pronto.* ¡Ah! La muerte chiquita. Tengo el cuerpo cortado. ¡Ah... chís! ¡Ah... chís! ¡Vaya! Lo he pillado en el tren. Como siempre. Y se me pone la nariz lo mismo que una guinda. *Saca de su bolso una polverita y*

se blanquea la "guinda" graciosamente. ¡Ajajá! Aquí sale otra vez la perra.

En efecto, vuelve Damiana por donde se marchó.

DAMIANA. Que tenga usted la bondad de sentarse.

BLANQUITA. Muchas gracias.

DAMIANA. Que viene en seguida.

BLANQUITA. Muchas gracias.

DAMIANA. ¿Usted es cómica, verdad?

BLANQUITA. Actriz; sí, señora.

DAMIANA. ¡Cómica!

BLANQUITA. ¡Actriz!

DAMIANA. Ya me dió el tufillo apenas entró.

BLANQUITA. ¿Cómo el tufillo?

DAMIANA. El tufillo, sí. Las cómicas huelen ustedes como no huele nadie.

BLANQUITA. Como no huele usted, desde luego, que huele a algarrobas.

DAMIANA. ¡Porque se puede! Siéntese usted y espere al amo.

Se marcha por la puerta de la derecha sin dejar de gruñir.

BLANQUITA. Pues, señor, siento no haber traído azúcar en el bolso. ¡Valiente mujer! ¡Primer premio en una exposición canina! Y este caballero ¿me hará esperar aquí mucho rato? No, que ya llega. ¡Qué fino! *Se retoca ligeramente.*

Por la puerta del foro aparece en esto don Polión, señor amojamado, como sus parientes, y triste como la vejez de un jipijapa. Usa chaqué negro y babuchas amarillas. Parece un mirlo. Gasta en cosméticos una gran parte de su hacienda. Su hablar es recortado y pulcro; sus ademanes, afectadamente señoriles. Se atusa con frecuencia el bigote, y cuando se turba, quiere disimular mirándose las guías y se pone bisco. La reverencia que le hace a la actriz es tal, que más que a saludarla creeríase que se inclina a coger algo que ha visto en el suelo.

DON POLIÓN. ¿Señora... o señorita?

BLANQUITA. Señorita.

DON POLIÓN. Señorita...

BLANQUITA. Caballero...

DON POLIÓN. Por no hacerla esperar a usted, salgo en pantuflas. Usted me dispensará seguramente.

BLANQUITA. ¿Cómo no? Aparte de que son muy bonitas las pantuflas de usted.

DON POLIÓN. Bordadas por mi difunta esposa, que santa gloria haya.

BLANQUITA. Pues son un primor. ¡Si parecen dos relojas!.....

DON POLIÓN. Gracias. ¿Me hace usted la merced de sentarse?

BLANQUITA. Sí, señor. ¿Y usted, no se sienta?

DON POLIÓN. Me faltan seis minutos.

BLANQUITA. ¿Cómo? ¿Para qué?

DON POLIÓN. Para poder sentarme sin infringir la prescripción facultativa. He de permanecer de pie un cuarto de hora después del soco-nusco.

BLANQUITA. Pero ¿ahora se desayuna usted?

DON POLIÓN. No, señorita. Es que suelo tomar chocolate como fin y postre del almuerzo.

BLANQUITA. Ya. Entonces ¿he venido quizá a impedirle la siesta?

DON POLIÓN. En modo alguno. No duermo siesta más que los domingos.

BLANQUITA. ¿Por prescripción facultativa también?

DON POLIÓN. No, señorita; porque me levanto más temprano y me embarga el sueño después de la pitanza.

BLANQUITA. Ya. Pues... ¿usted, sin duda, se figurará a lo que yo vengo?

DON POLIÓN. Por el momento, señorita, a recrearme los ojos, que en este caso, como los de Segismundo, son hidrónicos.

BLANQUITA. ¡Oh!... No en balde pregonan la fama que es usted muy galante.

DON POLIÓN. Admiro la belleza siempre que la veo a la luz del sol, mal que pese a los que me llaman mochuelo.

BLANQUITA. Pero ¿le llaman a usted mochuelo?

DON POLIÓN. Menguada sátira de Casino, se-

ñorita. El proverbial ingenio castellano no da más de sí en esta desventurada ciudad de Arrabales.

BLANQUITA. ¡Vaya por Dios! *Estremeciéndose otra vez.* ¡Ah!

DON POLIÓN. ¿Qué es eso?

BLANQUITA. La muerte chiquita. Se me ha cortado el cuerpo en el tren. ¡Ah... chís!

DON POLIÓN. ¡Jesús!

BLANQUITA. ¡Ah... chís!

DON POLIÓN. ¡Jesús, María!

BLANQUITA. ¡Ah... chís!

DON POLIÓN. ¡Jesús, María y José!

BLANQUITA. Gracias. Siempre me constipo en los viajes. Con permiso. *Vuelve a sacar la polverita y a blanquearse la nariz.* Esta nariz es mi condenación: se me pone como un tomate.

DON POLIÓN. ¡En el nombre del Padre, señorita! ¿Qué semejanza puede haber jamás entre su nariz de usted, de nieve y rosa, y ningún miembro de la familia de las solanáceas?

BLANQUITA. ¿Las solanáceas? ¿Qué familia es esa? ¿Es de aquí?

DON POLIÓN. ¡No! ¡Es la familia del tomate, precisamente!

BLANQUITA. ¡Aaaaah!

Se ríen los dos: ella, de él, espontáneamente, y él, del "quid pro quo", como si obedeciera a un resorte; y como por resorte también, se pone serio cuando cree que ya se ha reído lo justo.

DON POLIÓN. Se me disparó la hilaridad.

BLANQUITA. Es que ha tenido gracia.

DON POLIÓN. Bien, pues...

BLANQUITA. Sí, señor, sí; voy a decirle ya cuál es el objeto de mi visita, porque usted es persona de graves quehaceres, y sería en mí una gran imprudencia robarle mucho tiempo.

DON POLIÓN. Usted no roba: arroba.

BLANQUITA. Arroba; muy bien. Muchas gracias.

DON POLIÓN. No hay de qué, señorita. Disimule el juego de vocablos. Soy muy dado a tales equívocos. Tanto, que a veces me es forzoso recordarme a mí mismo los versos del clásico:

*Los equívocos se acaben;
sólo reinen los concetos.
¿Ha de estar la discreción
en que nos equivoquemos?*

BLANQUITA. Pues yo, señor barón de la Cuesta...

DON POLIÓN. Don Polión de la Gama; lo prefiero así.

BLANQUITA. Y a mí me da lo mismo. Pues yo, don Polión de la Gama, soy la primera actriz de la compañía cómico-dramática que pasado mañana debe inaugurar sus funciones en el teatro Principal.

DON POLIÓN. ¿La famosa Blanquita Revuelta?

BLANQUITA. Para servir a usted. Me han asegurado cuantas personas me quieren bien en Arrabales, que es usted aquí...—¿cómo lo diríamos?—algo a manera de un censor de teatros particular; que las señoras y las señoritas de esta población tienen por norma el juicio de usted para ir o no ir al teatro.

DON POLIÓN. Sí, sí... no puedo negar que algo influyo... Fían en mi gusto literario, en la rectitud de mi conciencia... y, más que en nada, en mi inquebrantable moralidad.

BLANQUITA. ¡Ah... chís!

DON POLIÓN. ¡Jesús!

BLANQUITA. ¡Vaya si lo he cogido! Perfectamente bien, señor de la Gama. Estoy segura de que hemos de caminar de acuerdo. *Mirándolo con salamería*. Sí. Tiene usted mucha bondad en los ojos. Además, es usted un caballero y yo soy una dama. No usará usted mucho rigor conmigo, ¿verdad? *Con coquetería*. No. ¿A que no? *Suspirando*. ¡Ay, cuánto le agradezco a usted esa sonrisa! *Don Poli6n, un poco enternecido, se sienta al lado de ella*. ¿Han pasado ya los seis minutos?

DON POLIÓN. No lo sé; pero ¿qué más da minuto más o menos? *Se mira las guías*.

BLANQUITA. Yo, no le fuera a hacer a usted mal...

DON POLIÓN. No.

BLANQUITA. Vamos al grano entonces.

DON POLIÓN. ¿Al *grano* ha dicho usted? *Ergo* hay un *grano*. Presumo que nunca estuvo mejor empleada la frase. Vamos al *grano*.

BLANQUITA. ¿Ha leído usted la lista de mi repertorio y de mis estrenos?

DON POLIÓN. He leído la lista.

BLANQUITA. Y ¿qué le parece?

DON POLIÓN. Que será fuerza que empleemos el lápiz azul de vez en vez, principalmente en el capítulo de estrenos, uno de los cuales no puede pasar.

BLANQUITA. ¿Qué me dice usted?

DON POLIÓN. Lo que usted ha oído.

BLANQUITA. Y ¿cuál es ése, que no caigo...? ¿Acaso “La paz de la altura”?

DON POLIÓN. No.

BLANQUITA. ¿“Corazones muertos”?

DON POLIÓN. Tampoco.

BLANQUITA. ¿“El baile prohibido”?

DON POLIÓN. Menos aún. Me refiero, y ha debido usted de adivinarlo desde el primer instante, a “La mala hierba”.

BLANQUITA. *Consternadísima*. ¿A “La mala hierba”? ¿No le gusta a usted “La mala hierba”?

DON POLIÓN. Ni a mí ni a ninguna persona que se estime. ¡Esa comedia no se puede representar en Arrabales! Hoy lo dice el periódico. *Se levanta y pasea*.

BLANQUITA. *Suplicante.* ¡Señor don Polión...!

DON POLIÓN. Con todos los respetos debidos a la señorita y a la actriz.

BLANQUITA. Señor mío, nada ha podido usted decirme que más me desconcierte y aflija... Imagine usted que "La mala hierba" justamente es la base de este negocio.

DON POLIÓN. ¡Pues se viene abajo por su base! Y yo lo deploro muy mucho; pero se viene abajo. He aquí el *grano*, que yo temía que fuese maligno.

BLANQUITA. ¡Señor don Polión...!

DON POLIÓN. ¡Comedia torpe, en que se hace la apología del amor libre y disoluto!

BLANQUITA. ¡No, señor...!

DON POLIÓN. ¡Sí, señorita...! Yo la he visto en Madrid varias veces... y sé bien a qué carta quedarme.

BLANQUITA. Eso me habían contado; que usted la había visto ya en Madrid... Por eso no temía...

DON POLIÓN. En Madrid el ambiente es otro.

BLANQUITA. ¡Pero usted es el mismo!

DON POLIÓN. Sí...

BLANQUITA. Y también me habían dicho que había usted llevado a sus hijas.

DON POLIÓN. *Mirándose otra vez las guías, turbado.* Sí... Compromisos sociales... mallas del ambiente... Aparte de que era día de moda, y ya contaba yo con que se atendería muy poco a la

comedia... Y como además la conocía de antemano, cuando venía algo vituperable les ofrecía a las muchachas un bombón para que, mientras le quitaban el papel de plata o paladeaban el dulce, pasase inadvertido el veneno de la comedia. Al día siguiente tuvieron un empacho.

BLANQUITA. Ya, ya. Esto no debiera sorprenderme. De más sé yo que todo el rigor de los moralistas se guarda para las pobrecitas comedias.

DON POLIÓN. ¿Qué quiere usted decir?

BLANQUITA. Que a los padres y a las madres del día no les importa que vean sus hijas las operetas más desvergonzadas, donde no hay límite a los atrevimientos de palabra y de acción—¡son operetas!—ni que vayan al cinematógrafo, donde ven *a lo peor* besos silenciosos de dos metros de cinta—¡es el *cine*...!—Y le hago a usted gracia de los bailes de moda, en que de *espectadoras* pasan a ser *actrices*... ¿Me comprende usted...? Pero las comedias... ¡ah! ¡las comedias!... ¡En las comedias hay que fijarse mucho; hay que hilar muy delgado!

DON POLIÓN. No quiero entrar en minuciosas discusiones, señorita... No divaguemos... El resultado es que no hay que pensar en que “La mala hierba” se represente en Arrabales.

BLANQUITA. *Suspirando, abatida.* ¡Ay, Dios mío de mi alma!

DON POLIÓN. ¿Qué es ello? ¿Qué significa ese suspiro?

BLANQUITA. ¿Qué ha de ser? ¿Qué ha de significar? ¿Que ha tronchado usted todas mis ilusiones en un momento! ¡Todas! Yo soy empresaria de compañía... “La mala hierba” es la obra de defensa que traigo, la única que puede excitar la curiosidad del público lo suficiente para reportarme algún beneficio. Yo, señor don Poli6n, no soy empresaria por recreo ni por vanidad: lo soy porque mi vida así lo quiere. El reinado de la mujer es tan ef6mero como el de la actriz; con las canas, que llegan, viene el desv6o del p6blico, el cansancio, el volver la espalda a la que fu6 la favorita, el hierirla con la adoraci6n de nombres nuevos... Y hay que saber no abandonarse, hay que cuidar los a6os de triunfo... y coger las flores que pr6digamente nos ofrecen. De mi risa de actriz, adem6s; de mi llanto, fingido o verdadero—que en la escena tambi6n se llora a veces—; de mis gritos, de mis gestos, ¡si viera usted cu6nta gente vive!... ¡Si usted supiera a cu6nta gente le da un pedazo de pan la pobrecita... la desde6ada c6mica! *Se enjuga una l6grima.*

DON POLIÓN. ¿Llora usted, se6orita?

BLANQUITA. No. Ha sido una l6grima imprudente.

DON POLIÓN. Una perla.

BLANQUITA. Déjese usted de perlas. Si yo llorase perlas...

DON POLIÓN. *Emocionado.* ¿Qué?

BLANQUITA. ¡Le pediría a usted que me diese un disgusto mucho mayor aún que el que acaba de darme!

DON POLIÓN. Señorita... el Fénix de los Ingenios ha dicho:

¡Que tanto puede una mujer que llora!

BLANQUITA. Pues yo, por las trazas, bien poco puedo.

DON POLIÓN. No tan poco, por vida mía.

BLANQUITA. *Animándose.* ¿De verdad?

DON POLIÓN. Gobernar es transigir, señorita. Vamos a ver si nos entendemos.

BLANQUITA. *Estremeciéndose de nuevo.* ¡Ah!

DON POLIÓN. ¿La muerte chiquita otra vez?

BLANQUITA. Otra vez; pero ahora de gusto. ¿Qué va usted a decirme?

DON POLIÓN. Que paso por que se represente en Arrabales "La mala hierba"...

BLANQUITA. ¿Sí?

DON POLIÓN. Un poco de calma. Con una sola condición.

BLANQUITA. La que usted exija.

DON POLIÓN. ¡Arrancarle de raíz el acto segundo!

BLANQUITA. ¡Don Polión de mi alma, no me mate usted! ¡Si el acto segundo es la obra!

DON POLIÓN. ¡El acto segundo es intolerable! Compréndalo usted, señorita, compréndalo. ¡No hay en Arrabales bombones bastantes para dulcificarlo y hacerlo pasar!

BLANQUITA. Usted está ofuscado. Prefiero no representar la comedia. ¡Mire usted el acto segundo...! ¡Si tiene una escena que es preciosa!

DON POLIÓN. ¿Preciosa una escena de ese acto? ¡Dígame usted cuál!

BLANQUITA. La del coqueteo.

DON POLIÓN. ¡Cáscaras! Perdóneme usted estas cáscaras... No he sido dueño de mi expresión... Pero si quiere usted que tengamos la fiesta en paz, no hablemos de la escena del coqueteo.

BLANQUITA. ¿Por qué no? Yo he de convencer a usted de que no la recuerda. Allí lo que se dice es lo de menos; casi nadie lo oye. Y, sobre todo, señor don Polión, ahora no es la empresa ni la mujer la que le suplica, la que pretende persuadirlo: es la actriz. ¡Se trata del mayor triunfo de mi carrera artística!

DON POLIÓN. ¡Por amor de Dios!

BLANQUITA. Como se lo digo. Hago una labor tan personal en ese momento, tan expresiva, tan femenina... No tiene mérito ninguno, porque yo soy así. Mire usted: está el galán, tal como

usted, en un extremo del escenario, y yo estoy en el otro. Ya sabe usted que ha habido entre los dos amantes una gran borrasca de celos y que la reconciliación es difficilísima. Bueno. Pues primero, sin mirarlo casi, lo llamo con un levísimo siseo: ssss... ssss... ssss... Él, instintivamente, niega con la cabeza, pero da un pasito hacia mí. *Don Polión lo da maquinalmente.* Luego vuelvo a llamarlo sin palabras, con la manita, como una chiquilla que quiere hacer las paces: así... Él vuelve a negar... y a dar otro pasito. *Da otro don Polión a su vez, embclesado.* Después lo llamo con los ojos: los arrullo, los entorno, los mezo, los... los evaporo casi... y él entonces da dos pasitos más. *Los da don Polión.* En seguida sacudo ligeramente la cabecita y guiño a la vez el ojo izquierdo, como diciéndole: “¡Vamos, hombre! ¡Pelillos a la mar!” Y después le enseño este lunar del cuello, que es su locura; y después frunzo la boquita con mimo, cargando de razón el labio de abajo; y después... Bueno, después del frunce de la boquita está ya rendido junto a mí... y se hunde a aplausos el teatro.

Don Polión, en el preciso momento, está como el galán de la obra, al lado de la picaresca Blanquita, hecho una jalea.

DON POLIÓN. Y yo no discuto el fundamento justo de esa ovación. Pero no puedo menos de lamentar que emplee usted sus dotes artísticas en representar personajes de tan baja estofa.

BLANQUITA. De todo ha de haber en el arte... Además, don Polión, ¡si la protagonista de "La mala hierba" es una infeliz!

DON POLIÓN. ¡Una infeliz!

BLANQUITA. Sí, señor. Y de sobra lo sabe usted, que tiene cara de haber sido cocinero antes que fraile.

DON POLIÓN. *Halagado.* ¿Yo?

BLANQUITA. Sí, señor, usted. Muchas mujeres malas... luego resultan las más buenas.

DON POLIÓN. *Riendo a pesar suyo.* ¡Ja, ja, ja! Me ha hecho usted reír nuevamente... ¿Qué le pasa a usted?

A Blanquita le ronda la nariz un estornudo que no acierta con la salida, y pone una cara y hace unos visajes singularísimos, que cautivan más de lo que lo está a don Polión, hasta el punto de imitarlos sin darse cuenta.

BLANQUITA. El catarro pícaro.

DON POLIÓN. Pero ¿qué le pasa?

BLANQUITA. Nada, que...

DON POLIÓN. ¿Qué le pasa?

BLANQUITA. Nada, que... *Estornudando al cabo.* ¡Ah... chís! Quería quedarse dentro.

DON POLIÓN. ¡Jesús! No lo extraño.

BLANQUITA. ¡Ah... chís!

DON POLIÓN. ¡María y José!

BLANQUITA. ¡Ah... chís!

DON POLIÓN. ¡Joaquín y Ana!

BLANQUITA. Muchísimas gracias, don Polión.

Se decora la nariz por tercera vez. En resumidas cuentas, amigo mío, que usted es muy bueno... y que no hay que tocarle al segundo acto.

DON POLIÓN. Señorita...

BLANQUITA. Vamos; desarrugue usted ya el entrecejo.

DON POLIÓN. Señorita... *Bajando la voz.* ¡Si es que yo me he cansado de repetir en Arrabales que antes moro que dar mi venia para el estreno de esa obra de Barrabás! ¡Considere usted mi compromiso!

BLANQUITA. No hay tal compromiso. Diga usted ahora que se han suprimido muchas frases... y hasta algunas escenas. Una mentirilla.

DON POLIÓN. No, eso no; por fuerza habrá que amputar algo. Echaremos abajo el acto tercero.

BLANQUITA. ¡Ave María Purísima! ¿Me va usted a tocar al tercero?

DON POLIÓN. ¿Otro triunfo de actriz?

BLANQUITA. No, señor; en el tercero no es de actriz. Ahí el triunfo—va usted a dispensarme la inmodestia—es de la mujer. Y no por mí, sino por el trajecito que saco. Hay que verme. Sin ser atrevido, ¿me comprende usted?—porque yo soy muy pudorosa vistiendo—tiene su granito de sal y pimienta. Y de canela y clavo. Y hasta su poquito de ajonjolí. Y...

DON POLIÓN. No más especias, señorita.

BLANQUITA. Verá usted. Es en la fiesta de

los duques. Bueno, todo el traje es de fantasía. De mucha fantasía. Es una creación de mi modisto, que es *fantástico*. Sobre todo en las cuentas. El escote es muy original. Empieza aquí arriba del hombro izquierdo, y va bajando poquito a poco por aquí por aquí por aquí por aquí, hasta dar la vuelta a la espalda. Tiene ángel. La manga derecha... en rigor no es manga; no son más que dos cintas negras de terciopelo cruzadas caprichosamente, y que se unen en la muñeca en un lazo. Es bonito. El brazo izquierdo va desnudo.

DON POLIÓN. ¡Y el derecho también!

BLANQUITA. No lleva más que una guirnalda de rosas muy tenues y muy chiquirrititas, que parece que no están... y que están. Hace fino. El cinturón... el cinturón es un poco oriental. Y me lo anudo de una manera... Bueno, no le digo a usted cómo me lo anudo para que se sorprenda luego. Oriental. La falda es de gasa finísima. Los zapatos son plateados, escotaditos, y con dos florecitas iguales a las del brazo izquierdo. Salgo de frente... y un murmullo. Me vuelvo de perfil... y otro murmullo. Doy un paseíto... ¡y eche usted murmullos! No les tema usted en este acto a las crudezas del lenguaje, porque nadie se entera de una palabra desde que salgo yo. Huelgan los bombones.

Nos parece pueril detallar cómo ha escuchado

don Polión la descripción del trajecito. El hecho es que, por toda respuesta, estornuda.

DON POLIÓN. ¡Ah... chís!

BLANQUITA. ¡Hola! ¿Se ha contagiado usted?

DON POLIÓN. Así parece. ¡Ah... chís! Sin duda el microbio del catarro...

BLANQUITA. ¿Quiere usted la borlita?

DON POLIÓN. ¡La borlita no va a quererme a mí!...

BLANQUITA. ¿Por qué no?

DON POLIÓN. Sobre que yo no soy presumido...

BLANQUITA. No; si yo no la llevo por presunción... Es que esto refresca y alivia.

DON POLIÓN. ¡Ah, ya! Si refresca y alivia...

BLANQUITA. Verá usted. *Saca la borlita, la sacude graciosamente, y antes de aplicársela a la berenjena que tiene por nariz don Polión, éste se estremece de gozo.*

DON POLIÓN. ¡Ah!

BLANQUITA. ¿Qué es eso?

DON POLIÓN. *Como quien dice una picardihuela.* ¡La muerte chiquita!

Sueltan los dos la carcajada.

BLANQUITA. ¡Ay, qué salado! *Le polvorea con gracia la berenjena.* Aspire usted, aspire usted...

Don Polión, extasiado, aspira los polvitos medicinales.

Sale la perra por la puerta del foro. Su señor, al verla, se separa rápidamente de Blanquita, con la nariz hecha un polvorón.

DAMIANA. Señor.

DON POLIÓN. *Mirándose una vez más las guías.* ¿Qué hay, Damiana?

DAMIANA. El señor alcalde.

DON POLIÓN. *Poniéndose del color de las babuchas.* ¡El señor alcalde! Pues dile... dile...

BLANQUITA. Que no le diga nada, porque yo me retiro.

DON POLIÓN. ¿Ah, sí? En ese caso, Damiana, acompaña tú a esta señorita...

DAMIANA. Sí, señor, sí; aquí fuera aguardo. *Se va por la puerta de la derecha casi con el moquillo.*

DON POLIÓN. ¡Esto se complica, amiga mía! ¡El alcalde ahí! ¡Estoy comprometido con él! ¿Qué le digo?

BLANQUITA. *Sonriente.* Espere usted a ver lo que él le dice... Porque yo vengo ahora de visitarlo.

DON POLIÓN. ¿Eh?

BLANQUITA. ¡Y lo he convencido también!

DON POLIÓN. ¡Ah!

BLANQUITA. Y anoche estuve en casa del señor cura párroco...

DON POLIÓN. ¿Eh?

BLANQUITA. ¡Y también cayó!

DON POLIÓN. ¡Ah!

BLANQUITA. Y como es tan aficionado al teatro y sus hábitos le vedan salir a la sala, me ha pedido que le ponga en el escenario una sillita...

DON POLIÓN. ¡Oh!

BLANQUITA. De manera que...

DON POLIÓN. ¡De manera que no le queda a usted que hacer más que convencer asimismo a los directores de los periódicos!

BLANQUITA. *Muy bajito.* Los dos han ido esta mañana a verme a la fonda.

DON POLIÓN. ¿Eh?

BLANQUITA. Les escribí anoche.

DON POLIÓN. ¡Ah!

BLANQUITA. Y ahora voy a la Casa del Pueblo.

DON POLIÓN. ¡Oh!

*Junto al saber de una mujer astuta
Cicerón y Pascal no saben nada...
y es fruta santa la vedada fruta.*

¡Hasta colaborar con el poeta me ha hecho usted!... *Despidiéndose.* Encantadora Blanquita, somos amigos.

BLANQUITA. ¡Amiguísimos!

DON POLIÓN. ¡Amiguísimos!

BLANQUITA. Me voy muy agradecida y muy contenta.

DON POLIÓN. A los pies de usted... Damiana la acompañará... Discúlpeme.

BLANQUITA. Disculpado completamente.

DON POLIÓN. ¡Damiana!

Dentro se oye un gruñido.

BLANQUITA. Ahí está, sí, señor.

DON POLIÓN. A los pies de usted. *Se marcha por la puerta del foro con rubor hasta en las babuchas. No tropieza, pero le falta el canto de un papel de fumar.*

BLANQUITA. *Soltando la risa.* ¡Ja, ja, ja!

Vuelve a salir Damiana, que se acerca a Blanquita y le dice cautelosamente:

DAMIANA. Oiga usted; con licencia. Cuando eche usted esa función, a ver si guarda para mí dos entradas de arriba. ¡Sin que el señor se entere, por supuesto!

BLANQUITA. ¡Ya lo creo! ¡Cuenta usted con ellas!

DAMIANA. Muchas gracias. *Se va contentísima.*

BLANQUITA. ¡Está visto que ya no hay caracteres! *Al público:*

Gané la voluntad de estos varones
sin más que una pueril zalamería...
Es difícil vencer las convicciones,
pero es fácil burlar la hipocresía.

FIN

Madrid, febrero, 1920.

L A P R I S A

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO DE LA INFANTA ISABEL
el 19 de noviembre de 1921

A AMANTE LAFFÓN, delicado artista; ejemplo de nobles prendas del espíritu; perspicaz y sereno espectador de la vida, cordialmente,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LEOPOLDINA.....	MARÍA LUISA MONERÓ.
DOÑA REGLA.....	JOAQUINA DEL PINO.
ESTELA.....	FLORENTINA MONTOSA.
DOÑA LOURDES.....	PILAR PÉREZ.
ACACIA.....	MERCEDES SAMPEDRO.
PAULA.....	LYDIA MEDRANO.
MARÍA FRANCISCA.....	MARÍA ROBLES BRIS.
OCTAVIO.....	NICOLÁS NAVARRO.
DON ANTOLÍN.....	JOSÉ CALLE.
DON BENITITO.....	FRANCISCO ALARCÓN.
PABLOTE.....	ANTONIO DEL PINO.
PINILLA.....	MARIO ALBAR.
MANOLO.....	ANTONIO SUÁREZ.

L A P R I S A

ACTO PRIMERO

En El Escorial, y en "La Celinda", finca de recreo del Marqués de Candeleda. Pequeña glorieta en una eminencia del jardín, sombreada por altas acacias y limitada al foro por un balcón rústico. En la lejanía, las cumbres de la Sierra.—Macetas de geranios. Muebles de mimbre.

Es por la tarde, en el mes de julio.

Aunque la posesión es del susodicho marqués, veranea en ella a la sazón la familia de don Antolín de la Huerta, catedrático y político retirado a la vida casera.

Doña Lourdes, acompañanta de las hijas de don Antolín, está sentada en una butaca, gozando de unos instantes de quietud, raros en su vida actual. Es persona de buena familia, a quien las circunstancias han traído a tan modesto empleo.

Acacia, guardesa y jardinera de la casa, tan entrometida como solícita, se desvive en servir a los huéspedes, obedeciendo al par a su condición y a las instrucciones recibidas de sus amos.

ACACIA. ¿Usted me llamaba, señora?

DOÑA LOURDES. No.

ACACIA. ¿No, verdad? Pues juraría haber oído mi nombre. ¿Quién me habrá llamado? ¿Ni se le ocurre cosa alguna en que pueda servirla?

DOÑA LOURDES. Nada; gracias.

ACACIA. Ya sabe la señora que tengo órdenes de mis señores de adivinarles los pensamientos a todos ustedes. Hoy mismo he recibido otra carta en que me lo vuelven a encargar: "Acacia, que atiendas, por Dios, a esa familia que pasa en nuestra casa el verano, como si fuéramos nosotros mismos".

DOÑA LOURDES. Ya, ya lo hace usted.

ACACIA. A su señora hermana le he leído la carta hace un momento.

DOÑA LOURDES. ¿A mi hermana?

ACACIA. Doña Regla ¿no es hermana de la señora?

DOÑA LOURDES. No.

ACACIA. ¿Cuñada, entonces?

DOÑA LOURDES. No, señora; yo no pertenezco a esta familia. Soy una servidora de ella. Acompaño a las señoritas.

ACACIA. ¡Anda, qué chasco! Pues lo que es como usted no lo diga... nadie lo dirá. ¡Yo, a lo primero, me creí que era usted la señora de don Antolín!

DOÑA LOURDES. *Suspirando resignadamente.*
¡Ay!...

ACACIA. Don Benito... o don Benitito, como le dicen todos, ¿no es tampoco de la familia?

DOÑA LOURDES. Tampoco, que yo sepa. Creo que es como secretario de don Antolín, pero no lo sé... Llevo quince días en la casa y pregunto lo menos posible.

ACACIA. Igual me pasa a mí.

Por la izquierda del actor sale el recién nombrado don Benito, hombre sin brillantes ninguna. No es guapo ni feo, ni se sabe la edad que tiene.

ACACIA. Don Benito, ¿usted me llamaba?

DON BENITO. No, hija mía.

ACACIA. Se me ha metido a mí en la cabeza que me ha llamado alguien. *De repente, gritando hacia la derecha.* ¡Y dale, bola! ¡No, no hace falta leña! ¿Cómo ha de decirse? ¡Y otra vez te vas por la carretera! ¿lo oyes?—No quieren aprender estos críos. Con permiso de los señores. *Se retira por la derecha.*

DON BENITO. Esta Acacia se ha empeñado en que no nos dé el sol: ¡siempre la tenemos encima! ¡Je! Con el aquel de servirnos como a sus amos, es una mosca de borrico.—Hermosa está la tarde; ¿no, doña Lourdes?

DOÑA LOURDES. Hermosa.

DON BENITO. Más gana tiene usted de quedarse aquí disfrutando de ella que de corretear El Escorial.

DOÑA LOURDES. La obligación es antes que la devoción.

DON BENITO. Pero la devoción es más agra-

dable. Esa Estelita la va a matar a usted: ¡cuidado que anda la criatura!

DOÑA LOURDES. Casi no hace otra cosa. Apenas llega a un sitio, dice: "Bueno: esto ya está visto. ¿Vámonos?" Sin que sea mi ánimo criticarla...

DON BENITITO. Crítica inofensiva, doña Lourdes. De algo se ha de hablar. Decía yo que iba a matarla a usted porque la conozco; la he padecido antes que usted viniese a acompañarla. Me llevó un día en Madrid desde la Moncloa hasta el Ángel Caído. Estuve una semana sin poder usar más que botas viejas. ¡Je! Tiene diez y ocho años; es delgada... ¡y quiere adelgazar!...

DOÑA LOURDES. Ayer tarde me llevó a mí a la Silla de Felipe II.

DON BENITITO. ¿A patita?

DOÑA LOURDES. ¡Ah, claro es!

DON BENITITO. ¡Jesús! ¡Yo me he cansado nada más que de oírlo! *Se sienta.*

DOÑA LOURDES. Y yo de acordarme. ¡En mi vida he visto una silla que esté más lejos!

DON BENITITO. Pero si aquí en El Escorial van siempre las muchachas solas, y nadie lo ve mal, ¿qué necesidad tenía usted de ese ajeteo?

DOÑA LOURDES. A doña Regla no le gusta que ni aquí ni en ninguna parte vayan sus sobrinas sin una persona de respeto al lado. Y yo, aunque me fatigue de andar, le alabo el gusto.

DON BENITITO. Y yo; eso sí.

DOÑA LOURDES. Por más que algunas veces las acompañantas tengamos que hacernos las distraídas. No lo digo por esta nena, que no hace más que andar. La mayorcita es otra cosa.

DON BENITITO. *Bajando la voz.* Muy otra cosa. Igual a su madre, que en paz descanse.

DOÑA LOURDES. Sí, ¿eh?

DON BENITITO. La madre, que también se llamaba Leopoldina, como ella, era una mujer extraordinaria; dominada por la ambición y por el deseo de figurar y lucir y de no perder fiesta ni jolgorio. Tenía azogue. El prurito de hallarse en todas partes. Rifas, novenas, bailes, juntas benéficas... ¡Se metía en todos los roperos!... ¡Je!

DOÑA LOURDES. Pues así es la hija; bien dice usted.

DON BENITITO. ¡Don Antolín entró en la política empujado por ella! Por halagarla; sólo por halagarla... ¡Mire usted él!... ¡Hombre más apocado y más tímido... más inepto para la vida pública!... Así le fué. Salió con las manos en la cabeza. Y así está: amargado y entristecido, aunque lo disimula; hecho un loro que no le da la patita a nadie. ¡Y vale mucho, mucho! Pero para el gabinete, para el estudio; para sembrar él... y que otros cojan la cosecha.

DOÑA LOURDES. ¿Usted ha vivido siempre al lado suyo?

DON BENITITO. Casi siempre. Sobre todo desde que dejó la cátedra y se dió a las andan-

zas políticas. He sido su hombre de confianza. En aquellos tiempos podía llamarme su secretario particular. Ahora no tanto; ahora soy algo menos. De secretario tengo poco... y comprendo que no tengo nada de particular. ¡Je!

DOÑA LOURDES. ¡Qué modesto!

DON BENITITO. ¡Psché! Es un chiste que empleo siempre que viene a pelo, porque creo que me pinta con exactitud. ¡No tengo nada de particular! Usted habrá observado que lo mismo Leopoldina que Estela me tratan como a un dominguillo.

DOÑA LOURDES. Cariño es eso; confianza...

DON BENITITO. No; si yo lo llevo a gusto; no es que me queje, no... Y aun durante el reinado de doña Regla me consideran algo más... ¡Doña Regla es tan miradita!...

DOÑA LOURDES. ¿El reinado de doña Regla? ¿Qué quiere decir eso?

DON BENITITO. Creí que usted lo sabía. En esta casa reinan dos personas alternativamente: doña Regla y doña Leonor, la cuñada. Don Antolín, cada día más metido en su concha, se trae por temporadas a cuidar de sus hijas, a falta de la madre, a una de las dos: hermana ésta; cuñada la otra. Reina doña Regla, como al presente: las niñas están algo más dentro del carril. Reina doña Leonor, que es de la casta de la difunta: las niñas pierden los estribos del todo. Y el primero que lo nota soy yo.

DOÑA LOURDES. ¿Esta doña Regla vive en Andalucía?

DON BENITITO. Sí, señora. Y es andaluza, como don Antolín. Casó en Las Canteras, con un labrador de abolengo; muy rico. Y desde que él murió arrienda los cortijos y demás propiedades para librarse de quebraderos de cabeza. Hace bien. Es señora tranquila; de método; de orden. ¡Yo pasé en su casa siete días que no se me olvidan! ¡Qué calma!... ¡Qué sosiego!... ¡Qué poca prisa para todo!... ¡Qué temperatura!... ¡Qué techos más altos!... ¡Qué refrecos!... ¡Qué chocolates!... ¡Jauja! ¡Jauja! ¡Una casa sin ascensor y sin portería!... ¡Jauja! Cuando reina doña Leonor, veraneamos en San Sebastián, en Biarritz... en un sitio de bulla. Reinando doña Regla, no salimos de El Escorial o de La Granja. Y aun le sobra ruido. Este año nos quiso llevar a Rota; pero se le sublevaron las chicas. Y como el marqués de Candeleda, el dueño de esta casa, es tan buen amigo de don Antolín, y pasa este verano en Francia con los suyos, se la ofreció de muy buen grado.

DOÑA LOURDES. ¿Son muy amigos?

DON BENITITO. ¡Uh!... *Otra vez en voz baja.* El discurso de recepción del marqués en cierta Academia, se lo escribió don Antolín. Yo creía que esas cosas eran cuentos. Pues no lo son. Yo lo puse a máquina. Estoy en el secreto. ¡Hay por

ahí infinidad de pavos reales que se adornan con plumas de don Antolín! De ese loro.

Breve pausa.

DOÑA LOURDES. Una cosa, don Benitito.

DON BENITITO. Usted mande, señora mía.

DOÑA LOURDES. He oído que va usted a Madrid mañana.

DON BENITITO. Si Dios quiere. ¡Y con un celemin de encargos! Soy un ordinario extraordinario, como yo digo. ¿Qué se le ofrece a usted?

DOÑA LOURDES. Otro encarguito, naturalmente.

DON BENITITO. Me lo figuro: unas babuchas.

DOÑA LOURDES. No, señor; tengo aquí repuesto. Lo que deseo es que pase usted por casa de mi hermana Clotilde, Fúcar, 4, y vea cómo está.

DON BENITITO. Será usted servida. *Toma nota en un cuadernito.*

DOÑA LOURDES. Muchísimas gracias.

Vienen por la izquierda doña Regla y don Antolín. La anterior referencia de don Benitito nos exime de la obligación de presentarlos. Doña Regla viste y peina un poco a la antigua; don Antolín usa en la casa cómoda vestimenta de su invención y calza sandalias. Ella conserva acento andaluz; él no.

DOÑA REGLA. Sal sin cuidado, hombre; no hay fotógrafos... ni ninguna persona de fuera. ¡Jesús, qué buho!

DON ANTOLÍN. ¡No quiero ver a nadie, hermana! ¡Estoy pasando un verano encantador sin ver a nadie! Hay quien no se halla a gusto hasta que no se va de su casa; yo soy al revés. ¡Me estorba la gente!

DON BENITITO. *Ofreciéndole asiento a doña Regla.* ¿Quiere usted una butaca, señora? ¿Una silla? ¿Dónde se la pongo? ¿Aquí? ¿Aquí?

DOÑA REGLA. Gracias, don Benitito; déjeme usted sentarme a mi gusto.

DON BENITITO. Bien, bien...

DOÑA REGLA. *A doña Lourdes.* ¿Y esa niña? ¿Aún no ha acabado de componerse?

DOÑA LOURDES. Se conoce que no. Yo la espero hace ya un buen rato.

DOÑA REGLA. Por eso lo digo.

DON ANTOLÍN. *Mirando desde el balcón a lo lejos.* ¡La verdad es que esta casa está bien situada! ¡Bien! Este balcón es de la gloria. Debía regalármela el marqués. ¿No te parece, Benitito?

DON BENITITO. ¡Je! Debía, debía... No se le habrá ocurrido.

DON ANTOLÍN. El marqués no tiene tiempo para que se le ocurran cosas; pero ésta desde luego no se le ocurrirá.

DOÑA REGLA. Ya hace bastante el hombre con cedértela todo un verano.

DON ANTOLÍN. ¡Y yo se lo agradezco mucho más que los pavos que me envía en Nochebuena! Eso es aparte. Benitito, óyeme.

DON BENITITO. ¿Qué hay, don Antolín?

DON ANTOLÍN. Tabarra en lontananza. ¿Tú recuerdas quién es Pinilla?

DON BENITITO. Sí; ¡ya lo creo! ¡Estanislao Pinilla! ¡Nadie! Guardo su tarjeta. ¡El agente de seguros de vida!

DON ANTOLÍN. El mismo. Se ha empeñado en asegurarme y me ha anunciado que vendrá a El Escorial.

DON BENITITO. ¡Qué pesadez! ¡Pero si ya le ha dicho usted veinte veces...!

DON ANTOLÍN. Lo quiere oír veintiuna. Ahora, que no va a oírlo de mi boca. A mí no me ve. Estoy en Ávila; ¿me comprendes?

DON BENITITO. Comprendido.

DON ANTOLÍN. Estoy en Ávila. He ido a visitar la sepultura del Tostado, que me interesa mucho.

DON BENITITO. ¿Y si me pide día y hora para volver?...

DON ANTOLÍN. Le contestas que paro aquí poco; que tú no puedes precisarle... Estoy en Ávila. En último caso, *me intrincas* en la sierra de Gredos. A mí no me ve.

DOÑA REGLA. ¡No sabe ese Pinilla lo que

pretende! ¡Verte a ti este verano! ¡Cualquiera te echa la vista encima!

DON ANTOLÍN. ¡Cualquiera! *Sobresaltado.*
¿Quién viene?

DOÑA REGLA. ¡Tu hija, hombre! ¡Qué exageración!

DON ANTOLÍN. ¡Sí, sí!...

Sale, en efecto, por la izquierda Estela, sin sombrero, con alpargatas y con un bastoncito muy mono.

ESTELA. ¿Doña Lourdes?

DOÑA LOURDES. Aquí me tiene usted, señorita.

ESTELA. ¿Estiramos un poco las piernas?

DOÑA LOURDES. Vamos allá.

Entre doña Lourdes y don Benitito se cruza una mirada.

ESTELA. Está esto delicioso, ¿verdad, tía?

DOÑA REGLA. Delicioso.

ESTELA. ¡Delicioso de veras!

DOÑA REGLA. Para no moverse de aquí.

ESTELA. ¡Qué temperatura! ¡Qué aire! ¡Qué encanto! ¡Delicioso! ¡Estupendo! ¿Vámonos, doña Lourdes?

DOÑA LOURDES. Vámonos.

DOÑA REGLA. Pero, chiquilla, si tan delicioso encuentras esto, ¿adónde te vas? ¿Por qué no lo disfrutas? ¿Qué prisa tienes?

ESTELA. Me espera Hortensia en la Herre-ría.

DOÑA REGLA. Y tú, ¿no esperas a Manolo?

ESTELA. A saber a qué hora vendrá. Los trenes llegan cuando quieren. Además, que me busque. Es lo único que tiene que hacer en El Escorial: buscarme a mí. Vámonos, doña Lourdes.

DOÑA LOURDES. Vámonos.

ESTELA. *Va a irse por la derecha, cambia de pronto de opinión y se va por la izquierda. Por aquí, que coge más lejos. Márchase decidida.*

Doña Lourdes la sigue, despidiéndose de los demás con una sonrisa inefable.

DOÑA LOURDES. Hasta después.

DOÑA REGLA. Vaya usted con Dios, doña Lourdes.

DON BENITITO. *Remedando a Estela.* Por aquí, que coge más lejos. Una frase que pinta un carácter.

DOÑA REGLA. Y unas pantorrillas.

DON BENITITO. ¡Je!

DOÑA REGLA. Estas hijas tuyas, hermano, viven todo el año como en días de feria. ¡No paran!

DON ANTOLÍN. Cosas de los tiempos, Reglita... Yo, por mí...

DOÑA REGLA. Sí: tú estás en Ávila. Ya, ya.

DON ANTOLÍN. Benitito, allí te he dejado unas cuartillas para que te entretengas en sacarlas en limpio.

DON BENITITO. Ahora mismo voy.

DON ANTOLÍN. No, no me corren prisa ninguna. Hazlo si estás de humor. Además, recuerda mi lema: lo urgente no existe.

DON BENITO. Recuerde usted el mío: lo que se hace hoy no hay que hacerlo mañana. *Vase por la izquierda.*

Pausa.

DOÑA REGLA. Antolín, ¿tú conoces bien a ese Manolo que pretende a tu hija?

DON ANTOLÍN. ¡Sí! Un muchacho ingeniero...

DOÑA REGLA. ¡No, hombre! Estudia Medicina.

DON ANTOLÍN. ¡Ah, sí, sí! Lo he confundido con el otro. Ya sé quién es. Para médico va. ¡Malo es que en la familia entre un mediquito!... En fin, después de todo, ¿qué más tiene?

DOÑA REGLA. No lo echas a broma; que estás con los años de un qué se me da a mí, y de un encogerte de hombros... Y las bodas de las muchachas son asunto muy serio. Debes volver de Ávila para tratarlo.

DON ANTOLÍN. Ya sabes que descanso en ti y en Leonor... Lo que las mujeres no veáis... Sobre que en eso de los matrimonios no hay sino pedir suerte. ¡No se empieza a ver claro hasta el día siguiente al de la boda!

DOÑA REGLA. Pues a mí me preocupa cargar con la responsabilidad...

DON ANTOLÍN. Al que Dios no le da hijos...

DOÑA REGLA. Descando estoy que se coloquen las dos que tú tienes, para volver a vivir tranquila. Me pone nerviosa esta vida que llevan. Y menos mal aquí; pero en Madrid acaba conmigo; es angustiosa. Los bailes, los teatros, los toros, las reuniones, los térs, los paseos, las carreras, las tiendas, los *cines*, el teléfono... ¡Jesús María! ¡Ay mis Canteras de mi alma!

DON ANTOLÍN. Realmente yo soy un egoísta al pedirlos a Leonor y a ti tamaño sacrificio...

DOÑA REGLA. A mí, a mí... Leonor sale a su hermana. Para ella es un plato de gusto lo que para mí es un tormento. ¡Qué mareo, señor! ¡Qué absurdo de vida! ¡Qué no querer perder nada de nada! Y eso es como el que va a una bodega y se empeña en catar de todas las botas: ¡que acaba borracho, con la cabeza loca y sin darse cuenta de lo que está bebiendo!

DON ANTOLÍN. Es verdad, sí; se vive un poco en borrachera... Yo sólo bebo agua; pero me da el olor; el tufo... *Nueva pausa. Desde el balcón del foro.* Allá va un *auto* echando chispas. ¡Qué salvajada! Puede que sea el mismo que estuvo a punto de dar cuenta de mi persona hace veinte días.

DOÑA REGLA. No me lo recuerdes. Poco le dije al zopenco que lo guiaba. “¿Adónde iba usted tan aprisa, señor?” “A tomar chocolate en Torrelodones.” No sé cómo no lo maté. “¡A tomar chocolate en Torrelodones se va más despa-

cio! El chocolate guarda mucho el calor; ¿usted no lo sabe?"

DON ANTOLÍN. Yo a todo el que fuera tan aprisa sin justo motivo lo hacía cartero un año. ¡Y ya verías tú cómo había menos atropellos!

DOÑA REGLA. ¡Qué espectáculo el de algunas familias por esa carretera! Si no dieran miedo, darían risa. Todos desencajados, agarrados unos a otros, los pelos por el aire, espantados los ojos, sin ver más que el polvo del camino, pensando sin duda en que no han hecho testamento... Y eso, a lo mejor, como el otro, para ir a refrescar en Cercedilla. Refrescar a escape, por supuesto. Llegan, se toman corriendo el sorbete, se enjuagan la boca, y ¡al coche otra vez! ¿Hay nada más estúpido?—Ahí viene tu hija Leopoldina. Que por cierto se peina de un modo, digo, se *despeina* de un modo que no lo puedo sobrellevar.

DON ANTOLÍN. Símbolo de los tiempos, niña. ¡Las cabezas andan revueltas!

DOÑA REGLA. Pues ¿y los trajes? ¿Qué me dices de estos trajes por las rodillas?...

DON ANTOLÍN. ¡Hija, que hay que pagarlos lo mismo que si tuviesen cola!

Sale Leopoldina, linda muchacha, de exaltada imaginación, nervios inquietos y expresión anhelante.

LEOPOLDINA. ¿Y Benitito? ¿No está aquí Benitito?

DON ANTOLÍN. Ahora está en mi despacho. ¿Qué lo quieres?

LEOPOLDINA. ¿Va mañana a Madrid?

DON ANTOLÍN. Eso, allá tu tía.

DOÑA REGLA. Sí, va mañana. Hacen falta unas cuantas cosas.

LEOPOLDINA. Pues una lista voy yo a darle. Tiene que traerme la peina de concha, el collar de corales, los pendientes, los zapatitos de charol, el traje de gitana y el mantón de Manila blanco. No; el negro. No; el blanco. Luce más que el negro de noche.

DOÑA REGLA. Pero ¿adónde vas? ¿Trabajas por fin en la función de los aficionados?

LEOPOLDINA. Sí, señora. Digo, no lo sé todavía. Si reparten el galán a mi gusto... Ya veremos. Lo que es con Arturito no me caso yo. ¡Ni en la comedia! Pero el vestido de gitana y todo lo demás es para otra cosa.

DOÑA REGLA. ¿Para qué?

LEOPOLDINA. No se asuste usted, tía.

DOÑA REGLA. Si yo me asustara ya de tus cosas, viviría en un grito.

LEOPOLDINA. ¡Lo menos! *Cantando de pronto:*

*Ven y ven y ven,
sígueme adorando...*

DOÑA REGLA. ¡Deja las copluchas ahora! ¡Qué peste de *cuplés*! ¿Para qué quieres la falda de volantes y el mantón de Manila?

LEOPOLDINA. Para ir a una verbena que dan en su casa de La Granja los Manzanares.

DOÑA REGLA. ¡Jesús!

LEOPOLDINA. El martes que viene, por la noche. En el jardín. ¡Un jardín que es un paraíso!

DOÑA REGLA. ¿Terrenal?

LEOPOLDINA. Terrenal, pero sin serpiente. Y lo adornan muy bien. Es gente de gusto. Guirnaldas de flores naturales, hileras de macetas, farolillos a la veneciana, banderolas... Una preciosidad. Y luego dan chocolate, buñuelos, churros, horchata, refrescos... ¡Y venga baile hasta el amanecer! ¡Divino! *Cantando de nuevo*:

*Ven y ven y ven,
sígueme adorando...*

DOÑA REGLA. *Escandalizada*. ¡Ay, ay, ay!...

LEOPOLDINA. ¿Se lleva usted las manos a la cabeza?

DOÑA REGLA. ¿Tú oyes esto, Antolín?

DON ANTOLÍN. ¡Estoy en Ávila!

DOÑA REGLA. No, no estás en Ávila; estás en las Batuecas. Pero atiende ahora. ¿Quién te ha invitado a esa verbena, niña?

LEOPOLDINA. ¿Quién había de ser? Marucha Manzanares: íntima amiga mía.

DOÑA REGLA. Y ¿quién te va a llevar?

LEOPOLDINA. Las de Pertigal, en su coche.

DOÑA REGLA. ¡El Señor nos valga! ¿Esas tres tarascas de los pelos pintados?

LEOPOLDINA. Cabalito.

DOÑA REGLA. “Las Tres Desgracias”, que les dicen aquí.

LEOPOLDINA. Sí, señora: “Las Tres Desgracias” me llevan en su *auto*.

DOÑA REGLA. Que es otra desgracia segura.

LEOPOLDINA. ¿Qué ha de ser? ¡Si tienen un Hispano que quita el sentido! ¿Quiere usted venir con nosotras?

DOÑA REGLA. ¿Yo?

LEOPOLDINA. ¿Y usted, papá?

DON ANTOLÍN. ¿Yo? Al revés que la chulapa del sainete, me meto en la cama antes de lucirme y de ver la verbena. Es más cómodo.

DOÑA REGLA. Pero ¿a ti te parece regular que tu hija salga de noche de su casa y se vaya sola, en un automóvil que no es suyo...?

LEOPOLDINA. ¡Desgraciadamente!

DOÑA REGLA. ¿Con tres visiones, por un camino lleno de toros, a una casa extraña, a bailotear hasta el día con todo el que quiera divertirse? ¿A ti te parece regular?

LEOPOLDINA. ¡Ja, ja, ja! Tía, ¡qué pintura!

DON ANTOLÍN. Mujer, yo no me asusto ya de nada... Eso está en las costumbres...

DOÑA REGLA. ¡Bonitas costumbres!

DON ANTOLÍN. Todas las mujeres honradas deben saber guardarse.

*Madre, la mi madre,
guardas me ponéis;
si yo no me guardo,
no me guardaréis.*

DOÑA REGLA. Esos son romances, Antolín. Las muchachas del día, por santas que sean, viven en un aturdimiento peligroso y en una excitación muy poco tranquilizadora. ¡Por santas que sean! Yo veo así las cosas, hermano. ¡Seré una señora rancia de pueblo; pero las veo así! ¿Es que se pueden ver sin temor ni sonrojo los bailes que se estilan?

LEOPOLDINA. ¡Ya saltaron los bailes!

DOÑA REGLA. ¡Naturalmente que saltaron!

LEOPOLDINA. Pues mire usted, tía Regla...

DOÑA REGLA. Pues mira tú, sobrina: ¡hasta en París, donde la gente se besa por las calles, asustan y preocupan ya los bailes dichosos! ¡Fíguérate lo que pensará de ellos una vieja de Las Canteras que se acuesta con las gallinas y va a misa de alba!

LEOPOLDINA. Pues en sus tiempos de usted se decía:

*¡Jóvenes que vais bailando,
al infierno vais saltando!*

DOÑA REGLA. ¡Pues en los tuyos ya vuelven ustedes del infierno!

LEOPOLDINA. ¡Dios mío, qué susto!

DOÑA REGLA. Ríete cuanto quieras.

LEOPOLDINA. ¿No me he de reír, tía? ¿Es que cree usted que son de este siglo los siete pecados capitales? ¡Toda la vida han sido los mismos! Ahora quizás se disimule menos y por eso se escandaliza más. No tenga usted cuidado; que ni en ese baile ni en ninguno me lleva a mí el demonio. Y mire usted que me es simpático; pero no acaba de ser mi tipo. Es demasiado golfo. Tampoco haré la dama con él. ¡De aquí a que yo le encuentre a uno toda la gracia que necesita para que a mí me pete!... ¡De aquí a entonces!...

DOÑA REGLA. ¡No será porque no lo buscas; porque no paras dos horas seguidas en un mismo sitio!

LEOPOLDINA. Señal de que en ninguno vale la pena de quedarse más tiempo. No soy frívola, no; todo lo contrario. ¡Me gustan las cosas con sustancia... y me gusta encontrarles la sustancia a las cosas! *Acariciándola con zalamería.* En fin, si me deja usted ir a esa verbena sin poner mala cara, le ofrezco pasarme todo un mes en su casa de Las Canteras.

DOÑA REGLA. ¡Me has ofrecido eso tantas veces!

LEOPOLDINA. Pues ahora se lo cumplo, tía.

Me inspira ya verdadero interés conocer cómo se pasa un día no pensando más sino en que al día siguiente se va a hacer carne de membrillo. ¡De veras que me inspira interés!

DOÑA REGLA. ¡Muy bien que se pasa!

DON ANTOLÍN. ¡Y con el epílogo de rebañar luego los peroles!... ¡Oh, niñez remota!

LEOPOLDINA. ¿Convencida?

DOÑA REGLA. Tendrían que fundirme de nuevo. Tolerante... y gracias. Nos tienes muy bien educados a tu padre y a mí: lo que nos pides, lo que hacemos.

LEOPOLDINA. ¡Qué buena es usted!

DOÑA REGLA. Dí mejor qué tonta.

DON ANTOLÍN. *Nuevamente sobresaltado.* ¿Eh? ¿Quién llega? Alguien viene, ¿no? ¿Es Pinilla?

DOÑA REGLA. ¡Jesús con Pinilla! ¡Vas a hacerme soñar con él!

LEOPOLDINA. No, pues no es Pinilla; es Manolo.

DON ANTOLÍN. ¿Manolo?

LEOPOLDINA. Sí; el chico que pretende a Estela.

DON ANTOLÍN. ¡Uh! ¡Estoy en Zarzalejo! *Vase por la izquierda, de puntillas.*

DOÑA REGLA. ¡Ea! Ahora está en Zarzalejo. Le ha dado por ahí.

LEOPOLDINA. Se ha propuesto no ver a nadie.

DOÑA REGLA. Y va a conseguirlo: ¡con ese kilométrico que se ha comprado!...

Llega por la derecha Manolo, sin otra mira que la de ver a Estela, ni más preocupación que la de hacerse agradable en la casa.

MANOLO. Santas y buenas tardes. Doña Regla...

DOÑA REGLA. Venga usted con Dios.

MANOLO. Leopoldina...

LEOPOLDINA. ¡Hola, Manolo!

MANOLO. Todos buenos, ¿verdad?

DOÑA REGLA. Todos buenos; mil gracias.

MANOLO. ¿Y don Antolín?

DOÑA REGLA. En Zarzalejo.

MANOLO. ¿En Zarzalejo?

LEOPOLDINA. Sí: tiene allí un amigo; lo ha convidado a comer unas frutas...

MANOLO. Que aproveche. ¿Y Estela?

DOÑA REGLA. ¿No la ha visto usted?

MANOLO. No, señora. ¿Tengo cara de haberla visto?

DOÑA REGLA. Pues hasta hace un rato ha estado aquí. Se fué a la Herrería.

MANOLO. ¡Lo que le gusta la Herrería! Ahora iré a buscarla, con permiso de ustedes.

DOÑA REGLA. ¿No se sienta usted?

MANOLO. No, señora; no estoy cansado. Bueno; me sentaré. He venido en *moto*.

LEOPOLDINA. ¿Ah, sí?

MANOLO. Sí. En la *moto* de un individuo que me invita siempre que me ve. Lo cual me fastidia; ¡porque ya ha dejado cojos a dos amigos! ¡Y no me haría gracia ser yo el tercero!

DOÑA REGLA. Sobre todo gustándole Estelita, ¿verdad?

MANOLO. ¡Y tan verdad! ¡No hay cojo que la siga! Además, me revientan las *motos*. Viene uno encomendándose a Dios todo el viaje. ¡Qué saltos! ¡Qué trepidación! Pisa usted una piedra y va usted a las nubes. ¡Qué ruido! ¡Qué ladrar de perros! En la carretera hemos tenido hoy una medio cuestión personal con un par de marranos.

LEOPOLDINA. ¿Con un par de marranos?

MANOLO. Usted verá: atropellamos a uno de ellos y el amo nos quería comer. Si el amigo de la *moto* no le da dos duros, le abre la cabeza. ¡Qué bárbaro! ¡Cómo se puso el tío! Un disgustazo.

DOÑA REGLA. Me alegro.

MANOLO. Y yo. Luego va a venir por aquí.

LEOPOLDINA. ¿Quién? ¿El de los cerdos?

MANOLO. No; el de la *moto*. Mi verdugo. Es amigo de ustedes también. Pinilla; un agente de seguros de vida.

DOÑA REGLA. ¡Oh!

LEOPOLDINA. Sí lo conocemos. Papá le teme más que usted.

DOÑA REGLA. ¿Y asegura la vida ese hombre y lleva a los amigos en *moto*? ¡No lo sabrá la Compañía!

MANOLO. ¡Tiene usted razón!... ¡Como se entere la Compañía, le quita los papeles! Estaba yo por darle el soplo. A mí ha venido queriendo asegurarme. ¡Que también es una conversación para el camino!... ¿De manera que Estela en la Herrería?

LEOPOLDINA. En la Herrería. ¡Ah! Que sea enhorabuena: nos ha dicho que ha aprobado usted el quinto año.

MANOLO. Sí. Un pozo de ciencia soy ya. ¡Un pozo sin fondo!

DOÑA REGLA. ¿Estarán contentos sus padres?

MANOLO. Muy contentos; figúrese... Yo sigo la carrera por ellos... No tengo fe en la Medicina.

DOÑA REGLA. ¿No?

MANOLO. No, señora. No se sabe nada. Los mismos maestros se lo dicen a usted apenas les cae un enfermo dificultoso. No se sabe nada. En general vamos a ciegas. Es un axioma entre nosotros: no hay enfermedades: hay enfermos. Estudia usted a conciencia una enfermedad... y le sale en seguida un enfermito de ella que le lleva la contra. Un *planchazo*. No se sabe nada.

DOÑA REGLA. Cuando usted lo asegura...

MANOLO. Porque estoy convencido de ello.

Mire usted: ahora tengo yo un íntimo amigo con fenómenos cerebrales. ¿Causa? ¿El hígado? ¿El estómago? Yo no lo sé. Una eminencia que lo visita dice que sí; pero no se los cura. Luego no lo sabe. Otro ejemplo: el de Romillo, el senador; de ayer por la tarde. Consulta de siete primeros espadas. ¡De siete! ¿Son espadas, eh? Bueno, pues se equivocaron los siete. Miento, no: acertó uno sólo. El que dijo que se moría. No se sabe nada.

DOÑA REGLA. Sí; lo que es por las pruebas...

MANOLO. Crea usted que lo único seguro es no ponerse malo. En China lo entienden: se paga al médico mientras no hay enfermos en la casa. En cuanto uno de la familia cae malo, ya no cobra el médico.

LEOPOLDINA. Eso está muy bien.

MANOLO. ¿Que si está?

DOÑA REGLA. ¡Pero si tampoco saben nada!...

MANOLO. ¡Ah, tampoco! Eso es en todas partes. Se ignora lo más rudimentario. Ahora mismo está don Antolín comiendo frutas, ¿no? ¡Pues vaya usted a saber cómo van a sentarle!

DOÑA REGLA. Lo probable es que le sienten bien.

LEOPOLDINA. La fruta es muy sana.

MANOLO. Para unos sí y para otros no. No hay enfermedades: hay enfermos. Yo, cuando

termine la carrera, ya lo he decidido: especialista en equivocaciones.

DOÑA REGLA. ¿Piensa usted equivocarse siempre?

MANOLO. No, señora; pienso que me llamen cuando se equivoquen los demás. ¡Y voy a estar rifado! Palabra. Es un hallazgo esto. En fin, estoy diciendo muchas simplezas. Y es que todavía me dura la impresión de la *moto*. Me pone que salto. Voy en busca de Estela.

DOÑA REGLA. Sí; vaya usted ya... vaya usted ya...

MANOLO. Hasta luego; no me despido.

LEOPOLDINA. Hasta luego.

MANOLO. Ahora me haría falta la *moto*, para alcanzarla; ¿usted ve? Nunca está uno a gusto. *Vase a escape por donde llegó.*

Tía y sobrina se miran sonriéndose.

LEOPOLDINA. Mi hermana es feliz.

DOÑA REGLA. ¿Feliz con este pretendiente?

LEOPOLDINA. Sí, señora; porque sueña con un marido un poquito tonto.

DOÑA REGLA. Ya.

LEOPOLDINA. Para manejarlo a su capricho.

DOÑA REGLA. Pues con éste puede ir tranquila. A mí me parece de capirote.

LEOPOLDINA. ¿Qué tendrá en los sesos?

DOÑA REGLA. No se sabe nada.

LEOPOLDINA. Me voy a llegar ahí enfrente, tía.

DOÑA REGLA. ¿Otra vez?

LEOPOLDINA. A pasar un rato con Obdulia. Antes entró gente y no nos dejaron hablar. Iremos a teléfonos a pedir conferencia con Segovia. Mañana se casa Chichita Castellón, y algo se nos ocurrirá que decirle. ¿Ha visto usted el retrato del novio en el *Blanco y Negro*? No me gusta. Es aquel chico que tomaba morfina... No me gusta. Está medio loco. Hasta luego.

DOÑA REGLA. La cuestión es no sosegar dos minutos.

LEOPOLDINA. Esa es la cuestión. Me reservo para Las Canteras.

DOÑA REGLA. Allí te quisiera yo coger, pica-rona. Pero ya casada, a ser posible.

LEOPOLDINA. ¡Ojalá! *Vase por la derecha, cantando.*

*Me dicen que si te quiero,
y yo digo que ni verte...*

Simultáneamente sale Acacia, también por la derecha. En la mano trae tres huevos de gallina. Detiene un punto a doña Regla, que iba a marcharse por el lado contrario.

ACACIA. ¡Qué alegre es esta señorita! Es un cascabel. Mire, señora; mire qué tres huevos más hermosos acaban de poner mis gallinas.

DOÑA REGLA. Lléveselos usted a Segunda.

ACACIA. Sí, señora, sí; siempre se los llevo.

Pero quería decirle a usted una cosa: que no le compre huevos a la Higinia.

DOÑA REGLA. Y ¿quién es la Higinia?

ACACIA. La guardesa de la Villa Robustiana. A ella se los vende un peón caminero... porque ella no tiene gallinas... ¡y han de ganar los dos! ¿Comprende la señora?

DOÑA REGLA. Se tendrá en cuenta la advertencia.

ACACIA. Y el día que se le apetezca a usted de tomar un buen queso de Burgos, no tiene usted más que avisarme. ¡Y va la señora a ver un queso!

DOÑA REGLA. También lo tendré muy presente.

ACACIA. Como si se le antoja comer buenas ciruelas; yo se lo digo a mi sobrino...

DOÑA REGLA. Me acordaré de usted para todo lo que necesite. *Se va por le izquierda, expresando con el ademán que está de la guardesa hasta el moño.*

ACACIA. Vamos a llevarle a la Segunda... Es no parar esto. *Se detiene, al ver que alguien llega por la derecha.* ¿Eh? ¿Quién es? ¡No puede una faltar de la verja un instante! ¡Ah! Son dos señoritos.

Y salen Octavio y Pablote, que en automóvil han llegado a la casa. Los dos son jóvenes. Octavio, vehemente e inquieto; su amigo, francote y cachazudo.

OCTAVIO. Buenas tardes.

PABLOTE. Buenas.

ACACIA. Muy buenas las tengan ustedes.

PABLOTE. ¿Están los señores?

ACACIA. Sí, señor.

PABLOTE. ¿Quiere usted avisarles?

ACACIA. Sí, señor. El señorito es el señorito que atropelló al señor con el automóvil.

PABLOTE. ¿Me recuerda usted?

ACACIA. ¡Anda! Yo soy muy buena *fisionomista*. Y ya ve el señorito que no lo vi más que aquella tarde. ¡Pues no se me despinta ya!

PABLOTE. ¿No habrá tenido consecuencias el atropello?

ACACIA. Ninguna de particular; no, señor. Vino el médico, le dió al señor unas buenas frías, y al día siguiente estaba tan fresco. Yo he salido ganando.

PABLOTE. Sí, ¿eh?

ACACIA. Sí, señorito; porque se le rompió el pantalón al señor, y por no andarse con zurcidos, me lo dieron para mi Lorenzo, que es guarda en la Casita del Príncipe. ¿Ustedes no han visto la Casita del Príncipe?

OCTAVIO. *Impaciente*. Avise, avise usted a los señores.

ACACIA. Voy volando. *Mostrándoles los huevos antes de marcharse*. ¡Miren ustedes qué gloria ponen mis gallinas!

PABLOTE. Ande usted.

ACACIA. Volando. Traen prisa los señoritos, ¿no es verdad? *Vase por la izquierda.*

OCTAVIO. Bueno, tú, la visita será cosa breve.

PABLOTE. Un suspiro. No te apures, que nos vamos a escape.

OCTAVIO. A las siete necesito yo estar en Guadarrama.

PABLOTE. ¡No te apures, hombre! De aquí a Guadarrama, en mi coche, no tardamos ni cinco minutos.

OCTAVIO. ¡Tampoco me vayas a estrellar!

PABLOTE. ¡Estás insoportable con la secretaria del ministerio!

OCTAVIO. Mira uno cosa que no dudo. ¡Yo mismo no me puedo aguantar! Ni como, ni duermo, ni vivo... ¡Deseando estoy que caiga el gobierno!

PABLOTE. Eso se lo cuentas a tu abuela. ¡Poco que presumes tú con la secretaria!

OCTAVIO. *Corriendo al balcón.* ¿Un auto?

PABLOTE. Sí. Y va también para Guadarrama.

OCTAVIO. ¿Será el del ministro?

PABLOTE. ¡Ca! ¡Ese es un buen coche y el del ministro es una lata de conservas!

OCTAVIO. ¡Menos lata, tú! ¡Cincuenta caballos!

PABLOTE. ¡Serán de los toros!

OCTAVIO. Pero ¿no sale esta familia? Por supuesto, me explico que no quieran verte. Si estuviste a pique de *laminar* a ese buen señor...

PABLOTE. Por eso extremo la amabilidad, querido Octavio. Paso por aquí después del percance, y me parece elemental un saludo de cortesía... Por arrimado a la cola que sea uno...

OCTAVIO. ¿Quiénes son ellos? No me has dicho...

PABLOTE. ¡Si no lo sé! Cambiamos aquel día los ofrecimientos de rúbrica; pero he olvidado... Yo estaba azoradísimo... Traje a mi hombre en el *auto* deshaciéndome en explicaciones... y no veía el momento de volver a la carretera... Una señora andaluza que había aquí me puso como un trapo, y tuve que agachar las orejas y darle las gracias encima. Pero, en fin, ya has oído a la guardesa: todo quedó en el susto, a Dios gracias. Evidentemente tengo buena mano para los trompazos. Puedes ir tranquilo.

OCTAVIO. No del todo, no creas.

PABLOTE. Pues tengo buena mano. En Villalomar atropellé al cacique y me felicitó todo el pueblo.

OCTAVIO. Sí, ¿eh?

PABLOTE. ¿Y lo de Paco Esteban? Había perdido la memoria en una enfermedad; le rompí el bautismo en mi coche, y la recobró como por ensalmo.

OCTAVIO. ¿Del golpe recobró la memoria?

PABLOTE. Del golpe, sí. ¡Hoy se acuerda de todo lo que debe!

OCTAVIO. Pues ¡sí que es un fenómeno!

PABLOTE. Tengo buena mano. Sin ir más lejos, este mismo caso de aquí te lo prueba. Al señor no le ocurrió nada... y yo, en cambio, conocí a sus hijas, que son dos verdaderas preciosidades. ¡Sobre todo una de ellas!

OCTAVIO. ¡Haber empezado por ahí!

PABLOTE. Como que más que a cumplir con el padre—de ti para mí—, vengo a ver si la veo.

OCTAVIO. Pues lo que te ruego es que, si sale ahora, no vayas a pegar la hebra y a entretenerme demasiado.

PABLOTE. ¡No, hombre! Descuida.

OCTAVIO. Mi prisa es una cosa seria.

PABLOTE. Descuida. ¡Aquí está la muchacha!

OCTAVIO. *Viéndola llegar, sorprendido.* ¿Eh? *Vuelve Leopoldina por la derecha.*

PABLOTE. Señorita...

OCTAVIO. Señorita...

LEOPOLDINA. Señores... Desde la terraza de enfrente vi parar el coche a la puerta de casa, y no he querido dejar de llegarme...

PABLOTE. ¿Temió usted, quizás, que hubiese atropellado a otra persona de su familia?

LEOPOLDINA. ¡No! ¡Qué disparate! Eso no será para todos los días, digo yo.

PABLOTE. Ni estaría bien tampoco tomarla con una familia tan simpática. Paso por El Escorial con este amigo, y vengo un instante a saber si se me guarda rencor todavía.

LEOPOLDINA. Ninguno.

PABLOTE. ¿Ni siquiera aquella señora que me puso verde, y que me dijo que tenía en su pueblo un coche con dos mulas que no lo cambiaba por cien *autos*?

LEOPOLDINA. Ni aun ésa. Como no fué más que el susto, afortunadamente...

PABLOTE. Sí; la guardesa ya me ha tranquilizado por completo. Ha ido a avisarle a su papá de usted...

LEOPOLDINA. Papá no sé si habrá salido. Para poco en casa... Me parece que hoy está en Zarzalejo. Ahora vendrá mi tía. Siéntense ustedes.

PABLOTE. Mil gracias. No nos podemos detener. Estamos muy de prisa. ¿Verdad, Octavio? Y ¿me conoció usted apenas vió el coche?

LEOPOLDINA. Reconocí primero el coche... Y luego, es claro...

PABLOTE. ¡Oh, el coche! ¡El coche es el mejor coche de Madrid! Sencillamente.

OCTAVIO. ¡Qué honor, ¿verdad? para los atropellados!

Rien los tres.

PABLOTE. Yo he empezado a ser alguien des-

de que tengo coche. Antes era un quídam. El coche me ha dado personalidad.

OCTAVIO. ¿Y a mí, señorita, no me reconoce?

LEOPOLDINA. ¿Cómo? ¿Venía usted también aquella tarde?...

OCTAVIO. No. Es esta la primera ocasión en que tengo el gusto de hallarme en su casa de usted, gracias, por cierto, a este querido amigo-coche.

PABLOTE. ¡Búrlate encima, no seas tonto!

OCTAVIO. Pero no es la primera vez que usted y yo hablamos.

LEOPOLDINA. ¿Yo con usted?

OCTAVIO. Usted conmigo. Si yo no estuviera convencido de mi vulgaridad, esta prueba me anonadaría. Sí, señorita: una noche, inolvidable para mí, hace ya... dos años corridos...

LEOPOLDINA. ¡Ah!...

OCTAVIO. En la terraza del Casino de San Sebastián estuvimos charla que charla hasta el amanecer... ¿Lo recuerda?

PABLOTE. ¡Qué pretensiones! ¿Cómo ha de acordarse al cabo del tiempo?

LEOPOLDINA. ¿Está usted seguro de que era yo?

OCTAVIO. ¡Segurísimo! No soy capaz de confundir la belleza de usted con ninguna otra. Me llamo Octavio Reina.

LEOPOLDINA. Octavio Reina...

PABLOTE. ¡Ahora se acuerda menos!

OCTAVIO. Hombre, no seas ganso. Había usted cenado aquella noche con los condes de Mombeltrán...

LEOPOLDINA. ¡Ah, ya!... ¡Sí!... ¡Acabáramos!

OCTAVIO. Usted es de la familia de don Antolín de la Huerta, ¿no?

LEOPOLDINA. ¡Y tanto! Es mi padre.

PABLOTE. ¡No puede ser más de la familia!

OCTAVIO. ¿Precisamente la persona atropellada por este cernícalo?

LEOPOLDINA. Precisamente.

OCTAVIO. *Reconviniéndolo.* Pero, Pablote, ¿cómo vas por esas carreteras!

PABLOTE. ¡Como me mandan los amigos! ¡A ver hoy quién me ha dado a mí prisa! Además, lo que te dije antes: mira si tengo buena mano. Sin ese atropello, ¿quién sabe si no habrías vuelto nunca a ver a esta muchacha!

LEOPOLDINA. Que ahora no ha podido estar más torpe... Lo declaro... Ve una tantas caras distintas... Vive una tan aturdida siempre... Usted me perdona, ¿verdad?

OCTAVIO. No hay de qué, ¡por Dios! Tan natural era que usted me olvidase... como que yo no la olvidase a usted.

LEOPOLDINA. Muchas gracias... ¿De veras no se sientan un rato?

PABLOTE. Este trae mucha prisa.

OCTAVIO. Sí; pero no tanta que... *Siéntase junto a Leopoldina.* Con mil amores.

PABLOTE. ¡Vaya! Nos sentaremos.

LEOPOLDINA. Ahora saldrá mi tía. No sé cómo ya no ha venido.

OCTAVIO. Ni se preocupe usted.

LEOPOLDINA. ¿Usted veranea en El Escorial?

OCTAVIO. ¡Qué más quisiera yo! No veraneo en ninguna parte.

LEOPOLDINA. ¿Se queda en Madrid?

OCTAVIO. ¡Tampoco!

PABLOTE. Va de aquí para allá, como una maleta.

LEOPOLDINA. Pero ¿es usted viajante?

OCTAVIO. Hoy por hoy soy secretario particular de Sequeros Miranda.

LEOPOLDINA. ¿El ministro?

OCTAVIO. ¡Que me va a producir una neurastenia agudísima!

LEOPOLDINA. ¿Mucho trabajo?

OCTAVIO. No es en rigor mucho trabajo... Son cien mil pequeñeces diarias que abruman, que agotan, que consumen al más activo... ¡Un horror! Yo no tengo un minuto para mí. Cartas, telegramas, comisiones, visitas, entierros...

PABLOTE. Bautizos...

OCTAVIO. No seas majadero, Pablote, que estoy hablando con formalidad.

PABLOTE. Este *cuplé* del secretario multiforme nos lo canta a los amigos todos los días.

OCTAVIO. No le haga usted caso. Ni puedo atender a mi bufete, ni a mis aficiones predilectas, ni pasear una hora tranquilo, ni hacer nada, en fin, que signifique un gusto personal. Soy peor que un esclavo. ¡Un esclavo que parece libre y no lo es! Vivo desparramado, consumiendo mi tiempo en cosas que no le aprovechan a nadie. Ni siquiera al ministro a quien sirvo.

LEOPOLDINA. Pues ¡déjelo usted!

OCTAVIO. No puedo. Y gracias si, de cuando en cuando, el azar me ofrece una compensación como ésta.

LEOPOLDINA. ¿Adónde van ustedes?

OCTAVIO. A Guadarrama. Esta noche cena allí el ministro con su familia, y me encargó que si llegaba al Ministerio alguna cosa urgente se la llevara. Y ha llegado, como no podía menos. Le voy a dar la cena.

LEOPOLDINA. Y ¿es urgente? Mi padre dice que lo urgente no existe.

OCTAVIO. No, ¿eh? Pues dígale usted que se vaya conmigo dos horas a la secretaría.

PABLOTE. Oye tú, a propósito: ¿no te estás entreteniendo demasiado?

OCTAVIO. No.

PABLOTE. ¡Como no querías ni apearte!...

OCTAVIO. Han cambiado las cosas.

PABLOTE. ¿Qué?

OCTAVIO. Mira desde ahí tú si pasa el coche del ministro.

PABLOTE. ¡Pero, hombre! ¡Es el colmo!

OCTAVIO. *A Leopoldina.* ¡Lo que aquella noche charlamos!... ¿De qué se ríe usted?

LEOPOLDINA. De nada... de eso... de lo que charlamos aquella noche. ¿Encuentra usted algún cambio en mí?

OCTAVIO. ¿Por qué me lo pregunta?

LEOPOLDINA. Por curiosidad...

OCTAVIO. Pues no... no encuentro cambio alguno... El peinado, quizás... Cualquiera que sea, la ha embellecido a usted más aún...

LEOPOLDINA. ¡Qué galante! ¿Se miente mucho en la secretaría?

OCTAVIO. En la secretaría, mucho. Fuera de ella...

LEOPOLDINA. ¿No se sale de allí contagiado?

OCTAVIO. ¡Quiá! ¡Se sale ahogado de la farsa! ¡Deseando una ocasión en que hablar de verdad! Como ésta, por ejemplo.

PABLOTE. ¡Ahí la llevas, Octavio!

OCTAVIO. ¿Qué?

PABLOTE. ¡La cafetera de tu jefe!

OCTAVIO. ¡No me asustes!

PABLOTE. Oye la bocina: ¡Criiii... sis!
¡Criiii... sis!

LEOPOLDINA. ¡Qué buen humor tiene su amigo!

OCTAVIO. ¡Ay, si fuera profética la bocina!

PABLOTE. *Viendo aparecer a doña Regla por la izquierda.* ¡Oh! La señora del cochecito de mulas... A los pies de usted.

DOÑA REGLA. Señores...

OCTAVIO. Señora mía...

DOÑA REGLA. Leopoldina, ¿tú aquí?

LEOPOLDINA. Vi llegar desde casa de Obdulia el coche del señor, y como temía que papá no estuviese...

DOÑA REGLA. Y no está, no: está en Los Molinos. ¡De merienda!

PABLOTE. Mi intención no era otra que saludarlo y pedirle nuevamente disculpa. Ya me han dicho que en esta casa estoy perdonado hasta por usted.

DOÑA REGLA. Desde luego. Pero exijo propósito de enmienda. Acostúmbrese usted a caminar más despacito.

PABLOTE. Se lo prometo formalmente.

DOÑA REGLA. Sobre todo para ir a tomar chocolate en Torrelodones.

LEOPOLDINA. Eso es lo que indigna a mi tía.

PABLOTE. Pues hay una agravante espantosa.

DOÑA REGLA. ¿Cuál?

PABLOTE. ¡Que a mí no me gusta el chocolate! Me comprometieron...

DOÑA REGLA. ¿Le parece a usted? ¡Merecía usted que lo atropellara su propio coche! A la velocidad que usted iba la tarde aquella no de-

ben ir nunca, si acaso, sino los médicos o los bomberos. No saco a nadie más.

OCTAVIO. Yo, señora, tengo que celebrar lo ocurrido de todas maneras, ya que, merced a ello, he reanudado una amistad muy grata.

DOÑA REGLA. ¿Sí?

OCTAVIO. Conocí hace dos años a su sobrina de usted en San Sebastián, y hasta ahora no había vuelto a verla. Y esta casualidad dichosa...

PABLOTE. ¡Dichosa ha dicho!

OCTAVIO. He dicho dichosa, con perdón de los cardenales de su hermano de usted, porque no ha habido mayor desgracia, y porque repito que tengo a dicha haber hallado a su sobrina de nuevo.

DOÑA REGLA. Es usted muy amable.

OCTAVIO. Después de lo cual, señora mía, lo que lamento es no poder prolongar esta visita siquiera un rato más. Tengo necesidad imprescindible de marcharme sin pérdida de tiempo.

DOÑA REGLA. Puesto que es usted amigo de Leopoldina...

OCTAVIO. ¿De quién?

DOÑA REGLA. De Leopoldina.

OCTAVIO. ¡Ah! ¿usted se llama Leopoldina?

LEOPOLDINA. ¡Desde antes de nacer!

OCTAVIO. Estaba yo confundido de nombre.

DOÑA REGLA. Decía que, puesto que es us-

ted amigo de ella, yo le ofrezco esta casa complacidísima. Puede usted venir cuando guste.

OCTAVIO. Muy agradecido.

PABLOTE. Y ¿yo no?

DOÑA REGLA. ¡Claro que usted también!

LEOPOLDINA. ¡No faltaría más!

PABLOTE. ¡Es que si no, había hecho un pan como unas hostias!

Ríen todos.

OCTAVIO. En fin, Pablote...

PABLOTE. A tus órdenes, secretario.

OCTAVIO. *Despidiéndose.* Señora... Octavio Reina... Ya me tomaré la libertad de volver, para saludar y ofrecirme al dueño de la casa, a quien admiro tiempo hace.

DOÑA REGLA. Yo se lo diré así.

PABLOTE. Adiós, señora.

DOÑA REGLA. Adiós, caballero.

OCTAVIO. Leopoldina...

LEOPOLDINA. ¿Se le olvidará a usted el nombre de aquí a otra vez?

OCTAVIO. No es fácil. Ni dejaré pasar tanto tiempo... para que no se olvide usted de mí.

PABLOTE. A sus pies, Leopoldina.

LEOPOLDINA. Beso a usted la mano.

OCTAVIO. Adiós.

LEOPOLDINA. Adiós.

DOÑA REGLA. Adiós, señores.

Se retiran por la derecha Pablote y Octavio.

LEOPOLDINA. *A su tía, apenas los dos vuelven*

la espalda. ¡Ahora le diré a usted lo más gracioso!

DOÑA REGLA. ¿Lo más gracioso?

LEOPOLDINA. Usted lo verá. *Va un poco hacia la derecha y vuelve.* Ya se fueron.

DOÑA REGLA. Es simpático ese muchacho. Y parece fino. ¿Dónde me ha dicho que lo conociste?

LEOPOLDINA. ¡Eso es lo más gracioso! ¡Yo no lo he visto hasta esta tarde! ¡Me ha confundido con Dolores!

DOÑA REGLA. ¿Con tu prima?

LEOPOLDINA. ¡Sí! Por lo visto, habló con ella en San Sebastián una noche, estaría alegrillo, y como nos parecemos tanto Dolores y yo, me ha tomado por ella. ¡Y si no llega a venir tan de prisa, se me declara! ¡Porque me parece un poco inflamable! ¡Y eso sí que hubiera sido un paso! Se lo voy a contar a Obdulia.

DOÑA REGLA. Pero, ¿por qué no lo has sacado de su error, muchacha?

LEOPOLDINA. ¡Porque no he querido ser cruel! ¿Usted sabe?... ¡Después de decirme que él era incapaz de confundir mi belleza con ninguna otra! ¡Se suicida aquí mismo! Y si le añado que la dama de la terraza del Casino está ya casada y tiene dos mellizas, ¡calcule usted! ¡Voy a contárselo a Obdulia, para que se ría!

DOÑA REGLA. Cuéntaselo, sí; que Obdulia lo

creerá sin dificultad, porque es tan sin seso como tú...

LEOPOLDINA. ¡Ja, ja, ja!

Márchase por la derecha riendo, a la vez que llegan, precipitadamente, Estela y doña Lourdes. Ésta se deja caer en la primera silla que encuentra.

ESTELA. ¿De qué se va riendo Leopoldina?

DOÑA REGLA. ¡De que ha estado a punto de recibir una declaración por carambola!

ESTELA. ¿Ah, sí? ¿Y Manolo? ¿No ha venido Manolo?

DOÑA REGLA. ¡Ha ido en tu busca a la Herrería!

ESTELA. Es verdad, que le dije a usted... Pero me arrepentí en Floridablanca y echamos para la estación, por salirle al encuentro.

DOÑA REGLA. Él ha venido en *moto*.

ESTELA. ¿Ha venido en *moto*? ¡Claro! Así no lo he visto. ¡Al diablo se le ocurre! ¡Pues tiene para toda la tarde buscándome a mí en la Herrería!

DOÑA REGLA. Vete tú para allá, mujer. Si no está cansada doña Lourdes.

DOÑA LOURDES. *Con timidez.* No; por mí no...

ESTELA. Nos quedaremos en la carretera. Llegaremos hasta la Fuente nada más. *Doña Lourdes ahoga un suspiro.* Si vuelve ese tonto,

dígaselo usted, tía. En la carretera me tiene. ¿Vamos, doña Lourdes?

DOÑA LOURDES. *Levantándose a duras penas.* Vamos, Estelita. *Entre sí.* ¡Nos quedaremos en la carretera!

Se van por la izquierda, una detrás de otra.

DOÑA REGLA. ¡Qué pareja de tórtolos! Siempre andan así: sin encontrarse. ¡En Las Canteras les dirían “el ratón y el gato”! *A don Beninito, que pasa como una exhalación de izquierda a derecha.* ¿Qué es eso, Beninito?

DON BENITITO. ¡Que viene ahí el famoso Pinilla, y lo voy a detener a la puerta!

DOÑA REGLA. ¿Va usted a decirle que Antolín está en Ávila?

DON BENITITO. No, señora; porque trae *mo-to* y es capaz de plantarse allí. ¡Y es mucho esquinazo! ¡Le diré que está en Covadonga! *Sigue corriendo su camino.*

DOÑA REGLA. ¡Jesús, Jesús!... ¡Qué casa!... ¡Qué vida!... ¡Qué tiempos!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Antesala en casa de don Antolín, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda, en primer término. Al foro, galería de cristales. Muebles elegantes, sin ser lujosos.

Ha pasado el verano. Estamos en una tarde de octubre.

Doña Lourdes, sentada en la galería, muerta de sueño, cabecea leyendo un librito. A primera vista parece que asiente a lo que lee; pero, en realidad, es que se duerme a chorros.

Don Antolín, sin temer que nadie lo importune por el momento, cambia impresiones con don Benitito.

DON ANTOLÍN. ¿Vienes de la calle?

DON BENITITO. Sí, señor.

DON ANTOLÍN. ¿Hace fresco?

DON BENITITO. No. Es un hermoso día. A la puesta del sol sí refrescará.

DON ANTOLÍN. Entonces, mejor se está en casa. No salgo.

DON BENITITO. Pero ¿va usted a seguir en Madrid, y en el mes de octubre, la misma vida de molusco que en El Escorial?

DON ANTOLÍN. No sé qué te sorprende: es la que llevo hace muchos años.

DON BENITITO. Pero extremándola por días, don Antolín.

DON ANTOLÍN. Por horas. A mi edad y circunstancias, la humanidad con quien quiero tratarme la llevo conmigo.

*A mis soledades voy,
de mis soledades vengo...*

DON BENITITO. Pues no hace usted del todo bien; y perdóneme que se lo diga.

A doña Lourdes se le cae al suelo el librito.

DON ANTOLÍN. ¿Qué ha sido?

DON BENITITO. *Mirando a la señora, con lástima.* El librito de doña Lourdes... Se conoce que lo ha terminado y no le gusta. *Se acerca a ella, recoge el librito y trata de hablarle en voz baja; pero la infeliz no lo oye.* Doña Lourdes, doña Lourdes... Sí, sí; a otra puerta. ¡Como de tres días! *Deja el libro a su lado.*

DON ANTOLÍN. ¡Pobre señora!

DON BENITITO. Usted imagine: volvieron anoche de un estreno en el Español a las dos y media de la madrugada; y esta mañana, a las ocho, ya estaban en la calle. Estelita la mata.

DON ANTOLÍN. La mata. ¡Ya lleva dos! Y ¿qué tal resultó el estreno?

DON BENITITO. Parece que muy largo. Un crítico dice que es comedia para leída.

DON ANTOLÍN. ¿Sí, eh? Pues en donde pone *leída* pon tú *desleída*, y acertarás.

DON BENITITO. ¡Je! Otro se mete con el público y dice que no es obra para la masa, sino para elegidos.

DON ANTOLÍN. Y ¿no dice quién los elige?

DON BENITITO. Yo supongo que será el autor. ¡Es lo que le tiene más cuenta!

DON ANTOLÍN. En fin, de buena me libré. Porque Estela quiso llevarme. ¿Llaman al teléfono?

DON BENITITO. Sí. Voy a ver quién es.

DON ANTOLÍN. ¡Cuidado! ¡Yo me he ido a la Moncloa!

DOÑA LOURDES. *Despertando un poco asustada.* ¿A la Moncloa? ¿Ahora a la Moncloa?

DON BENITITO. ¿Eh?

DOÑA LOURDES. ¿Vamos a la Moncloa?

DON BENITITO. *Sonriendo.* No, doña Lourdes, no. Esté usted tranquila.

DOÑA LOURDES. *Disimulando su turbación.* ¿Y mi libro?

DON BENITITO. Ahí lo tiene usted. Voy al teléfono.

DON ANTOLÍN. ¡Cuidado, Benitito!

DON BENITITO. ¡Ya estoy! ¡No necesita usted prevenirme! Si es Chavela, en Valladolid; si es Bellido, en Burgos; si es Pinilla, en Irún.

DON ANTOLÍN. Si es Pinilla, *pásame la frontera.*

DON BENITITO. ¡Inútil todo! ¡Pinilla lo ve a usted! ¡Esto es viejo!

DON ANTOLÍN. ¡Quiá!

DON BENITITO. ¡Es la lucha entre la araña y el mosquito! *Vase hacia la izquierda del actor, por la galería.*

DON ANTOLÍN. ¿Qué libro es ése, doña Lourdes?

DOÑA LOURDES. *Medio despertando de nuevo.* ¿Cómo?

DON ANTOLÍN. ¿Qué libro es ése?

DOÑA LOURDES. Una novela que me ha dado a examinar doña Regla, para saber si pueden leerla las muchachas.

DON ANTOLÍN. ¡Sí podrán leerla!

DOÑA LOURDES. ¡Psché!... Si no les da sueño, como a mí, no veo inconveniente.

DON ANTOLÍN. ¿Cómo se titula?

DOÑA LOURDES. *El robo del ópalo real.*

DON ANTOLÍN. ¡Eso debe de ser interesantísimo!

DOÑA LOURDES. Para las chicas...

Vuelve don Benitito.

DON BENITITO. Era Chavela.

DON ANTOLÍN. Me lo figuraba. ¡Chavela! ¡El genial! ¡El bohemio! ¡Qué hombre ése! ¡Qué cosas las tuyas!

DON BENITITO. Empeñado en que le dé usted hora.

DON ANTOLÍN. ¡Claro! En eso estoy pensando. Tú ¿has leído la carta?

DON BENITITO. No, señor. ¡La sé de memoria sin leerla!

DON ANTOLÍN. Me dice que no le sermonee; que es incorregible; que quiere *vivir su vida*. ¡Genial que es el muchacho! Sólo que yo sé que todos estos que quieren *vivir su vida*, no le pagan a nadie. Y como da la casualidad de que me pide quinientas pesetas, he resuelto que *viva su vida*, pero con dinero de otro.

DON BENITITO. ¡Bastante le ha dado usted ya!

DON ANTOLÍN. ¡Toma! ¡Por eso sé bien que no paga! Voy yo a *vivir la mía*, Benitito. Sablazo que paro, dinero que deposito en una hucha. Será lo más saneado que hereden mis hijas. *Vase por la puerta de la izquierda.*

DON BENITITO. ¡Je! ¡Qué original es este hombre! ¿Ha oído usted, doña Lourdes? *La buena señora da una cabezada.* ¿Ha oído usted? ¡Ca! ¡Si es que está otra vez en brazos de *Orfeo*, como decía el otro! ¿Quién será el autor del librito? *A Estela, que viene por la derecha de la galería.* Pero ¿qué milagro es éste, muñeca? ¿Tú en casa a estas horas?

ESTELA. Hay que ponerse en todo, Benitito. Fui anoche al teatro; he salido esta mañana de

tiendas; he salido a paseo después de almorzar; pienso volver al teatro esta noche... Si ahora salgo también... ¡le da calentura a la tía Regla!

DON BENITITO. Le da. ¡Y no te digo nada de doña Dengues!... *Señala a doña Lourdes.*

ESTELA. De eso no me ocupo. ¡Se duerme en la punta de un sable! Anoche en el estreno nos reímos Hortensia y yo lo que no es para dicho. En un momento de silencio dió un ronquido que fué un aplauso. El único que hubo.

DOÑA LOURDES. *Más en el otro mundo que en éste.* Que estoy despierta, señorita; que me estoy enterando...

ESTELA. Y ¿se ha enterado usted de que no salimos esta tarde?

DOÑA LOURDES. *Levantándose como por resorte.* ¿No salimos?

ESTELA. ¡Ahora es cuando está usted despierta! Leopoldina saldrá con usted. Pero en el coche de Cocó Sánchez Silva, que vendrá por ella para ir al paseo. Podrá usted dormir a sus anchas.

DOÑA LOURDES. *A don Benitito.* ¡Tiene la manía de que me duermo en todas partes!

DON BENITITO. ¡Cosas de chiquilla! ¿Le va usted a hacer caso a este gorgojo?

Sale Leopoldina por la puerta de la izquierda.

LEOPOLDINA. Benitito, ¡la gran noticia! ¡Acabo de dársela a papá!

DON BENITITO. A ver.

LEOPOLDINA. ¡Está firmada la credencial del pobre Calvete!

DON BENITITO. ¿Qué me dices?

LEOPOLDINA. ¡Y nos la van a traer en el acto!

DON BENITITO. ¿De veras? Pero ¿por quién lo sabes?

LEOPOLDINA. ¡Por el secretario del ministro! ¡Nada más! ¿Es buena tinta?

DON BENITITO. ¡No puede ser mejor! ¡Pobre Calvete! ¡Qué me alegro!

DOÑA LOURDES. Y ¡qué alegría en la casa! ¿verdad?

ESTELA. ¡Figúrese usted! ¡Vuelve a funcionar la despensa!

DON BENITITO. ¡Don Antolín estará como loco! ¡Lo quiere como a hermano! Voy, voy a verlo. ¡Pobrecillo Calvete!... *Vase por la puerta de la izquierda.*

ESTELA. ¿De manera que el secretario...?

LEOPOLDINA. Ahí lo tienes, hija. Llamó por teléfono, me pensé yo que sería Cocó, fuí al aparato... y era él.

ESTELA. Eso es suerte.

LEOPOLDINA. ¿Suya o mía?

ESTELA. De los dos. Pero, oye, dime: ¿desde la tarde de El Escorial no has vuelto a verlo?

LEOPOLDINA. A verlo, sí; dos veces, desde lejos; a hablarle, no. Hasta ahora.

ESTELA. Entonces, ¿todavía no sabe a punto fijo con quién está tratando?

LEOPOLDINA. Todavía no lo sabe. Justamente desde San Sebastián me puso una postal hace quince días, recordando la noche aquélla.

ESTELA. ¡La cara de ese hombre cuando le descubras el pastel!

LEOPOLDINA. Hoy mismo voy a verla. Será curiosa. Así que me entregue la credencial, le daré las más cumplidas gracias... en nombre de la prima.

ESTELA. ¡Se te cae de boca! Y ¿qué es lo de Calvete?

LEOPOLDINA. ¿Lo de Calvete? ¡La prueba más clara de que a ese muchacho le gusto! ¡Le gusta Dolores!

ESTELA. ¡Ja, ja, ja!

LEOPOLDINA. En el ministerio se han creado cinco plazas de técnicos... de yo no sé qué; se han presentado cerca de mil solicitudes; pasan de seis mil las recomendaciones, y papá le escribió a Sequeros Miranda, para que no quedase por él, aunque sin esperanza de que una de las brevas le cayera al infeliz Calvete. Pero cátrate tú que ve la carta de papá el secretario; le acusa recibo de su puño y letra en nombre del ministro... y se conoce que dice para sí, como los matadores: "Fuera gente: ahora me luzco yo." ¡Y se ha lucido! ¡Él en persona va a traernos la credencial! A *traérnosla* ha dicho.

ESTELA. A ti... y a papá, claro es.

LEOPOLDINA. ¡Claro como el agua!

ESTELA. ¿No sales, por lo tanto? ¿Cambias de plan?

LEOPOLDINA. ¿Qué he de hacer, criatura? ¡Con esa visita anunciada!

ESTELA. ¡Pues entonces yo también cambio el mío! ¡Quedarnos en casa las dos es una sose-
ra!

El semblante de doña Lourdes se nubla.

LEOPOLDINA. Pero ¿no le escribiste a Manolo que lo esperabas?

ESTELA. Sí; pero se le telefonea que me busque en el cine. *A don Benitito, que vuelve por donde se marchó.* A propósito, Benitito.

DON BENITITO. ¿Qué quieres, reina?

ESTELA. ¿Adónde vas?

DON BENITITO. A casa de Benigno Calvete, a llevarle la grata noticia. ¡Nos ha conmovido a tu padre y a mí! Como que ayer tuvimos carta suya anunciándonos un nuevo servidor. ¡El octavo de la segunda serie!

ESTELA. Pues de paso te llegas al Príncipe Alfonso, y si dan esta tarde la cinta de "Los ojos del enterrado vivo", me tomas tres butacas y las dejas en la taquilla a mi nombre.

DON BENITITO. Se hará como lo pides. ¿Algo más?

ESTELA. Nada más.

DON BENITITO. ¡Poco que me gusta a mí lle-

var buenas noticias! *Se va por la puerta de la derecha, radiante de gozo.*

ESTELA. Doña Lourdes, ya lo ha oído usted. No es en casa, pero la tarde será tranquilita. Voy a arreglarme un poquitín.

LEOPOLDINA. Anda, yo también voy a perfilarme.

ESTELA. Tú con doble motivo. ¡Porque para mí que el secretario te ha flechado!

LEOPOLDINA. No lo sé todavía. Deja que lo vea más despacio y te contestaré. Porque, chica, ¡se me borra la cara!

Se van las dos por la galería hacia la izquierda.

Doña Lourdes vuelve a sentarse.

DOÑA LOURDES. ¡Mi gozo en un pozo! Y ¡menos mal si vamos al *cine*!... Estoy que me caigo... ¡y no lo puedo disimular! A los Carnavales no llego. *Bosteza libremente.* Vamos a hincarle el diente a otro capítulo mientras la niña se compone. *Torna a la lectura, y a los primeros renglones se duerme como antes.* “El barón de Stoc había ido aquel año a Escocia a cazar codornices... La marquesa del Rin había salido para Génova... Pablo Cadillac estaba en California... La pequeña Otilia en su *yacht* de recreo...” ¡Jesús! Me mareo con tanto viaje... Ya no sé

dónde se ha quedado el de las codornices... *Vuelve a cuajarse la infeliz.*

Poco después, por la puerta de la derecha, salen Octavio y Paula. Octavio trae en la mano una gran cartera, donde guarda documentos preciosos. Paula es una doncellita de la casa, de muy buen ver, por de prisa que se la mire.

PAULA. Pase usted aquí, caballero. Avisaré al señor.

OCTAVIO. *A doña Lourdes.* Buenas tardes, señora.

PAULA. ¡Oiga! ¡Se ha dormido! Es la señora que acompaña a las señoritas. *Llamándola.* ¡Doña Lourdes! ¡Señora!

OCTAVIO. Déjela usted.

PAULA. ¡No vaya a soñar en voz alta!

DOÑA LOURDES. *Despertando de pronto y dándose cuenta de la situación.* ¿Eh?... ¿Qué?... Buenas tardes...

OCTAVIO. Muy buenas tardes.

PAULA. Este señorito desea ver al señor.

DOÑA LOURDES. ¡Pues avísale!

PAULA. A eso iba, señora. *Márchase por la puerta de la izquierda.*

DOÑA LOURDES. *Turbada aún.* Lo que no sé es si don Antolín está en casa... Creo haber oído que se iba a la Moncloa... ¿Es usted por casualidad el señor Pinilla?

OCTAVIO. No, señora; no... Acabo de hablar

por teléfono con la mayor de las dos hijas de don Antolín...

DOÑA LOURDES. ¡Ah, sí!

OCTAVIO. Y sé que él está en casa y que se me espera.

DOÑA LOURDES. ¡Sí, sí! Ya me he enterado... ya sé quién es usted. El secretario del señor Sequeros Miranda... Siéntese mientras salen...

OCTAVIO. Muchas gracias, señora.

DOÑA LOURDES. Yo fui muy amiga de la esposa de don Federico.

OCTAVIO. ¡Sí, eh?

DOÑA LOURDES. Sí... ¡En otros tiempos! La piel de tigre que habrá usted visto en el despacho de él, se la trajo mi marido de América.

OCTAVIO. ¡Ah!...

DOÑA LOURDES. ¡Y el loro que se les murió!... ¡Que es raro que se muera un loro! Pero creo que una cocinera le dió una pelotilla de perejil porque le llamaba sisona... Aquí está ya don Antolín.

Sale éste, en efecto, por la puerta de la izquierda. Se ha puesto otras babuchas. Es todo lo que ha podido conseguir Leopoldina. Doña Lourdes, apenas empiezan a hablar él y Octavio, se desvanece por la galería como una sombra.

DON ANTOLÍN. ¡Mi señor don Octavio Reina!

OCTAVIO. ¡Señor mío!

DON ANTOLÍN. ¡No sé cómo expresarle a us-

ted mi agradecimiento! Ya le escribiré a Sequeiros Miranda. Este favor, y la molestia que usted se ha tomado, son inapreciables.

OCTAVIO. Nada de eso... La mejor voluntad...

DON ANTOLÍN. Conozco esa vida de ministros, y sé todo lo que vale una credencial como esta que usted me proporciona. Pero, siéntese.

OCTAVIO. Con mucho gusto. *Entregándole el sobre.* Aquí la tiene usted.

DON ANTOLÍN. ¡Pobre amigo mío! Cae la gracia en persona dignísima, pero harto infortunada. Nació de cabeza... y no ha cambiado de postura. Esto es rocío del cielo, agua de mayo, pan bendito... Dios se lo pague a ustedes.

OCTAVIO. ¡Calle usted, señor don Antolín! Me considero, por mi parte, mucho más que suficientemente pagado con sólo oírlo a usted, y con el honor de hallarme en su presencia... ¡Usted se vende muy carito!

DON ANTOLÍN. ¡Tengo poco que ver!

OCTAVIO. ¡Modestia! ¡modestia! ¡Yo lo admiro a usted hace mucho tiempo!...

DON ANTOLÍN. ¿A mí? Pero ¿hay en mí algo que valga la pena de admirarse?

OCTAVIO. ¿No ha de haber? ¡Infinitas y muy raras virtudes! La primera de todas, esa modestia incomparable.

DON ANTOLÍN. ¡Qué modestia, hombre! Soy oscuro... porque no puedo ser más claro. Ríase

usted de modestias. No estoy en la batalla, porque me da miedo; porque no sirvo. Me asusta el plomo de las balas y el plomo de la letra de molde. En mi casa estoy bien.

OCTAVIO. Eso no lo dudo: la compañía...

DON ANTOLÍN. ¡Ah! Por las chicas lo dice usted. Son cariñosas... son simpáticas... Ya sé que conoce usted a una de ellas...

OCTAVIO. Sí, señor; tuve el placer de conocerla en San Sebastián; y luego, este verano...

DON ANTOLÍN. Sí, sí... Ya he oído comentar en la mesa... *Cambiando de conversación.* ¿Esta credencial le habrá costado a usted un triunfo?

OCTAVIO. ¡Un triunfo! Sin jactancia. Me ha costado hasta disgustos de familia.

DON ANTOLÍN. ¡Hombre! ¡Qué lo siento!

OCTAVIO. No lo sienta usted, porque por encima de todo está la satisfacción que yo tenía en servirle. El ministro me quiere mucho; vió mi interés loco, y se lió la manta a la cabeza por complacerme... y por la persona que lo pedía. Ya está hecho. Pero ¡no quiera usted saber! ¡Uno de los solicitantes ha llevado cien recomendaciones! ¡Desde el Papa hasta mi ama de cría! ¡Horroroso!

DON ANTOLÍN. Sí, sí: me doy cuenta... Mentira parece que por un pedazo de pan... ¡Cómo está la vida! ¿Trabaja mucho Sequeros Miranda?

OCTAVIO. ¡No lo dejan!

DON ANTOLÍN. ¿No lo dejan, eh? ¡Lo de siempre!

OCTAVIO. Si se ocupa del ministerio, es en horas que roba al descanso. En las horas normales juegan materialmente con él. Es de todos. Los periodistas, las comisiones, las conferencias, los banquetes... Ya se descubre alguna estatua, ya se funda algún nuevo centro, ya se entierra un pez gordo, ya se inaugura una Exposición, ya se pone una primera piedra... ¡Y en todo ha de hallarse el ministro! ¡Y ha de retratarse! Sin contar con las Cortes...

DON ANTOLÍN. ¡Friolera!

OCTAVIO. Ese divertido pasatiempo que hay en España.

DON ANTOLÍN. Ese escaparate de pasiones y de intereses, que le cuelgan a la libertad entre sus conquistas. ¡Qué diferencia entre lo vivo y lo pintado!

OCTAVIO. Cierto. Mal recuerdo tiene usted de la Casa.

DON ANTOLÍN. ¡Malísimo! Como que la única vez que, por mis pecados, asomé por allí las narices, pensé: "A mí aquí me silban". Y me salí con ella: me silbaron. ¡Y me alegré luego! Yo no sé templar gaitas, ni hacer comedias, ni engañarme a mí mismo, en el caso mejor. Yo tampoco sé trabajar de prisa, espoleado por la esperanza febril de un triunfo inmediato, más o menos eficaz o legítimo. Yo no sé brindarle to-

ros al *Sol*... que luego le cuestan muy caros al pobre país. Y tal como anda la tramoya, y tal como yo soy, he optado al cabo por quedarme en casa, como Cachupín.

OCTAVIO. Pues es bien sensible. Hombres de su casta necesitamos...

DON ANTOLÍN. ¿Para qué? En política no los hay más inútiles. Hace falta gente de ingenio, de chispa, de travesura, de mala intención, de *muleta*... como dicen ustedes. Cualquiera de éstos coge a uno de los de mi casta, que sea capaz de trabajar seriamente, lo *empitona* y lo manda al *hule*. Notará usted que no olvido el vocabulario.

OCTAVIO. ¡Ja, ja, ja! Pues a veces suena el nombre de usted para combinaciones probables...

DON ANTOLÍN. Sí... lo sé... Pero ¡averigüe usted con qué intención lo echará a volar cada uno! Lo cual no quita que en ocasiones me halague el hecho... y aun me tienta. Sólo que la tentación dura poco. ¡Guarda, que es podenco! ¡Si sobre todos los males corrientes y molientes en la política se padece en España el más peligroso de todos: la fiebre del gobierno nuevo! ¿Para qué voy yo a aceptar ninguna cartera, si alguien me la ofreciese? ¿Para que me sorprenda la crisis sin haber contestado siquiera a las cartas de felicitación?

OCTAVIO. ¡Es usted un gran caricaturista!

DON ANTOLÍN. ¡No es caricatura; es fiel reflejo de la vida política entre nosotros! Vea us-

ted la colección de cualquier diario, y fíjese en los títulos de los artículos de fondo de una semana tomada al azar. Domingo: "Crisis". Lunes: "Nuevo Gobierno". Martes: "Obras son amores..." Miércoles: "Un mal paso". Jueves: "Hacia el abismo". Viernes: "¡De mal en peor!" Sábado: "¿Qué pasa en Cádiz?" Domingo: "Crisis". ¿Usted cree que así puede hacerse nada por un país? ¿Usted cree que un Gobierno debe durar menos que una corbata? Por eso, casi siempre que principia el runrún de crisis, me doy a entonar por lo bajo una cosa que canta mucho mi hija Leopoldina:

*Hagan sus combinaciones,
conmigo no cuenten...*

OCTAVIO. Lo oigo a usted encantado... ¡Hable usted con una sinceridad tan simpática!... Y, sin embargo, los que entramos en la vida ahora, aun reconociendo que todo eso sea como lo pinta usted, y aunque por el momento nos repugne, acabamos por aceptarlo y seguir adelante. Nos acostumbramos a respirar la atmósfera viciada. Es enfermedad de la época. ¿Hay mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo? Pues se hace mal y aprisa, dure lo que dure, ¡y a vivir! La serenidad y el reposo huyeron de este mundo. Si se para usted un instante a reflexionar, lo arrojan los que vienen detrás de usted, que traen

más prisa, más hambre y menos escrúpulos.

DON ANTOLÍN. Evidente, evidente... Por fortuna, yo puedo caminar despacito por mi cuesta abajo...

¡Oh siglo del frangollo y del cemento!...

Así empezaba una epístola en verso que le dirigí a un camarada mío que vive en Londres. ¿Usted no conoce mi folletito titulado *La vida apri-sa?*

OCTAVIO. No, señor.

DON ANTOLÍN. Hombre, pues le voy a dar a usted un ejemplar... ¡para que no lo lea, porque no tendrá tiempo! ¡Pero algo he de hacer con la edición!

OCTAVIO. Descuide usted, que no me faltará ocasión de leerlo. Yo la buscaré.

DON ANTOLÍN. Es cosa ligera, no se piense... Cuatro chuscadas sobre esta excitación morbosa que aniquila a los hombres modernos... La vida, tan sabrosa, no se saborea... La naturaleza, tan hermosa, no se ve ni se ama... No existe, por nada ni ante nada, la delectación espiritual... Sostengo, a mi modo, que una cosa son la actividad y la diligencia, y otra muy distinta la prisa. Y por ahí adelante. Aconsejo a la juventud que no se extravíe en mil veredas, sino que encauce su poder y su agilidad hacia una sola cosa... Vejece de un loro, como me llama la fa-

milia, porque le doy un picotazo a todo el que se acerca a mi jaula... ¡Je! Y concluyo con la afirmación de que así como la excesiva temperatura en el cuerpo no es salud, sino fiebre, la vida así, más que civilización, es barbarie. En fin, ya usted verá... Venga a mi despacho.

OCTAVIO. ¡Complacidísimo!

DON ANTOLÍN. Le enseñaré algunos recuerdos muy curiosos...

OCTAVIO. Sí, señor.

DON ANTOLÍN. Es decir, ¡si no tiene usted mucha prisa!

OCTAVIO. ¡Aunque la tenga!

DON ANTOLÍN. Entonces, entre usted.

Sale por la puerta de la izquierda Leopoldina, a tiempo que van a marcharse por ella don Antolín y Octavio.

OCTAVIO. ¡Leopoldina! ¿Cómo está usted?

LEOPOLDINA. ¡Señor secretario! ¡Tanto bueno por esta casa!

OCTAVIO. ¡Y tanto! ¡y tanto!

DON ANTOLÍN. Dispensa ahora, nenita. Me lo llevo a mi despacho un segundo. Pase usted, Octavio.

OCTAVIO. Gracias. Perdón, Leopoldina.

DON ANTOLÍN. No es más que un segundo.

Se van los dos. Leopoldina mira curiosamente a Octavio mientras se aleja. Luego exclama:

LEOPOLDINA. ¡Creí que era más moreno!...

¡Y más alto! ¿Será éste también un primo suyo?

Por la izquierda de la galería vuelven Estela y doña Lourdes, camino de la calle.

ESTELA. Chica, pero ¿hablas sola?

LEOPOLDINA. Mis motivos tengo.

ESTELA. ¿Tan pronto?

LEOPOLDINA. Calla, que está ahí. Es que me ha dado un chasco: lo recordaba más alto y más moreno.

ESTELA. Y qué, ¿no te gusta?

LEOPOLDINA. Me ha desconcertado un poquillo. ¡Se me va la cara de este hombre! ¡Acabo de verlo, y ya no sé cómo tiene la nariz!

DOÑA LOURDES. Dibújela usted luego en un papelito...

LEOPOLDINA. ¡Mira doña Lourdes, qué graciosa!

ESTELA. Es que va contenta, porque no me la llevo a andar, sino al *cine*. ¡Ah! Ya se me olvidaba. Cuando venga Manolo dile que estoy allí: en el Príncipe Alfonso. Él ya sabe: en la taquilla quedará la butaca. Hasta luego.

DOÑA LOURDES. Hasta luego. Y hágame usted caso en lo del dibujito...

LEOPOLDINA. ¡Vaya!

DOÑA LOURDES. ¿Sabe usted a quién se da un aire ese muchacho?

LEOPOLDINA. ¿A quién?

DOÑA LOURDES. Al hijo de don Gervasio Reina.

LEOPOLDINA. ¡Si es él!

DOÑA LOURDES. ¿Es él? ¡Así decía yo que me lo recordaba!

ESTELA. ¡Doña Lourdes, que llegamos tarde!

DOÑA LOURDES. Ya voy, ya voy.

Vase con Estela por la puerta de la derecha.

LEOPOLDINA. *Cómicamente preocupada.* ¿Cómo tiene la nariz ese hombre?... ¡Jesús, qué fatiga!

Vuelve a salir Octavio.

OCTAVIO. Su papá de usted me está dedicando uno de sus libros...

LEOPOLDINA. ¿Cuál? ¿*La vida aprisa*?

OCTAVIO. Ese; sí. Porque hemos estado charlando de este torbellino que nos arrastra a todos.

LEOPOLDINA. Su manía y la de tía Regla.

OCTAVIO. Con razón que les sobra.

LEOPOLDINA. Bueno, señor secretario, yo le debo a usted un montón de gracias.

OCTAVIO. ¿Pues?

LEOPOLDINA. ¿Quiere usted que le regale el oído?

OCTAVIO. ¡Ah! ¡Por la credencial!... No hable usted de eso, Leopoldina: el favor me lo han hecho ustedes a mí. Además, ¡la primera cosa

que le pedía su padre de usted a *mi* ministro!... Y eso que, las cartas boca arriba, le confieso a usted ingenuamente que mucho más que el prestigio del padre, con ser tanto, ha podido en este caso la cara de la hija.

LEOPOLDINA. Sabía que iba usted a tocar esa tecla. ¡Qué cortesano es usted! ¡Qué político!

OCTAVIO. Y ¿por político y por cortesano digo eso nada más?

LEOPOLDINA. Nada más.

OCTAVIO. ¡Entonces es que usted no sabe lo bonita que es!

LEOPOLDINA. Deje usted mi belleza.

OCTAVIO. No puedo. Desde San Sebastián... no puedo.

LEOPOLDINA. *Sonriéndose.* ¿Desde San Sebastián?

OCTAVIO. Y desde El Escorial más tarde.

LEOPOLDINA. ¡Pues, hombre, parece mentira!

OCTAVIO. ¿Por qué?

LEOPOLDINA. Porque, más que buscarme, se diría que huye usted de mí.

OCTAVIO. ¡Jesús, qué herejía!

LEOPOLDINA. A las pruebas me remito, Octavio. Desde El Escorial hasta ahora... nos hemos visto de lejos, y gracias.

OCTAVIO. ¡Ah! Bien dice usted. Pero no culpe a mi voluntad, sino al pícaro ambiente. Va a haber que renegar de esta vida inquieta.

LEOPOLDINA. Nada, nada; pretextos, excu-

sas. No reniegue usted de esta vida, que es muy agradable. Querer es poder... ¿No ha venido usted hoy?

OCTAVIO. Y ¿usted sabe por qué milagro he logrado venir?

LEOPOLDINA. Deje usted también esa posturita del hombre archimultiplicado, que ya como disculpa no sirve. Cuando se quiere ver a una amiga—sobre todo si nos ha impresionado tanto—, se la ve. Ahí tiene usted al gran Pablote. Me ha buscado y me ha visto cien veces.

OCTAVIO. Tiene poco que hacer.

LEOPOLDINA. Y no me ha dejado el hombre en paz... hasta que le di calabazas.

OCTAVIO. ¿Cómo? Pero ¿ha tenido la osadía...? ¡Qué bruto!

LEOPOLDINA. ¿Bruto? ¿Por qué? ¡Un hombre con ese automóvil va a todas partes!

OCTAVIO. Eso sí. Ahora, que no a todas partes se llega a tiempo.

LEOPOLDINA. ¡Claro! De eso se queja él medio en broma. Dice que desde que usa un coche que corre tanto, llega siempre tarde.

OCTAVIO. *Llevándose una mano a la nariz.* ¿Tengo algo en la nariz, Leopoldina?

LEOPOLDINA. No...

OCTAVIO. Me estaba pareciendo que se fijaba usted...

LEOPOLDINA. Hombre, le miro a usted a la cara; y ¡como en medio está la nariz!...

OCTAVIO. ¡Naturalmente! ¡Ja, ja, ja!

LEOPOLDINA. ¡Ja, ja, ja!

Rien los dos, contentos, viendo crecer mutuamente la simpatía. Pero sale don Antolín, credencial en mano, a aguarles la fiesta.

DON ANTOLÍN. Amigo Octavio.

OCTAVIO. ¡Señor don Antolín!

DON ANTOLÍN. Usted no ha visto la credencial que me trae.

OCTAVIO. ¿Cómo?

DON ANTOLÍN. Por fuerza se trata de un error.. No está extendida a nombre de mi amigo.

OCTAVIO. *Sobresaltado.* ¿Qué me dice?

DON ANTOLÍN. Véalo: Don Juan Manuel Sepúlveda y Coca. No tengo el honor de conocerlo.

OCTAVIO. ¡Caray! ¿Que no es éste su recomendado de usted?

DON ANTOLÍN. No, señor.

OCTAVIO. Pues ¿cómo se llama?

DON ANTOLÍN. Benigno Calvete de la Paz.

OCTAVIO. De la Paz. ¡Buena paz nos dé Dios! Es la primera vez que lo oigo.

DON ANTOLÍN. ¿Es posible?

LEOPOLDINA. Pero ¿es posible, Octavio?

OCTAVIO. ¡Y tan posible! ¡No me lo explico! No sé lo que es esto. Ayer mismo vi yo las fichas, cuando se extendieron las cinco credenciales. Y la de usted decía: "Don Juan Manuel

Sepúlveda y Coca. Recomendante: Don Antolín de la Huerta." ;No me lo explico!

DON ANTOLÍN. ;Adiós mi dinero!

LEOPOLDINA. ;Pobrecillo Calvete!

OCTAVIO. No, no, Leopoldina. Esto no queda así.

DON ANTOLÍN. ;Tiene mala estrella ese hombre!

OCTAVIO. ;No queda así esto, don Antolín! ;Faltaría otra cosa! ;Es la plancha mayor que he hecho yo en mi vida, y soy una especialidad! ;No queda así esto! ;Ese señor Calvete tiene plaza! Digo, a no ser que ya se hayan repartido las otras credenciales... ;Hay aquí teléfono?

LEOPOLDINA. ;No recuerda usted que ha hablado conmigo?

OCTAVIO. Es verdad. ;Quiere usted acompañarme, don Antolín?

DON ANTOLÍN. ;Cómo no?

OCTAVIO. Y no se preocupen ustedes. Su amigo se coloca. Si no en ese destino, en otro. ;Porque de esta hecha alguien queda cesante en la secretaría! ;Vamos al teléfono?

DON ANTOLÍN. Vamos.

Se van a escape por la galería, hacia la izquierda.

LEOPOLDINA. ;Qué rabia! ;Demonio de equivocación! Con lo bien que iba ya el palique... ;Este chico se equivoca mucho! ;Y aún no sabe la que le espera! ;Esa sí que es gorda!

Llega por la puerta de la derecha don Benitito, muy risueño.

DON BENITITO. ¡Hola, perla oriental!

LEOPOLDINA. ¡Hola, Benitito! Traes cara de Pascuas.

DON BENITITO. Contento que estoy. ¡Figúrate: vengo de casa de Calvete!...

LEOPOLDINA. ¡Jesús!

DON BENITITO. ¡Y he presenciado un cuadro de júbilo indescriptible! Ha llorado Calvete, ha llorado la mujer, ha llorado la suegra, han saltado los chicos, me han besado a mí en todas partes... ¡Un paso de comedia! Y les he dejado dos durillos para que celebren la cosa. ¿Qué menos? ¡Pobre gente!

LEOPOLDINA. ¡Ay, Benitito, eres un santo! ¡Pero tú no sabes lo que ocurre!

DON BENITITO. ¿Qué ocurre?

LEOPOLDINA. ¡Pues que en el ministerio ha habido una equivocación, y a estas horas está la credencial de Calvete en el aire!

DON BENITITO. ¡Chica!

LEOPOLDINA. Así, así.

DON BENITITO. ¡Qué cataclismo! ¡Se mueren todos del disgusto! ¿Para qué iría yo tan aprisa? ¡Me ha perdido mi buen deseo!

Tornan don Antolín y Octavio, agitadísimos.

OCTAVIO. *A Leopoldina.* Lo peor de todo; lo que yo me temía: las credenciales se han repartido ya, y ninguna es para Calvete.

DON BENITITO. ¡Horror!

OCTAVIO. *Reparando en él.* Buenas tardes.

DON BENITITO. Buenas tardes.

OCTAVIO. ¡Y han salido las cartas a todos los recomendantes diciéndoles que están complacidos! ¡Un desastre! ¡Una bomba!

LEOPOLDINA. ¡Vaya por Dios!

OCTAVIO. Por supuesto, como haya aquí lo que ya presumo, una traición de escaleras abajo, lo que voy a decir en el ministerio lo van a oír ustedes desde aquí.

DON ANTOLÍN. No se excite usted demasiado.

OCTAVIO. ¡Es que me va por la cabeza que uno de la casa estaba empeñado en favorecer a ese Sepúlveda y en jugármela a mí de puño! ¡No sabe quién soy yo!... Perdonen ustedes... Estoy un poco fuera de mis casillas... *Guarda en la cartera la credencial, contrariado y nervioso.* Voy allá.

DON ANTOLÍN. ¿No iba usted antes a enviar dos letras...?

OCTAVIO. ¡Ah, sí!

DON ANTOLÍN. Este amigo las llevará en un soplo.

DON BENITITO. ¡Desde luego!

Octavio escribe febrilmente con pluma estilográfica en una tarjeta suya.

DON ANTOLÍN. ¡Mira que es sombra la de ese desgraciado!

DON BENITITO. ¡Oh! ¡De higuera negra!

OCTAVIO. Un sobre, ¿quién me da?

DON BENITITO. *Dándole uno de su cartera.*
¡Como éste! Yo llevo siempre a prevención.

OCTAVIO. Gracias. *Escribe.* Si no está el señor en su casa, que lo busquen.

DON BENITITO. Lo buscaré yo mismo.

OCTAVIO. Mejor será. Ahí tiene.

DON BENITITO. Pierda usted cuidado.

OCTAVIO. A escape, ¿eh?

DON ANTOLÍN. Toma un coche.

DON BENITITO. Voy primero por mi paraguas, que empieza a chispear. *Vase corriendo por la galería, hacia la izquierda.*

OCTAVIO. Adiós, Leopoldina...

LEOPOLDINA. ¡Cuánto siento todas estas molestias!...

OCTAVIO. ¡El que la armó, que la desarme! Les repito que no se preocupen. Yo estoy aquí dentro de diez minutos con la solución. Tengo abajo el *auto*. Hasta luego.

LEOPOLDINA. Adiós.

DON ANTOLÍN. Y un millón de gracias.

OCTAVIO. ¿Por aquí?

DON ANTOLÍN. Por aquí.

Se van por la puerta de la derecha.

LEOPOLDINA. *Dando rienda suelta a sus nervios.* ¿Le parece a usted? ¡Todo se conjura contra nosotros! ¿Es que no voy a poder hablar diez palabras seguidas con ese muchacho? ¿Es que

no voy a poder decirle hoy tampoco que no está enamorado de mí, sino de mi prima? ¡Jesús! ¡Qué nerviosa me ha puesto el dichoso asunto! Pero ¡qué nerviosa! ¡Yo estoy muy nerviosa!... ¡Yo voy a asomarme al balcón a que me dé el aire!...

Va a irse por la izquierda de la galería, cuando por la puerta de la derecha viene doña Regla, un tanto sorprendida por lo que ha visto y lo que ve.

DOÑA REGLA. ¿Tú también, Leopoldina?

LEOPOLDINA. *Volviéndose un momento a ella.*
¿Cómo?

DOÑA REGLA. ¿Qué pasa aquí, que todo el mundo está revuelto? Ese muchacho iba sin ver: tropezó conmigo; se llevaba un sombrero que no era el suyo... Tu padre lo ha despedido haciendo mil visajes... Tú pareces loca... ¿Qué pasa?

LEOPOLDINA. ¡Que se lo cuente a usted papá, que yo necesito tomar aire en seguida! *Sigue su camino y desaparece.*

DOÑA REGLA. ¡Criatura!... ¿No digo? ¿Qué habrá sido ello? *A don Antolín, que cruza de la puerta de la derecha a la de la izquierda.* Oye, Antolín, ¿quieres decirme qué sucede?

DON ANTOLÍN. Ahora vengo; ahora te contaré. ¡Consecuencias de este desbarajuste en que vivimos! *Vase.*

DOÑA REGLA. Ya, ya. *A don Benitito, que vuelve con su paraguas por donde se marchó, y*

pasa corriendo hacia la derecha. ¿Adónde va usted?

DON BENITITO. *Parándose asustado.* ¿Qué?

DOÑA REGLA. Que ¿adónde va usted tan apri-
sa, con paraguas y sin sombrero?

DON BENITITO. El sombrero lo tengo en el
vestíbulo, señora; pero yo no sé adónde voy.

DOÑA REGLA. ¡Pues cuando no sabe uno adón-
de va, no necesita correr tanto!

DON BENITITO. Iba a ver si cogía por los pe-
los al señor de Reina.

DOÑA REGLA. ¡Al señor de Reina un galgo
no lo alcanza!

DON BENITITO. Calcule usted que me ha dado
esta tarjetita para que la lleve a escape a su des-
tino, ¡y no entiendo la dirección! ¿Qué dice aquí?
¿Castellón, Castellar, Castilla o Castellana? ¡Y
tampoco entiendo el apellido del sujeto! ¡Claro
no veo más que el número 9! ¡Lleve usted volan-
do una carta en Madrid al número 9!

DOÑA REGLA. ¡La manera de hacer las cosas,
señor! ¡Luego dicen que una está en el siglo pasa-
do! En cuanto yo vi que ese joven es de los que
llevan el tintero asomado al bolsillo del chaleco,
dije para mí: "Este no hace nada a derechas."
¡El tintero se tiene en la mesa del escritorio, que
es donde deben escribirse las cartas!

Aparece Paula por la izquierda de la galería.

PAULA. Pregunta el señorito don Manolo por
teléfono...

DON BENITITO. ¿Quién es el señorito don Manolo?

DOÑA REGLA. ¡El novio de Estela será! ¡Usted también!

PAULA. Sí, señora. Pregunta que dónde podría él encontrar ahora mismo a la señorita.

DOÑA REGLA. Dile que aquí; que esta tarde no sale de casa.

DON BENITITO. ¿Cómo que no sale, si está en el *cine*?

DOÑA REGLA. ¿Qué está en el *cine*?

DON BENITITO. ¡Se ha ido con doña Lourdes!

DOÑA REGLA. Pero ¡si me dijo que iba a quedarse!

DON BENITITO. ¡Pues no se ha quedado!

DOÑA REGLA. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Dichoso *cine*!

DON BENITITO. *A Paula.* Contéstele usted al señorito Manolo que en la taquilla del Príncipe Alfonso hay una butaca para él, reservada a nombre de la señorita; y que si la señorita no ha cambiado de parecer en el camino, allí debe de estar esperándolo.

PAULA. Muy bien. *Se retira.*

DOÑA REGLA. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué Estela y qué Manolo! ¿Se verán un día seguido cuando se casen?

DON BENITITO. ¡Je! Eso tiene gracia. En fin, no me entretengo más. Hasta luego.

DOÑA REGLA. Hasta luego.

DON BENITITO. ¡Voy al número 9! *Vase por la puerta de la derecha.*

DOÑA REGLA. ¡Señor, qué barullo! En cuanto salgo de mi habitación, me descomponen entre todos. ¡Qué atropellarse! ¡Qué jaleo! Y ¡qué de timbres suenan en esta casa! ¡Yo oigo los de todos los pisos! Dios me dé resistencia. Voy a ver si Antolín me dice... .

En la puerta de la derecha aparece, a detener a doña Regla de improviso, el temido Pinilla, hombre entrometido y charlatán.

PINILLA. ¿Se puede?

DOÑA REGLA. ¿Quién?

PINILLA. Servidor, señora. Me presento aquí sin aviso previo, porque ha coincidido mi llegada con la salida del secretario. Disculpe usted la libertad. ¿Usted es la señora hermana de don Antolín?

DOÑA REGLA. La misma.

PINILLA. Yo quisiera que usted me dispensase el honor de escucharme cinco minutos. ¡Dos minutos!

DOÑA REGLA. Siéntese usted.

PINILLA. Mil gracias. ¿Usted no me conoce?

DOÑA REGLA. No, señor; no tengo ese gusto.

PINILLA. Pinilla. Estanislao Pinilla. De seguro me habrá usted oído nombrar en la casa.

DOÑA REGLA. Eso sí; mucho. Y con gran afecto.

PINILLA. Es favor.

DOÑA REGLA. Pues... a Antolín lo tenemos fuera.

PINILLA. Sí; ya me lo ha dicho el secretario. ¿Dónde está?

DOÑA REGLA. En Alhama.

PINILLA. ¿En Alhama?

DOÑA REGLA. Alhama de Aragón. En cuanto entra el otoño empieza a resentirse de su reuma...

PINILLA. ¿Es artrítico?

Sale en esto por la puerta de la izquierda don Antolín, sin sospechar, es claro, el abismo en que cae, y decidido a charlar con su hermana de la credencial de Calvete.

DON ANTOLÍN. ¡Pues verás, Regla, el belén que se ha armado!

Al ver a Pinilla se queda en la postura que le coge.

Doña Regla se pone colorada como un pavo y no sabe dónde ir. Pinilla se levanta, sonríe tragándose la partida y es dichoso.

PINILLA. ¡Señor de la Huerta!

DON ANTOLÍN. ¡Ca... caballero Pinilla! ¡No sabía que estaba usted aquí!

PINILLA. Ni yo que estaba usted ahí... ¡Aunque lo presumía! ¡Je! *A doña Regla.* Señora, no se turbe usted ni se ruborice... Su hermano de

usted me huye cielo y tierra, y yo sé ponerme en las cosas. Conozco sus mañas. ¡Sé bien todo lo que viaja don Antolín!... Ahora mismo me ha dicho la portera que estaba en Pamplona; el secretario que en Teruel... y usted que en Alhama. ¡Je!

DON ANTOLÍN. Usted me perdona, ¿verdad? ¡Tengo tanto trabajo siempre!... Me encierro en mi concha... y a la gente algo hay que decirle.

PINILLA. ¡A mí no necesita usted darme explicaciones! ¡A mí me echa usted de su casa a escobazos, y eso no influye en la opinión que de usted tengo! Para mí será usted siempre el político austero, el pensador insigne...

DON ANTOLÍN. ¡Ave María!

PINILLA. El recto catedrático, el literato excelso, el padre amantísimo... Más que un hombre, un dios.

DON ANTOLÍN. ¡Pinilla! ¡Un dios!

PINILLA. ¡Un dios!

DOÑA REGLA. ¿Lo dice usted porque está en todas partes?

PINILLA. ¡Je! ¡Lo digo... por lo que lo digo!...

DON ANTOLÍN. Siéntese usted.

PINILLA. No, señor; no me siento. Mil gracias. Usted está en las termas... y no lo quiero importunar. Por más que lo mismo se importuna sentado que de pie. Me sentaré un instante. Un

segundo. Figúrese usted: ¡no vengo más que por un sí, como los pretendientes amorosos!

DON ANTOLÍN. Pues lo siento mucho, amigo Pinilla; pero le voy a dar a usted calabazas.

PINILLA. ¡Imposible! ¡No me voy sin el sí!

DON ANTOLÍN. ¡Canario!

PINILLA. ¡No me voy!

DON ANTOLÍN. Pero, mi querido Pinilla: usted, en su entusiasmo por el seguro de vida, no ha meditado que un viejo como yo no tiene ya por qué asegurarse. ¡Los jóvenes, los jóvenes que se aseguren!

PINILLA. ¡Error crasísimo, señor don Antolín!—con respeto a su claro talento, esta vez ofuscado. ¡El seguro es necesidad inexcusable de los hombres modernos! ¡Inexcusable! Negociantes, toreros, artistas... Ahora mismo vengo de asegurar a Galo Carralero.

DON ANTOLÍN. ¿A Galo Carralero?... No sé...

PINILLA. Sí; ese pintor nuevo que estaba de moda el domingo. ¡Lo convencí en el acto! Ya digo: la vida del hombre actual pende de un cabello. ¡Se vive de milagro!

DOÑA REGLA. ¡De milagro!

PINILLA. ¿Usted ve? Su discretísima señora hermana asiente, con una espontaneidad que no hay que comentarla. De milagro se vive, don Antolín. Nos sigue el peligro como la sombra al cuerpo. El progreso material había de tener, al

lado de tantas ventajas, algún inconveniente. Y no en lo anormal, no: ¡en lo cotidiano! Usted sale a la calle y no está seguro de que no lo atropelle y lo mate un *auto*, un camión, una *moto*, un tranvía... Usted se sube a un ascensor y no sabe si va a llegar entero al segundo piso.

DOÑA REGLA. ¡Cállese usted, hombre!

PINILLA. ¡No, señora; si aquí entra el agente! Está usted asegurado; tiene usted la desgracia de estrellarse en el ascensor: no importa. ¡De algo hay que morir! ¡Usted le deja a su familia veinte mil duros! ¡treinta mil duros! ¡cincuenta mil duros! ¡Esto es muy bonito! ¿No es esto muy bonito?

DON ANTOLÍN. ¿Muy bonito, Pinilla?

PINILLA. ¡Muy bonito! ¿Está usted conmi-go, señora?

DOÑA REGLA. En eso, no. ¡Porque yo no me subo en un ascensor aunque me hagan tiras!

PINILLA. ¿No, eh? ¡Donoso argumento! Eso podrá usted pensarlo, señora mía, en Las Canteras, donde las casas no pasan de dos pisos; pero ¿qué hace usted si está en Nueva York y una amiga suya vive en un rascacielos? ¿Qué hace usted?

DOÑA REGLA. ¡Ah! Decirle que baje. Yo no subo.

PINILLA. ¡Ja, ja, ja! ¡Condena usted los ascensores! De todos modos ese argumento es recusable. Aunque usted no suba, sube su herma-

no, suben sus hijas, subo yo, ¡sube todo el mundo! Los ascensores no dejan de existir. Además, usted acabará por vencer esa repugnancia, y no sólo utilizará los ascensores...

DOÑA REGLA. ¡Quíá!

PINILLA. Sino que aceptará todas las ventajas y comodidades que debemos a la civilización. ¡Hasta la basura va ya en *auto*! ¡Bendita sea la civilización! Yo me prometo verla a usted algún día rodando a noventa por hora.

DOÑA REGLA. Usted no me conoce.

PINILLA. ¡Si yo opinaba igual que usted, hace quince años, y hoy tengo una motocicleta... y ayer volé sobre Madrid!

DON ANTOLÍN. ¿Voló usted, Pinilla? ¡No lo vimos!

PINILLA. ¡Desde Alhama es difícil, señor don Antolín! Pero volé, volé. Y le juro a usted por mis hijos...

DOÑA REGLA. ¡No jure usted por sus hijos, hombre de Dios!

PINILLA. ¡Si no tengo ninguno! ¡Los comprometo para cuando me case! Le juro a usted, decía, que allá en las alturas, en el aeroplano, pasé menos miedo del que paso a las seis de la tarde en la Puerta del Sol; sobre todo si he de tomar algún tranvía.

DOÑA REGLA. Eso sí estaba por creerlo.

PINILLA. ¿Leyó usted el folleto que le dejé y mis observaciones?

DON ANTOLÍN. Sí, señor; todo lo he leído. Pero, a la verdad, sin interés, sin propósito de entrar en ello...

PINILLA. Pero ¿por qué, admirado don Antolín? ;Yo he de infundirle a usted mi enorme confianza en el seguro! ;Un hombre de su capacidad mental es imposible que deje de reconocer las infinitas ventajas que reporta en todos los casos!

DON ANTOLÍN. ¿En todos los casos?

PINILLA. ;En todos absolutamente! Sé por dónde va usted: por las restricciones. ¿A que sí? Usted convendrá conmigo en que es una sola, y en que está razonada: el suicidio. Pero ;usted no se va a suicidar!

DON ANTOLÍN. Hombre, no sé; no sé... A veces me dan ganas... ;Claro que llevándome a alguno por delante!

PINILLA. ;Está bien! ;está bien!... ;Siento la zarpa del satírico!... ;Está bien! Pero, a un lado bromas, sólo ante la eventualidad del suicidio hace sus salvedades la Compañía. ;Y es muy natural! Podría darse el caso de algún fresco que se asegurara con el suicidio preconcebido. Me aseguro hoy en medio millón, por la noche me pego un tiro en la cabeza y ;a cobrar la familia! ;No; eso no! En cambio, se asegura usted pasado mañana, transcurre un año—;un año sólo, que se va en diez minutos!—y al día siguiente se puede us-

ted suicidar con toda confianza. ¡La familia cobra! ¡Esto es precioso!

DOÑA REGLA. ¡Precioso!

PINILLA. ¿Verdad que lo es? Y le podría citar a usted, señora, infinidad de ejemplos bonitísimos. Pero no quiero hacerme pesado. Aunque estoy harto de saber que en muchos hogares donde se me teme como al cólera y se me recibe como pelma, luego se me ensalza y se me bendice. ¡Soy la visión del porvenir; la tranquilidad del porvenir, señora! No incomodo más. Don Antolín está muy callado y eso es que quiere que me vaya.

DON ANTOLÍN. No...

PINILLA. ¿Cuándo almorzamos juntos?

DON ANTOLÍN. ¿Eh?

PINILLA. ¿Cuándo me dispensa usted el honor de almorzar conmigo?

DON ANTOLÍN. *Pensando que a enemigo que huye, puente de plata.* Cuando usted quiera.

PINILLA. ¿De verdad?

DON ANTOLÍN. ¡Cuando usted quiera!

PINILLA. Pues el domingo próximo. Yo le telefonaré a usted oportunamente donde hemos de ir. Ritz, Palace, Casino, Tournié, Burgaleses... Elegiremos bien.

DON ANTOLÍN. ¡Magnífico!

PINILLA. Y hablaremos a nuestro sabor de todas estas cosas. No le propondré a usted más

que tres seguros. Uno, para caso de muerte de usted, muy bonito.

DON ANTOLÍN. ¡A mí no me gusta, desde ahora!

PINILLA. ¡Je! *A doña Regla.* ¡Tiene buena sombra su hermano! Otro, de distinta índole, para caso de incendio de esta casa. Le conviene a usted mucho. Y otro, que es lo más bonito de los tres, para el caso de que sus hijas se queden solteras.

DOÑA REGLA. ¡Ah, no; eso no! ¡Solteras no se quedan!

PINILLA. El lenguaje del agente, señora, repele la galantería. Yo, sin embargo, deseo y espero que se casen pronto las dos.

DON ANTOLÍN. ¿Para asegurar a los maridos?

PINILLA. ¡Justamente! ¿Conque hasta el domingo, don Antolín?

DON ANTOLÍN. ¡Hasta el domingo!

PINILLA. Agradecidísimo y honradísimo de antemano. Señora...

DOÑA REGLA. Adiós, señor Pinilla.

DON ANTOLÍN. No salgo con usted, porque acaban de llamar a la puerta... ¡y estoy en Alhama!

PINILLA. Aunque así no fuera, yo desde luego me opondría. Servidor. Buenas tardes. *Se va por la puerta de la derecha.*

DON ANTOLÍN. *Abriéndole su pecho a la hermana.* ¡Almuerza sólo!

DOÑA REGLA. ¿Qué me vas a decir a mí? Por cierto que este hombre haría muchísimos más seguros si se valiera de sus parientes para los ejemplos. Pero esto de: “Usted se muere”... “Usted se mata”... “A usted lo coge el tren”... ¡No hay quien lo oiga en paciencia!

DON ANTOLÍN. ¡Añadiéndote además que es precioso! *Desde la puerta por donde se ha ido Pinilla.* ¿Está hablando con alguien?

DOÑA REGLA. ¡De fijo! ¡Con el que haya llegado!

DON ANTOLÍN. ¿Lo querrá asegurar también? ¡Hasta las visitas! Yo, por lo pronto, voy a asegurarme la fuga. ¡A mí no me coge el que sea! Ven y te enteraré... *Vase huyendo por la puerta de la izquierda.*

DOÑA REGLA. ¡Demonio de hombre! Y ahora ¿quién será? Esa doncella que tenemos para la puerta es tonta. *A Octavio, que en este momento sale por la puerta de la derecha.* ¡Ah, señor de Reina!

OCTAVIO. ¡Señora! Ignoraba que padeciesen ustedes también a este sinapismo de Pinilla.

DOÑA REGLA. Pues sí, señor; lo padecemos. Acaba de explayarse aquí.

OCTAVIO. A mí se me ha agarrado como una sanguijuela y no me lo arranco ni a tirones. Se ha empeñado en asegurarme la vida al ministro.

¡Si fuese la cartera! Pero, a cuenta del seguro de vida, ¡me dá unas tabarras de bombas y atentados!...

DOÑA REGLA. Y todo muy bonito, ¿verdad?

OCTAVIO. Eso dice él. “¡Esto es precioso!”

Viene Leopoldina por donde antes se fué.

LEOPOLDINA. ¿Ya de vuelta? Lo he visto a usted desde el balcón.

OCTAVIO. Sólo dos minutos. He de irme otra vez en seguida.

LEOPOLDINA. ¡Pero, hombre!

OCTAVIO. Vengo a tranquilizar a ustedes nada más. He preferido venir, aunque sea así, como un relámpago, a hablar por teléfono. El error padecido no tiene compostura.

LEOPOLDINA. ¿No?

OCTAVIO. ¡Se han dado unas prisas en repartir las credenciales!...

DOÑA REGLA. ¡Ya salieron las prisas!

OCTAVIO. El ministro ha puesto el grito en el cielo. Lo ocurrido es, sencillamente, que en la carta de su papá de usted se metió la nota equivocada. Sin mala intención, según creo; pero ya se hizo mal la ficha. Y esto ha sido todo. ¿Está ahí en el despacho su papá?

LEOPOLDINA. Sí; de seguro.

OCTAVIO. Pues voy a darle estas explicaciones y a ofrecerle, en nombre de mi jefe y en el

mío, que el señor Calvete tendrá un destino antes de fin de mes. Mejor que el que pierde, a ser posible. Yo estoy volado, Leopoldina; estoy contrariadísimo; pero ya no hay otro remedio.

LEOPOLDINA. ¡Qué le hemos de hacer! Gracias a usted, siempre. Siéntese usted aunque sea un rato...

OCTAVIO. No puedo, amiga mía. Por fuerza he de marcharme ahora mismo al Congreso. Me ha encargado el ministro que si lo alude Gil Lozoya le avise por teléfono inmediatamente. ¡Y no puedo faltar de allí! Él va a aprovechar estos minutos para redactar una Real orden importante. Con permiso de ustedes...

Éntrase por la puerta de la izquierda.

LEOPOLDINA. ¡Ay, tía Regla!

DOÑA REGLA. ¿Qué suspiro es ése, sobrina?

LEOPOLDINA. ¡Estoy rabiosa! ¡Estoy desesperada!

DOÑA REGLA. ¿A tus años, hija?

LEOPOLDINA. ¡Esta tarde me tiro por el balcón!

DOÑA REGLA. No te dará tan fuerte.

LEOPOLDINA. Pero ¿no es esto para desesperarse, tía?

DOÑA REGLA. ¡Que lo dijera yo! ¡Pero tú!... ¿No es ésta la vida que te agrada?

LEOPOLDINA. ¿A mí?

DOÑA REGLA. ¿No te encanta este estar siempre en todas partes sin estar en ninguna?

LEOPOLDINA. Mire usted, tía: déjeme usted de reconvenciones. Me encantará lo que me encante, pero ahora mismo estoy furiosa. ¡Le pondría una bomba a ese ministro! ¡Todo ha de colgárselo al secretario! ¡Que vaya él al Congreso, si espera que lo aludan! ¡Ese es su deber! ¡Y así no redactará tan aprisa una Real orden, que le va a salir un buñuelo! ¡Pobre país! Yo no entiendo de política, pero ¡pobre país!

Vuelve Octavio, en plan de despedida.

OCTAVIO. Don Antolín siempre tan cariñoso. Dejo a ustedes... aunque de mejor gana que lo digo, no las dejaría. ¡Buena tardecita me espera en aquel reñidero de gallos! Doña Regla...

DOÑA REGLA. Adiós, Octavio; hasta otro día.

OCTAVIO. Leopoldina...

LEOPOLDINA. Adiós.

OCTAVIO. A ver si nos vemos con más calma

LEOPOLDINA. De usted depende.

OCTAVIO. ¿De mí?

LEOPOLDINA. ¿Ha de ser de mí?

OCTAVIO. Es cierto. Quien no depende de sí mismo, soy yo. A usted le consta.

LEOPOLDINA. Tengo mis reservas mentales.

OCTAVIO. Pues no las tenga usted. Nosotros hemos de ser muy buenos amigos, aun cuando tardemos en vernos. Recuerde usted lo que le dije aquella noche: hay afectos de toda la vida que se atan por casualidad en una hora.

LEOPOLDINA. ¡Usted no me ha dicho a mí eso nunca!

OCTAVIO. ¿Cómo que no? ¡Estoy bien seguro! ¡Aquella noche!

LEOPOLDINA. ¿Qué noche?

OCTAVIO. ¡La única noche en que hemos hablado! ¡La noche de San Sebastián!

LEOPOLDINA. Y ¿de dónde saca usted que nosotros hayamos hablado nunca en San Sebastián, de noche ni de día?

OCTAVIO. ¡Ay, qué gracia! ¡Ahora va a negarme!...

LEOPOLDINA. ¡Claro, señor! ¡Es usted el hombre de las equivocaciones! ¡Se ha puesto usted a edificar en el aire sobre la más gorda de todas ellas, y de aquí no lo dejo pasar, aunque tenga usted que marcharse al Congreso!

OCTAVIO. Pero ¿qué dice esta criatura?

LEOPOLDINA. ¡Que usted no me ha conocido a mí hasta El Escorial, este verano! ¡Que en San Sebastián con quien estuvo usted fué con una prima carnal mía, que se me parece bastante, eso sí; pero que no le haría a usted tan gran impresión como a mí me ha dicho, cuando la confundió conmigo y sigue confundiéndola!

OCTAVIO. *Turbadísimo.* Leopoldina... Leopoldina, usted se está burlando de mí porque me ve impaciente...

LEOPOLDINA. ¡Nada de eso!

OCTAVIO. Pues en El Escorial... cuando hablamos en El Escorial...

LEOPOLDINA. ¡En El Escorial no quise desengañarlo a usted porque me era violentísimo, ante su amigo, jactándose usted, como se jactaba, de que era incapaz de confundir mi belleza con la de otra ninguna!... ¡Todavía tiene usted eso que agradecerme!

OCTAVIO. *A punto de un desmayo; atónito.* Pero ¿es verdad esto, doña Regla?

DOÑA REGLA. Sí, señor; es verdad.

OCTAVIO. ¡Qué cosas!...

Mira a Leopoldina con curiosidad y atención, de modo extraño.

LEOPOLDINA. ¡No me eche usted ahora esos ojos! ¡Yo no tengo la culpa! ¡Haberse fijado mejor, o haber bebido menos *champagne*!

OCTAVIO. ¡Leopoldina!

DOÑA REGLA. No crea usted, Octavio, que es usted solo quien las confunde...

OCTAVIO. ¿No, eh?

DOÑA REGLA. No, señor. Se parecen muchísimo. Aun hoy mismo, que la prima está ya casada y con dos hijas... aun hoy mismo hay quien toma a Dolores por Leopoldina y a Leopoldina por Dolores.

OCTAVIO. ¡Dolores! ¡Dolores! ¡Ese era el nombre de ella! ¡Dolores! *Recreándose en la contemplación de la muchacha.* ¡Cosa más singular!... *Con resolución, después de consultar su reloj de*

pulsera. ¡Vaya! ¡Que se metan con el ministro o que no se metan con él! ¡Me es indiferente! ¡Yo no me voy de aquí! ¡Yo necesito seguir hablando de esto!

LEOPOLDINA. ¡Yo también! ¡Pero con mucha calma!

OCTAVIO. ¡Con mucha calma!

LEOPOLDINA. Siéntese usted cerca de mí.

OCTAVIO. Ya estoy.

LEOPOLDINA. ¡Ajajá! Y ahora, ante todo, antes de hablar una palabra, míreme usted despacio. ¡No sea cosa que andando el tiempo... le presenten a usted a otra... y se crea que soy yo!

OCTAVIO. ¡Cosa más singular!... ¡Parecido más extraordinario!...

Se miran sonriéndose.

Doña Regla, observándolos desde la galería, donde se ha sentado, exclama como para sí:

DOÑA REGLA. ¡Peor sería que, ya casado, hubiese descubierto que se había casado con otra!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala baja, contigua al patio, en casa de doña Regla, en Las Canteras. A la derecha del actor, una gran ventana enrejada. Al foro, puerta que da al patio. A la izquierda, otra puerta. Paredes blancas. Suelo de losetas, aljofifado. Pocos muebles, tradicionales en la casa.

Es en un día de mayo, por la tarde.

Don Antolín, sentado cerca de la ventana, en traje fresco y cómodo, lee un libro amigo. Doña Lourdes hace un chal de estambre, sentada cerca de él.

DON ANTOLÍN. ¡Cómo me gustan estos libros que no me llevan la contraria!

DOÑA LOURDES. ¿Dice usted?

DON ANTOLÍN. Hablaba conmigo, doña Lourdes. Mi hermana ¿no ha vuelto?

DOÑA LOURDES. Creo que no.

DON ANTOLÍN. ¡Admirable mujer! No hace más que una cosa al día.

DOÑA LOURDES. Cuando está en su casa.

DON ANTOLÍN. ¡Ah! claro. La planea por la mañana, la ejecuta por la tarde y la saborea por la noche. Así no quiere salir de sus dominios.

DOÑA LOURDES. Usted también se encuentra aquí como el pez en el agua.

DON ANTOLÍN. Mejor. Porque el pez puede temer siempre la traición de un anzuelo; y yo, en Las Canteras, ¡ni siquiera a Pinilla tengo que temerle!

DOÑA LOURDES. Pero ¡si ya le sacó a usted dos seguros!

DON ANTOLÍN. He ahí por qué no le temo. Y he ahí también una de las razones que más contribuyeron a mi decisión. Si no me aseguro, viene a Las Canteras en su motocicleta. ¡Y yo no quería verlo! Vivo aquí en una soledad dichosa, sin que me cueste violencia procurármela, como en otras partes. Casi todos mis paisanos me temen y me huyen. Me tienen por un chinche. Y yo lo celebro, porque así me dejan en paz.

DOÑA LOURDES. ¡Cuánto le he agradecido yo a doña Regla que me invite a pasar estos días con ustedes!

DON ANTOLÍN. Señora, ¡si usted es ya como de la familia!

DOÑA LOURDES. Muchas gracias.

DON ANTOLÍN. Así la miramos: usted lo sabe. Además, casada Estela, acompaña usted a Leopoldina. Si Leopoldina, al fin, se casa con ese novio-vértigo que tiene... ¡me acompañará usted a mí!

DOÑA LOURDES. ¿Hasta que se case también?

DON ANTOLÍN. Sí; hasta que me case de nuevo. ¡Que ya me va usted a acompañar una temporada! Con perdón de cierta pelicastaña de mis tiempos, que sé que aguarda todavía. Y va a ser aquí, en Las Canteras, donde va usted a acompañarme.

DOÑA LOURDES. ¡Oh! ¡Qué delicia de pueblo!

DON ANTOLÍN. Pues aquí será. Este pueblo, querida doña Lourdes, como todos los pueblos, y como todos los reinos también, está a merced del egoísmo y de las miserias de los hombres. Contra siete virtudes hay siete vicios. Pero yo no voy a vivir en el pueblo, sino en esta casa, que tiene patio, azotea, biblioteca y jardín.

DOÑA LOURDES. ¡Y coche de mulas!

DON ANTOLÍN. Lo había llamado... porque el coche no es para andar por casa.

DOÑA LOURDES. ¡Naturalmente!

DON ANTOLÍN. ¡Sí, señora; sí! Yo hago el viaje redondo. De aquí salí... y aquí volveré, Dios mediante, cumplido o a medio cumplir mi destino en la tierra. Veré salir el sol por detrás del castillo, oiré repicar las campanas de las dos iglesias, pasearé por donde muchacho... y no remontaré una cometa para no llamar la atención.

DOÑA LOURDES. Ni en su pueblo quiere usted llamarla.

DON ANTOLÍN. Menos que en parte alguna.

Ya ha oído usted que me tienen por chinche. Una cosa he de pedirle al cielo.

DOÑA LOURDES. ¿Cuál, don Antolín?

DON ANTOLÍN. Que cuando le llegue a Las Canteras la hora de transformarse y de progresar, progrese de veras. Si no ha de ser así, que me muera yo antes de verlo. Porque me pone los pelos de punta que algún día no lejano, en aquellas llanuras, en aquellos trigales que embelesaron mi niñez, se alce un gran Casino modernista, construido a toda máquina, de cemento armado, con músicos vestidos de pimientos morrones y sala de caballitos y ruleta. Según algunos ciudadanos, el colmo de la civilización. Yo, ya digo: me quiero morir antes que verlo en Las Canteras.

DOÑA LOURDES. No me lo jure usted.

Sale por la puerta de la izquierda don Beninito, encantado también de la temporada en el pueblo.

DON BENITITO. Estoy convencido, don Antolín: ¡aburrirse es placer de dioses! ¿Eh, doña Lourdes? ¡De dioses!

DOÑA LOURDES. ¡Y de diosas!

DON BENITITO. Bueno, ¡me acaba de preparar María Francisca una merienda!... ¡No hay calificativo! Un jerez color paja, ¡que no sé de dónde lo saca doña Regla!... ¡No lo sé!

DON ANTOLÍN. ¡De la bodega, simplemente!

DON BENITITO. Unas lonjas finas, pero com-

pactas, jugosas, flexibles, de un jamón... ¡qué jamón, doña Lourdes!

DOÑA LOURDES. Ya lo conozco.

DON ANTOLÍN.

*¡De la Sierra famosa de Aracena,
donde huyó de la vida Arias Montano!*

DON BENITITO. Unas aceitunas gordales, ¡que da pena no comerse también el hueso! Un pan en rosquitas, dorado, ¡que yo no lo he visto más que aquí! ¡Parece pan y agua! ¡Qué cosa! En fin, me he puesto como Quico.

DOÑA LOURDES. Y ¿a eso le llama usted aburrirse?

DON BENITITO. ¡Sí, señora! ¡Porque meriendo de aburrido! ¡Si no tengo otra cosa que hacer! ¿No le había yo dicho a usted que esta casa era un rincón del cielo?

DOÑA LOURDES. ¡Se quedaba usted corto!

DON BENITITO. ¡Qué paz bendita! ¡Qué silencio constante! ¡Qué altura de techos! Y ¡qué cama! ¡Qué sábanas más frescas y más resbaladizas! ¡Qué amplitud! ¡Yo me pierdo en la cama! ¡Duelmo en una cama de matrimonio!

DOÑA LOURDES. Lo sé, lo sé.

DON BENITITO. Póngase usted en mi caso: ¡yo solo en una cama de matrimonio... sin el inconveniente de la señora! ¡Qué ideal! ¡Hay que canonizar a doña Regla!

DON ANTOLÍN. ¿Te has vuelto loco, Benitito?

DON BENITITO. ¡Puede que lo parezca; pero nunca he sido más feliz! ¡Quince días sin hablar por teléfono!... ¡Y bajo estos techos tan altos! ¡Qué delicia! ¡Jauja! ¡Jauja! Esto de los techos a mí me ensancha los pulmones. Mi alcoba me parece el monasterio de El Escorial... ¡Digo! ¡Yo, que vivo hace veinte años en aquel entresuelo de la calle de San Roque!... *A don Antolín.* Usted lo ha visto. *A doña Lourdes.* Cuando me mudé a él, tuve que cortarles las patas a todos los muebles.

DOÑA LOURDES. Eso ya se me antoja una andaluzada.

DON ANTOLÍN. El jamón, que se le ha subido a la cabeza.

DON BENITITO. ¿Y la vida que se hace aquí?... ¡En Madrid no hay tiempo de nada! ¡Aquí sobra el tiempo! ¡Da gusto!

DON ANTOLÍN. ¿Esta mañana madrugaste?

DON BENITITO. ¡Ca! ¡Me levanté a las nueve!

DON ANTOLÍN. ¡Pues oí tu despertador a las cinco!

DON BENITITO. ¡Es que lo pongo aposta, para despreciarlo cuando suene! ¡Estoy harto de hacerle caso en Madrid! Vengancillas que se busca uno. ¡Condenado chisme! ¡No tiene sueño nunca!

Viene Estela por la puerta del foro.

ESTELA. ¿Y mi marido, no está aquí? ¿No está aquí mi marido? ¿Dónde está mi marido?

DON BENITO. Eso es un rompecabezas, Estelita.

DON ANTOLÍN. Hija mía, como no sepas tú dónde está...

ESTELA. ¡Pues no lo sé! Y se va a acabar esto. Desde que hemos llegado aquí, se ha declarado independiente. Y no tiene gracia que me lleve yo el santo día siguiéndole los pasos.

DOÑA LOURDES. ¿Se han cambiado las tornas?

ESTELA. Pues si se han cambiado, se van a descambiar. ¡Que no se las prometa felices ese tonto! No; y a tía Regla tengo yo que decírselo: mi marido se ha echado aquí unos amigotes que no me gustan; yo le he hecho a usted ya la visita que le ofrecí en el viaje de novios: mañana nos vamos.

DOÑA LOURDES. ¿Mañana?

ESTELA. Mañana, mañana. Tenemos que ir a Córdoba, y a Granada, y a Málaga, y a Algeciras, y a Gibraltar; y luego, a París; y luego, a Londres. Y a la vuelta, a Biarritz.

DON ANTOLÍN. Te advierto, hija mía, que no está el toque en ir a muchos sitios, sino en enterarse, aunque sea de uno sólo. Es preferible.

ESTELA. Esas son sus teorías de usted, que ahora no se llevan. La vida moderna es otra co-

sa. Está usted un poco rancio, papáito. Y perdone usted que se lo diga.

DON ANTOLÍN. ¡Perdonada!

ESTELA. ¡Se me caen ya encima Las Cante-
ras! ¡Me fastidia esta casa!

DON BENITITO. ¡Jesús, qué sacrilegio! ¡Qué cosas se oyen!

ESTELA. Mira, Benitito, si papá está rancio, tú estás seco, que es mucho peor. Y ya no hablo más. Me voy en busca de Manolo, y como lo encuentre donde pienso, voy a darle un pellizco que no se le va a olvidar en toda la luna. *A Leopoldina, que llega a tiempo por la puerta de la izquierda, nerviosilla también.* Hermana, no te cases.

LEOPOLDINA. ¿Eh?

ESTELA. ¡No te cases nunca! ¡Los hombres son una calamidad y el matrimonio es un desastre! ¡Un cataclismo! *Se va de estampía.*

DON ANTOLÍN. ¡Ja, ja, ja! ¡Lo que ha aprendido en mes y medio!

DOÑA LOURDES. Ahora se vive muy aprisa, don Antolín.

DON ANTOLÍN. Ahora y siempre. La vida es un suspiro. Por eso la yerran los que se obstinan en aligerarla. ¿Qué harán luego, cuando no puedan correr tanto? Entonces verán que han envejecido antes de tiempo.

LEOPOLDINA. Papá, le advierto a usted que no tengo los nervios para sermones.

DON ANTOLÍN. ¿Tú también estás picada de la tarántula? ¡Diablo de chiquillas! Pues cuando te calmes un poco, no dejes de reflexionar sobre ese sermoncito que yo empezaba. Me voy al jardín entre tanto. Necesito meditar también a propósito de las reveladoras palabras de tu hermanita Estela. ¡El matrimonio es un desastre! ¡Un cataclismo! *Se va por la puerta de la izquierda.*

LEOPOLDINA. Del matrimonio nada sé todavía; pero en eso que ha dicho de los hombres, tiene razón mi hermana. ¡El mejor, para fusilarlo!

DON BENITITO. Me alegro de no ser el mejor.

LEOPOLDINA. ¡Egoístas! ¡Presumidos! ¡Frívolos! ¡Antipáticos! ¡Sus caprichos, y nada más que sus caprichos! ¡Lo que ellos llaman sus deberes, y nada más! ¡No se sacrifican en lo más mínimo por nada ni por nadie! ¡No tienen alma! ¡No tienen corazón! ¡No tienen vergüenza!

DON BENITITO. ¡Vaya! Me retiro también.

DOÑA LOURDES. Y ya ¿para qué, don Benitito? Pocas flores quedarán en la cesta.

LEOPOLDINA. ¡Tengo varias cestas, doña Lourdes! ¡Tengo jardín! Oye, Benitito: tú ¿qué demonios haces con las cartas que yo te doy para el correo?

DON BENITITO. ¿Qué he de hacer? Ponerles

su sellito correspondiente y echarlas al buzón. Y con un placer especial. ¡Porque este buzón de Las Canteras me tiene embelesado!

DOÑA LOURDES. ¿También el buzón?

DON BENITO. ¿No ve usted que no es más que uno? No es como en Madrid: va usted a la Central y se vuelve usted loco: "Asturias", "Andalucía", "Extremadura", "Vascongadas", "Alcance", "Interior", "Extranjero"... ¡No sabe usted dónde echar su carta! ¡Primero hay que estudiar Geografía!

LEOPOLDINA. No digas simplezas, Benito.

DOÑA LOURDES. Pues ahora todos los tranvías llevan buzón también.

DON BENITO. Sí, pero yo no los utilizo. ¡Quiá! ¡Un día que desde la plataforma de atrás quise echar una carta, por poco me dejo la cabeza en un poste! Prefiero la Central.

LEOPOLDINA. Benito, ¿quieres callarte?

DON BENITO. ¿Te incomodo, princesa?

LEOPOLDINA. ¡Sí!

DON BENITO. Pues no me lo dirás dos veces. Buenas tardes, niña. Y acuérdate de lo que te ha dicho papá.

LEOPOLDINA. ¡Acuérdate tú de lo que te ha dicho a ti esta mañana!

DON BENITO. ¿Qué me ha dicho?

LEOPOLDINA. ¡Que eres un idiota!

DON BENITO. Eso no me lo ha dicho a mí tu padre.

LEOPOLDINA. ¡Pues te lo digo yo!

DON BENITITO. Punto redondo. Un idiota que se va a la calle a dar un paseo, para hacer ganas de comer. ¡Qué caldo!... ¡Qué sopitas con yerbabuena!... ¡Qué cocido de habichuelas y calabaza!... ¡Qué dulce de tomate!... *Vase relamiéndose por la puerta del foro.*

DOÑA LOURDES. Pero ¿qué le sucede a usted, Leopoldina?

LEOPOLDINA. ¡Ay, doña Lourdes! ¡Qué sé yo! ¡Que hace tres días que no recibo carta de Octavio! ¿Le parece a usted poco? ¿Por qué no me escribe? ¿Por qué no me telefonea? ¿Dónde está?

DOÑA LOURDES. ¿No está con el ministro?

LEOPOLDINA. ¡A mí no me importa el ministro!

DOÑA LOURDES. ¿No hablan de él los periódicos?

LEOPOLDINA. ¡Yo no tengo que saber nada por los periódicos! ¡Es él quien debe darme sus noticias! ¡Su obligación es atenderme a mí primero que a nadie!

DOÑA LOURDES. Esos viajes de los ministros son agitadosísimos... Cuando no lo hace, es seguro que no tiene tiempo...

LEOPOLDINA. ¡Que lo invente! ¡Antes que el ministro soy yo! Y lo peor no es esto, doña Lourdes; sino que me pongo a imaginar desatinos, y lo menos que pienso es que se ha estrellado por

ahí en una carretera. Eso, por un lado; que por el otro, ;no quiera usted saber! ;Y con lo impresionable que es el niño! Las sevillanas, las jerezanas, las gaditanas... ;Y que no le gusta bailar!... Y que no... Bueno, me callo; iba a decir una tontería. ;Y vengan comilonas! ;Y vengan merendonas! ;Y vengan jiras! El ministro yo no sé si se enterará del estado de los lugares por donde pase, pero de lo que se come en ellos, ;vaya si se entera!

DOÑA LOURDES. Serénese usted, Leopoldina; tenga un poco de calma...

LEOPOLDINA. ;No puedo, doña Lourdes! ;Déjeme usted abrir el escape! Porque además paso aquí otro martirio. ;En esta casa de mi tía Regla hay que tener la sangre de horchata! ;Aquí los nervios son cosa de las niñas del día! ;Aquí no se puede querer con entusiasmo al novio! ;Aquí no se pueden sentir celos! ;Aquí no se puede una expresar con vehemencia! ;Y el día menos pensado le voy yo a decir a mi tía que ella se escapó con el que fué su marido por la azotea de junto a su casa! ;Y estuvo depositada dos meses! ;Se lo voy a decir! ;Se lo voy a decir! ;Son ya demasiadas frescas a las niñas del día! ;Se lo voy a decir!

DOÑA LOURDES. La tía Regla la quiere a usted mucho, y procura siempre aconsejarle lo mejor... La desconcierta esta continua sobreexcitación en que ahora suelen vivir ustedes...

LEOPOLDINA. Pero, señora, si hay en estos tiempos automóviles en lugar de galeras aceleradas, ¿tengo yo la culpa? Además, yo me pongo en todo; yo quiero mucho a mi tía Regla; y comprendo, cuando estoy tranquila, eso que usted me dice... Pero ¡de alguna manera me he de desahogar! El otro, el otro, el secretario, el diputado en ciernes es el que no tiene perdón de Dios. ¡Ni yo misma lo tengo tampoco! ¡Se me emplea bien todo esto, por haber entrado en relaciones por carambola! ¡Si la que le gustaba era mi prima! ¡Si no era yo! ¡Por supuesto, que le voy a gastar una bromita como venga a verme!... ¿No estamos en la tierra del buen humor y de la gracia? Pues ¡ya verá él! ¡A ver si tengo yo menos gracia que las gaditanas, y las jerezanas, y las sevillanas, que ahora le estarán poniendo los ojos dulces! ¡Y él a ellas! Ahí viene Manolo. Súfralo usted, que a mí me falta la paciencia. ¡Vamos a leer en el periódico dónde está a estas horas el caballerito! ¡Y vamos, también, por el tercer abanico del día; porque ya he roto dos! ¡Ay, Dios santo! ¡He dicho poco de los hombres! *Se va por la puerta de la izquierda, excitadísima.*

Llega Manolo por la otra, silbando.

MANOLO. ¿Qué hay, doña Lourdes?

DOÑA LOURDES. Lo que usted me diga, Manolo.

MANOLO. ¿Solita aquí?

DOÑA LOURDES. He estado acompañada hasta ahora.

MANOLO. Ya. Yo vengo de la botica de Jimeno; de réirme un rato. Hay tipos de gracia en Las Canteras. Acabo de oírle decir a uno: "Yo me llevo muy bien con mi mujer. No peleamos más que a la hora de afeitarnos, ¡porque ella se empeña siempre en afeitarse con mi navaja!" ¡Ja, ja, ja!

DOÑA LOURDES. ¡Qué atrocidad!

MANOLO. Hay tipos de gracia. ¿Y Estela?

DOÑA LOURDES. A buscarlo a usted se ha marchado.

MANOLO. ¿Ah, sí? No se cansa de verme. *Se sienta*. Bueno: ya parecerá. ¿Y Leopoldina? ¿Continúa con los nervios de punta?

DOÑA LOURDES. Tal cual. Usted, que estudia Medicina, debería preocuparse un poco...

MANOLO. ¿Yo? ¡A buena parte viene usted! ¡Y los nervios!... ¡Uh! ¡Cualquiera los entiende! Se pone usted nervioso porque le da la gana al organismo, y se calma usted porque caen cuatro gotas o porque no caen. No se sabe nada. Si se supiera algo, ¿usted cree que yo no habría inventado ya unas pildoritas para mi dulce esposa?

DOÑA LOURDES. ¿Esas tenemos?

MANOLO. ¡Uh! Cojea del mismo pie que la hermana. ¡La educación! No puede estarse quie-

ta. Es un no parar... que ¿adónde vamos a parar? ¿Usted no se acuerda?

DOÑA LOURDES. Tan bien como usted, Manolito.

MANOLO. Y cree que se ha casado para seguir bailando. Esa chica no se da cuenta de que el matrimonio es una cosa seria. ¡Un vals después del desayuno no me lo quita nadie!

DOÑA LOURDES. Ya irá sentando la cabeza.

MANOLO. ¿La cabeza? No; no me basta que siente la cabeza: ¡es ella toda la que se tiene que sentar!

DOÑA LOURDES. Mis pesadillas, ahora que usted lo dice, son siempre sobre el mismo tema: que Estelita no se ha casado aún y que me lleva andando al Parque del Oeste.

MANOLO. ¿Mejóro usted de sus achaques?

DOÑA LOURDES. Sí; algo mejor estoy.

MANOLO. ¿Gracias al específico?

DOÑA LOURDES. No; no lo llegué a tomar.

MANOLO. ¿Usted ve? Quizás estaría peor si lo toma. No se sabe nada. Mi mujer ¿dice usted que salió?

DOÑA LOURDES. Sí, salió.

MANOLO. Pues me pondré de casa, entonces. Ya vendrá.

DOÑA LOURDES. ¡Si lo oyera a usted!...

MANOLO. ¡Toma! ¡Me hacía bailar un tango argentino! *A María Francisca, criada de la casa,*

que viene por la puerta de la izquierda cuando él se va. ¡Hola, María Francisca!

MARÍA FRANCISCA. *Viendo a doña Lourdes.*
¡Ah! que está usted aquí.

DOÑA LOURDES. Aquí estoy. ¿Quieres algo?

MARÍA FRANCISCA. No, señora. Es que acababan de yegá en un automóvil dos señoritos, y doña Regla me ha mandao que los meta aquí. Porque yo los metí en el despacho.

DOÑA LOURDES. ¿Dos señoritos, dices?

MARÍA FRANCISCA. Dos. En un automóvil que piya toa la fachá de la caza. Parece un tren. ¡Azín ze ha puesto la caye de chiquiyos! Los señoritos venían vestíos de máscara; pero pa entrá aquí ze han quitao las caretas y los capuchones.

DOÑA LOURDES. ¡Vaya! Al fin se va a calmar Leopoldina. De seguro es Octavio.

MARÍA FRANCISCA. ¿Er novio de la señorita, verdá?

DOÑA LOURDES. Sí.

MARÍA FRANCISCA. Ezo me he penzao yo.
¿Les digo ya que entren?

DOÑA LOURDES. Sí, sí; pásalos en seguida.

MARÍA FRANCISCA. Volandito. Uno de eyos me gusta más que el otro. *Se marcha por la puerta del foro, gozosa.*

DOÑA LOURDES. Va de prisa el muchacho; va de prisa... Menos aún va a durar este noviazgo que el de Estela... ¡Pronto voy a acompañar a don Antolín! *Vase por la puerta de la izquierda.*

Por la del foro vuelve María Francisca, conduciendo a Octavio y a Pablote.

MARÍA FRANCISCA. Por aquí, por aquí. Esta zalita está más fresca que er despacho.

PABLOTE. Chico, mi coche en Las Canteras es el acontecimiento del mes. Ya lo has visto. Se asoma a curiosear a la ventana.

OCTAVIO. *A María Francisca, que lo está contemplando muy risueña.* Tú ¿de qué te ríes?

MARÍA FRANCISCA. *Un poco ruborosa.* De lo guapo que ez usté.

OCTAVIO. ¡Vamos! Muchas gracias, chiquilla.

MARÍA FRANCISCA. ¿Quien ez er novio? ¿Usté o eze otro zeñorito?

OCTAVIO. Yo.

MARÍA FRANCISCA. Me alegro.

OCTAVIO. ¿Por qué?

MARÍA FRANCISCA. Porque usté me ha caío máz en gracia.

OCTAVIO. ¡Vamos! Llego con buen pie.

MARÍA FRANCISCA. Ahora mismo zardrá la zeñora. Ze ha queao poniéndoze otros zapatos. *Vuelve a irse por la puerta del foro, sin dejar de mirar a Octavio, embelesada.*

PABLOTE. Pues, señor, ¡ni que hubiera toros en el pueblo! ¡Qué revuelo ha armado mi coche!

OCTAVIO. Yo acabo de hacer la conquista de la criada.

PABLOTE. ¡Que sea enhorabuena! ¡Es que tie-

nes una caída de ojos!... Oye, y ¿no te parece que yo no pinto nada en esta visita tuya al alcalde?

OCTAVIO. *Sonriendo.* Sí pintas, sí.

PABLOTE. ¿No vale más que me llegue mientras por gasolina ahí a la entrada de la carretera?

OCTAVIO. A tu gusto.

PABLOTE. ¡Bueno! Saludaré a este tío y me iré al coche. Por más que tú has preguntado por la señora.

OCTAVIO. ¡Porque me han dicho que es guapísima... y si sale ella!...

PABLOTE. ¡Ah! ¡Entonces me quedo! Entérame mejor: ¿de qué se trata? Tú ¿a qué vienes?

OCTAVIO. ¿No te lo he dicho, hombre?

PABLOTE. ¿A eso del nombre de tu ministro a una calle del pueblo?

OCTAVIO. Justo.

PABLOTE. ¿Es de aquí Sequeros Miranda?

OCTAVIO. No.

PABLOTE. ¡Entonces!...

OCTAVIO. ¡Simpatía que le tiene esta gente! *Soltando la risa.* ¡Ja, ja, ja!

PABLOTE. ¿Me estás tomando el pelo?

OCTAVIO. ¡Me río de un hecho mil veces comprobado, Pablote! ¿Tú ves como en lugar de sesos tienes gasolina?

PABLOTE. ¿Eh?

OCTAVIO. ¿En qué cabeza cabe, si no es en

la tuya, que yo lo deje todo y venga contigo de Sevilla a setenta kilómetros por hora a ver al alcalde de Las Canteras?

PABLOTE. ¡Ah, canalla! ¿En qué casa estamos?

OCTAVIO. ¡En la de doña Regla de la Huerta, animal!

PABLOTE. ¡Ladrón! Y ¿está aquí Leopoldina?

OCTAVIO. ¿Cómo no, gazznápiro? ¡Sólo a verla vengo!

PABLOTE. Y ¿te traigo yo? ¿Yo otra vez?

OCTAVIO. ¡Tú, tú me traes!

PABLOTE. ¿Sí, eh? ¡Pues busca quien te lleve! ¡Te vas a volver a Sevilla en el coche de mulas de doña Regla!

OCTAVIO. ¡Hombre, no! ¡No seas ganso!

PABLOTE. ¿Conque no? ¡En el coche de mulas te vuelves! ¡Es ya mucha primada!

OCTAVIO. ¡Ja, ja, ja!

PABLOTE. ¡Esto se avisa, por lo menos!

OCTAVIO. ¡Esto se avisa!... Pero piensa un poco, si es que puedes, Pablote, cerebro mecánico: si yo te digo que vengo a ver a Leopoldina, ¿tú me traes?

PABLOTE. ¿Yo?

OCTAVIO. ¿Te convences, borrico? Y como yo no tenía más que estas tres horas para venir, ni podía disponer de otro coche de confianza que del tuyo, ¡me decidí a engañarte!

PABLOTE. ¡Está bien! ¡Está bien! ¡Esta me

la pagas; no te quepa duda! ¡No pongo las herraduras en el techo porque estoy en una casa ajena!

OCTAVIO. ¡Ja, ja, ja!

PABLOTE. ¡No te rías, que me largo!

OCTAVIO. No, no; a buenas, Pablote; eso no. Ven acá; perdóname. *Lo abraza.* Tú no eres más que un coche, pero yo necesito de tu motor. Dentro de una hora hemos de volver juntos a Sevilla.

PABLOTE. ¡Tú me la pagarás!

Viene por la puerta del foro doña Regla.

DOÑA REGLA. ¡Señores!

OCTAVIO. ¡Doña Regla!

PABLOTE. ¡Señora!

DOÑA REGLA. ¡Dichosos los ojos que los ven por mi casa! A usted, Octavio, sí se le aguardaba hace días; pero a su amigo, no. ¡Qué sorpresa tan agradable!

PABLOTE. ¡No lo sabe usted bien!

DOÑA REGLA. Siéntense ustedes... Porque no me harán visita de médico.

OCTAVIO. Usted dispone de nosotros.

DOÑA REGLA. ¿Y su mamá, Pablote?

PABLOTE. Va tirando.

DOÑA REGLA. ¿Y sus hermanitas?

PABLOTE. Tirando.

DOÑA REGLA. ¿Y el coche?

PABLOTE. El coche, bueno; gracias.

OCTAVIO. ¡Tirando también!

DOÑA REGLA. ¿Vienen ustedes de Sevilla?

OCTAVIO. De Sevilla, sí.

PABLOTE. Yo estoy allí con unos pelmazos esperando la feria de Córdoba—¡por las corridas!—y ayer me tropecé con este fresco y me dijo: “Hombre, Pablote, ¿me quieres llevar mañana a Las Canteras a ver a Leopoldina?” ¡Cómo no! ¡Encantado! ¿Para qué tengo yo mi coche más que para llevar y traer a éste en busca de su novia, antes de las relaciones, en las relaciones... y aun después de las relaciones?

OCTAVIO. ¡Ja, ja, ja!

DOÑA REGLA.. Lo dice con un poquito de cáscara.

PABLOTE. ¡Lo digo con un cascarón! ¿Usted sabe la que me ha jugado?

OCTAVIO. ¡Le hice creer que me traía a ver al alcalde!

DOÑA REGLA. ¡Al alcalde! ¡Ja, ja, ja! Pues, mire usted, ha sido una broma de gracia.

PABLOTE. ¡De mucha gracia! ¡Doce litros de gasolina y un pinchazo! Yo soy el que va a ir a ver al alcalde: ¡a ver si arregla un poco esa carretera!

DOÑA REGLA. Falta le hace; no crea usted que no. Se lo agradeceremos. *Pausa. Miradas y sonrisas entre doña Regla y Octavio.* Así que reposen ustedes unos minutos les enseñaré toda la casa.

OCTAVIO. Sí, señora.

DOÑA REGLA. Me complacerá mucho que la vean. Una casa tranquila, con patio, patinillo, huerta con noria, casa de labor... Y me aceptarán después un refresco...

OCTAVIO. Hombre, da las gracias, Pablote. No se te ocurre nada.

PABLOTE. ¿Usted ve, señora, cómo me paga este bandido el favor que le he hecho?

DOÑA REGLA. A usted, por su parte, no lo dejaré ir sin que vea mi coche de mulas.

PABLOTE. Con mucho gusto lo veré. Puede que Octavio tenga que utilizarlo hoy.

DOÑA REGLA. Me alegraré de ello.

OCTAVIO. Yo no. Y usted dispense, doña Regla. Es una broma con que me ha amenazado este cafre.

DOÑA REGLA. Está el día de bromas. Y veo que se tratan ustedes cada vez con más etiqueta. Cafre, bandido...

PABLOTE. ¡Y eso porque está usted delante!
Nueva pausa.

DOÑA REGLA. ¿Vamos a ver la casa, señores?

OCTAVIO. *Impaciente, turbado.* ¿La casa? ¿No esperamos a Leopoldina?

DOÑA REGLA. ¿A Leopoldina?

OCTAVIO. Sí, señora... Ya comprenderá usted...

DOÑA REGLA. Pero ¿usted no ha recibido un telegrama suyo?

OCTAVIO. ¿De quién?

DOÑA REGLA. ¡De Leopoldina! Leopoldina no está.

OCTAVIO. ¿Cómo?

DOÑA REGLA. ¡Le avisó a usted esta mañana!
¡El telegrama se puso urgente!

OCTAVIO. ¡Pues no lo he recibido! ¿Hubiera yo venido si no?

DOÑA REGLA. ¡Octavio!

OCTAVIO. Perdone usted, señora. No sé lo que me digo.

PABLOTE. ¡No; si el ganso soy yo! ¡Bien has metido el remo!

OCTAVIO. ¡Cállate, cernícalo! Le pido a usted perdón otra vez, doña Regla... Me ha desconcertado la novedad...

PABLOTE. ¡Llégate a reclamar a Telégrafos!

OCTAVIO. ¡Que te calles, hombre!

PABLOTE. Primera vez que me llama hombre. Se ve que no está en su juicio.

OCTAVIO. De manera que Leopoldina...

DOÑA REGLA. En Los Alcázares la tiene usted.

OCTAVIO. ¿En Los Alcázares? Y ¿qué es eso?

PABLOTE. ¡Un pueblo de pesca!

DOÑA REGLA. El pueblo en que vive mi prima Rosarito... Quería que Leopoldina pasara con ella unos días, y como usted se hacía esperar demasiado...

OCTAVIO. ¡Ya sabe Leopoldina las causas!

DOÑA REGLA. Pues no hace media hora que se ha ido de aquí.

OCTAVIO. ¿Media hora? ¿Por media hora este trastorno? ¿No te dije que me traías muy despacio, Pablote?

PABLOTE. ¡No blasfemes, Octavio! ¡Despacio, señora, dice que lo he traído, y mañana van a comer arroz con pollo todos los peones camineros que hay en el trayecto! ¡Matanza igual no la recuerdo nunca!

DOÑA REGLA. ¡Animalitos!

OCTAVIO. Y a Los Alcázares, doña Regla, ¿se podrá ir pronto?

DOÑA REGLA. Muy cerca está, pero tengo entendido que la carretera no está para automóviles. Hay un trozo imposible.

OCTAVIO. ¡Por vida!

PABLOTE. ¿Ves cómo vas a tener que utilizar el coche de mulas? Te veo conducido por la *Arisca* y la *Colorá*. Me figuro que sus célebres mulas de usted se llamarán una cosa así. ¿No, doña Regla?

DOÑA REGLA. ¡No, señor; mis mulas se llaman *Clavellina* y *Duquesa*! ¿Qué se ha creído usted que son mis mulas?

PABLOTE. Señora, mulas. Las más sabias del mundo, si usted quiere; pero mulas. ¡Sin ofensa! Es como el burro. Al burro no se le puede ofender; le dice usted: “¡arre, burro!...” y echa a andar el hombre.

DOÑA REGLA. Octavio, no se ponga usted tan nervioso. Me está usted dando lástima. Por la carretera de Arenales puede irse a Los Alcázares también. Se rodea, pero puede irse en poco tiempo.

OCTAVIO. ¿En *auto*?

DOÑA REGLA. En *auto*, sí.

OCTAVIO. Pues entonces vamos a ver la casa, señora, y en seguida, Pablote...

DOÑA REGLA. Para no entretenerse mucho, la verán ustedes otro día. Mejor es. Lo dejaremos hoy. Comprendo la impaciencia de usted, y... Vengan a tomar ese refresco.

PABLOTE. ¡Este ya lo ha tomado! ¡Y de agraz!

OCTAVIO. ¡Qué gaznápiro eres!

DOÑA REGLA. Otra sorpresa le aguarda a usted en el comedor.

OCTAVIO. ¿A mí?

DOÑA REGLA. A usted. ¿No sabe a quién tengo aquí también de temporada?

OCTAVIO. Sí, señora; a Estela y a Manolo. ¡Si me lo ha escrito Leopoldina!

DOÑA REGLA. No, no, señor. Además de los recién casados. Esto no ha querido escribirselo a usted.

OCTAVIO. ¿Don Antolín?

PABLOTE. ¡Don Antolín estará en Las Cabezas!

DOÑA REGLA. No; tampoco es mi hermano.

Quien está aquí es...—se va usted a poner colorado—la otra. ¡La otra! Mi sobrina Dolores.

OCTAVIO. ¡Ah, caramba! ¡La prima! ¡La de San Sebastián!

DOÑA REGLA. ¡La misma! ¡La causa de todo!

OCTAVIO. ¡Jesús! Y ¿con qué cara me presento yo a ella? ¡Ahora sí que nos vamos, Pablote! ¿Tiene dos puertas esta casa?

DOÑA REGLA. ¿Por qué? ¡Así no ha querido Leopoldina escribírselo!

PABLOTE. ¡Pues yo lo que creo es que debe verla y darle las gracias! ¿No le parece a usted?

DOÑA REGLA. ¡Claro!

PABLOTE. ¡Y todavía, como recuerde tanto a Leopoldina, va a gustarme a mí... y vamos a hacer otra carambola!

DOÑA REGLA. No puede ser, Pablote; ya es casada.

PABLOTE. ¡Pues crea usted que lo siento!

DOÑA REGLA. Ella está celebrando el momento de tropezarse con usted.

OCTAVIO. Entonces...

DOÑA REGLA. Verá usted: le diré que salga, mientras yo doy un vistazo en el comedor. En su casa quedan.

Vase por la puerta del foro.

OCTAVIO. *Con vehemencia, una vez a solas con su amigo.* ¡Pablote!

PABLOTE. Me llamo.

OCTAVIO. Comprenderás mi estado de ánimo. Estoy que brinco. En cuanto saludemos a esa señora y refresquemos en el comedor, ¡al coche! ¡Y a Los Alcázares echando centellas!

PABLOTE. ¡Ca, hombre; ca! ¡Yo no hago más el indio!

OCTAVIO. ¿Qué dices, Pablote?

PABLOTE. ¡Que no hago más el indio! ¡Que a sabiendas, como tú temías, no te llevo yo a ver a una novia que me has quitado a mí! ¡Porque a mí me gustó primero! ¡Y a ti la que te gustó fué esta otra! ¡Creo que discurro algo más que un motor!

OCTAVIO. ¡Sí, Pablote; sí! Todos estos insultos son bromas entre amigos de mucha confianza. Tú eres el mejor de los míos, y en este instante eres algo más; eres la fuerza inteligente que guía esa maravilla de automóvil; el mejor que existe en España y que he visto yo; el que luego me va a llevar en cinco minutos a Los Alcázares.

PABLOTE. ¡Y un jamón! *Asomándose a la puerta del foro.* ¡Hombre! ¡Aquí viene ya la prima! ¡Cuerno si se parece! ¡Si es igual!

OCTAVIO. ¿No te lo dije yo?

Apártase Pablote, perplejo. En esto aparece Leopoldina. Trae unos impertinentes de doña

Lourdes, con los que se detiene a mirar a los dos galanes en la misma puerta del foro.

LEOPOLDINA. Señores...

OCTAVIO. ¡Bah! ¡Entre la sobrina y la tía me la han urdido bien!

LEOPOLDINA. *Avanzando con serenidad hacia él, sin dejar los impertinentes.* Querido amigo Reina...

Octavio vacila un segundo. ¿Es Leopoldina? ¿Es la otra? ¿Toca nuevamente el violón?

OCTAVIO. Pero...

PABLOTE. ¡Es igual!

LEOPOLDINA. *Soltando la risa, que ya no puede contener más tiempo.* ¡Ja, ja, ja!

OCTAVIO. ¡Vamos! ¡Se necesita humor!

LEOPOLDINA. Hijo, has puesto tal cara de tonto, que no hay serenidad que baste.

OCTAVIO. *Hechizado, radiante de júbilo.* ¡Se necesita humor, Leopoldina!

PABLOTE. ¡Leopoldina! ¡Ya decía yo que era Leopoldina!

LEOPOLDINA. ¿Qué tal, Pablote?

PABLOTE. Pues ¡tú calcula! ¡Alegrándome de haber nacido!

OCTAVIO. Ven acá; deja a este majadero. Siéntate aquí, a mi lado. ¡Qué contento estoy! Habla; dí. ¿Por qué has hecho esto?

LEOPOLDINA. Por vengarme; por hacerte rabiar; por pagarte en la misma moneda. ¿Tú sabes los tres días que yo llevo sin noticias tuyas?

OCTAVIO. ¡Tres días pensando yo a cada minuto que iba a venir a verte!

LEOPOLDINA. Sí, sí. ¡Tenemos que ajustar muchas cuentas; muchas!

OCTAVIO. Cuantas tú necesites.

LEOPOLDINA. ¿Traes prisa?

OCTAVIO. Alguna traigo.

LEOPOLDINA. ¡Milagro de Dios!

OCTAVIO. ¡Qué guapa estás!

LEOPOLDINA. Y tú ¡qué feo!

PABLOTE. *Harto ya de idilio.* ¡Vaya! ¡Voy a que doña Regla me enseñe la casa y a que me enganchen a la noria después! ¡Porque no merezco otra cosa!

OCTAVIO. ¡Yo te indemnizaré de todo!

PABLOTE. ¡Ten cuidado y no te estrelle yo en el viaje de vuelta! ¡Te voy a llevar a noventa por hora! ¡Esto que hoy has hecho conmigo no se hace ni con un rifeño!

Vase en busca de doña Regla. Los novios se ríen.

LEOPOLDINA. ¿Qué dice que has hecho con él?

OCTAVIO. ¡Engañarlo para que me trajese!
¡Es un *auto*!

LEOPOLDINA. ¡Cómo lo tratas, hombre!

OCTAVIO. Te advierto que es lo que le gusta. Si no se le llama cien veces animal, no está contento.

LEOPOLDINA. ¡Vamos, hijo, que buena vida te

estás dando de fiesta en fiesta por toda Andalucía!

OCTAVIO. No me hables: de cabeza andamos mi jefe y yo.

LEOPOLDINA. Sobre todo en Jerez; en las bodegas. Pero a mí tu jefe me importa un comino.

OCTAVIO. Pues debiera importarte; porque todo lo que él padece, lo padezco yo. Que rabia, rabio; que corre, corro; que vela, velo... ¡Se les pide demasiado a los nervios de un hombre!

LEOPOLDINA. ¡De dos!

OCTAVIO. El pobre señor vino a estos festejos hispano-americanos de Sevilla, y lo han comprometido en mil partes. No hay cuerpo que resista; créelo. Está hecho una breva. Yo aguanto, porque soy más joven.

LEOPOLDINA. Y ¿él también se las entiende con su familia, como tú conmigo, mandándole todos los *menús* de los banquetes y los recortes de la Prensa que traen sus brindis?

OCTAVIO. ¡Él no hace ni eso! ¡Eso lo hago yo!

LEOPOLDINA. ¡Pues vas a mellar las tijeras! ¡Porque es a mí y me traes loca ya con tantos papeles! Como vuelvas a mandarme uno más, reñimos. Yo quiero letra tuya. ¡Jesús, qué cansera! Jira en honor; banquete en honor; buñolada en honor; función en honor... ¡Y el secretario en todas partes! ¡No ha de haber fiesta sin tarasca! Y la novia del secretario, mientras, pasan-

dose una rabieta diaria... en honor suyo. ¡Y sin poder dormir ni una noche! ¡Muy bonito plan! Y a andar de juerga en juerga le llama el señorito trabajo ímprobo.

OCTAVIO. ¡Ja, ja, ja!

LEOPOLDINA. ¡No te rías! Todo lo resuelves riéndote. Si me quisieras, no te reirías tanto. Porque no creo que tenga gracia maldita que yo sufra.

OCTAVIO. Pero, niña, ¡si sufres porque quieres!...

LEOPOLDINA. ¡Porque quiero! ¡Hasta ahora no lo has dicho! ¡Por lo que no puedes sufrir tú!

OCTAVIO. ¿Serás tonta? Déjate de bobadas. ¡Apenas te quiero yo a ti! Tu amor y tu recuerdo me sostienen y me dan paciencia en esta insustancialidad de mi vida; en este ocuparme siempre aprisa de tantas cosas que casi me son indiferentes, pero que agotan mi actividad.

LEOPOLDINA. ¡Como que no te dejan ni diez minutos para escribirme a mí, ni siquiera un segundo para telegrafiarne!

OCTAVIO. Pues, a pesar de eso, ¡no hay segundo en mi vida que no te pertenezca!... *Ingenualmente*. ¿Era tan grande este lunar?

LEOPOLDINA. ¿Ves? ¿Ves, Octavio? Te vendes cuando menos lo crees; cuando más protestas de tu cariño. ¿Así me has visto que me preguntas eso? ¿Piensas que yo me pinto los lunares... ni

nada? ¿Qué enamorado es este que no recuerda, como si lo tuviera presente, el tamaño que tiene un lunar?

OCTAVIO. ¡El Señor me valga! ¿Para qué se me habrá ocurrido la preguntita?

LEOPOLDINA. Providencial ha sido, no te pienes.

OCTAVIO. ¿Providencial y todo?

LEOPOLDINA. ¡Como que ella va a decidir de nuestra suerte! ¡Figúrate! Ella me da pie; ella me determina a decirte una cosa... que es, en resumen, la que no me deja vivir.

OCTAVIO. Pues habla, criatura... Pero no te sofoques... ¿Qué te pasa? ¡Locuras del insomnio serán! ¿Qué cosa es esa que va a decidir de nuestra suerte? ¿Te has enamorado de otro?

LEOPOLDINA. No me juzgues a mí por ti.

OCTAVIO. ¿En este caso?

LEOPOLDINA. En este caso, Octavio, yo estoy atormentada por una sospecha. Yo no sosiego; yo no vivo. Los celos me consumen.

OCTAVIO. ¿Los celos? Pero ¿de quién?

LEOPOLDINA. No te rías.

OCTAVIO. Ahora no me he reído.

LEOPOLDINA. ¡Te baila la risa en los ojos!

OCTAVIO. Esa es buena señal. Pero ya estoy serio. Anda, habla; dí, que no quiero que dure esto mucho: ¡que tengo poco tiempo! ¡A ver si en seguida nos reímos los dos a la par!

LEOPOLDINA. Octavio, a mí se me figura que

yo no te gusto; que tú no me quieres; que has entrado en amores conmigo por puro compromiso...

OCTAVIO. ¡No sigas!

LEOPOLDINA. Que el azar te trajo a mi lado; que me tomaste por mi prima; que mi prima fué la que te gustó...

OCTAVIO. ¡Calla, calla, inocente!

LEOPOLDINA. ¡No callo! ¡Es ella la que me quita el sueño! ¡El parecido de ella conmigo! ¡La broma que te he dado llevaba la intención de descubrir la verdad en tu cara! Pero pudo en mí más la alegría de verte... y me delaté.

OCTAVIO. ¡Y yo soy el más feliz de los hombres oyéndote estas cosas! ¡Así hubieras estado tú oyendo lo que yo le pregunté a tu tía cuando me anunció que la otra estaba aquí!

LEOPOLDINA. ¿Qué le preguntaste?

OCTAVIO. ¡Que si tenía dos puertas la casa, para escaparme por las dos y no verla! ¿A quién se le ocurre otra cosa, Leopoldina? Aleja de ti esos temores, que son fantasmas de la ausencia. ¡Nadie se libra de ellos! Tu prima ha sido entre nosotros el hada misteriosa cuyo destino era ponernos frente a frente... mostrándome primero a mí como un reflejo de tu belleza... para irme acostumbrando los ojos. No tengas nunca celos de ella; guárdale gratitud. Yo a ti te quiero por ti misma; por tu propio hechizo; por algo también que hay en ti que no había en la otra.

LEOPOLDINA. ¡Ay, Octavio! ¡No sabes lo que me atormento!

OCTAVIO. En vano, como ves.

LEOPOLDINA. Sí; pero ponle puertas al campo de los disparates. Te oigo y me convences. En cuanto te vas... vuelvo al disparadero.

OCTAVIO. ¡Ah! no: pues he de irme, y tocante a eso, has de quedarte como si yo estuviera a tu lado.

LEOPOLDINA. ¡Imposible!

OCTAVIO. Pues así ha de ser: así debe ser.

LEOPOLDINA. ¿Por qué no te quedas ahora un par de días?

OCTAVIO. ¡Ojalá pudiera! Pero ¿tú sabes todo lo que me espera a mí en Sevilla esta noche?

LEOPOLDINA. ¡No lo quiero saber!

OCTAVIO. Pues yo necesito que lo oigas, para que no pienses que todo son las bodegas jerezanas ni que te dejo por capricho. Mira: tengo que esperar el rápido de Madrid, donde viene el subsecretario; media hora después estoy citado con dos periodistas locales para celebrar dos entrevistas de diez minutos cada una; ceno con el capitán general...

LEOPOLDINA. Cuya hija es preciosa.

OCTAVIO. Pero que tiene un novio *precioso* también. A las diez menos veinte, conferencia telefónica con Madrid. No sé si te he contado que informo el lunes en la Audiencia.

LEOPOLDINA. No.

OCTAVIO. Pues ya lo oyes.

LEOPOLDINA. Pero ¿tú eres abogado, Octavio?

OCTAVIO. ¡Qué pregunta!

LEOPOLDINA. ¡Nunca me lo has dicho!

OCTAVIO. No habrá habido ocasión.

LEOPOLDINA. ¡Vamos!

OCTAVIO. Siempre me ha parecido más urgente decirte que te quiero. Y no era cosa de añadir: Leopoldina, no sólo te quiero, sino que también soy abogado.

LEOPOLDINA. ¡Ja, ja, ja!

OCTAVIO. El dichoso asunto de la Audiencia me trae con fiebre, porque me falta tiempo de prepararme bien y a mi gusto. Sigo con la nochecita sevillana. A las diez y media, lectura de unas cuartillas en el Ateneo acerca de mi viaje a Venecia.

LEOPOLDINA. ¿Van señoras?

OCTAVIO. No. Después, una pescadilla de honor...

LEOPOLDINA. ¡No podía faltar la pescadilla! Y como postre, un ratito de *cante* flamenco... ¿eh?

OCTAVIO. Sí, no está mal *cante*: despachar el correo con el ministro en la habitación de la fonda—¡hasta las tres de la madrugada, calculo!...—y luego oírlo roncar. ¡Que ronca el buen señor

de manera que parece que llega un *auto*, y no pego un ojo! Así va a ser mi noche. ¡Compadéceme! ¿Qué hora es a todo esto? *Mirando el reloj.* ¡Ay, Dios mío! ¡Cómo vuela el tiempo a tu lado! Tiene razón tu padre: los hombres modernos nos echamos sobre los hombros mucha más carga de la que pueden soportar; ¡tenemos más hijos de los que podemos mantener! *A un gesto de ella.* Es una metáfora. ¡Qué desesperación!

LEOPOLDINA. Poco va a durarte.

OCTAVIO. ¿Eh?

LEOPOLDINA. Por lo que a mí toca. Yo no puedo vivir así; yo me muero; yo me fundo como una bombilla... ¡Voy a renegar de esta vida inquieta que tanto me agradaba! Porque ahora nos vamos a Madrid, tú por un lado y yo por otro, tú con tus quehaceres y yo con mis amigas... y ¡adiós, Octavio! ¿Cuándo y cómo te veré cada día?

OCTAVIO. ¿Cuándo y cómo te veré yo a ti? ¡Es para pensarlo! ¡Es desolador!

LEOPOLDINA. ¡Es insoportable!

OCTAVIO. Leopoldina, esto no tiene más remedio que uno.

LEOPOLDINA. ¿Cuál?

OCTAVIO. ¡Casarnos!

LEOPOLDINA. ¿Ya?

OCTAVIO. ¿Te parece pronto?

LEOPOLDINA. ¡No!

OCTAVIO. ¡Sacaremos algún partido de la prisa! ¡Que alguna vez nos traiga una satisfacción!

LEOPOLDINA. ¡Es una gran idea!

OCTAVIO. ¿Verdad? ¡Casarnos a escape y abrir un paréntesis en esta angustia y en esta zozobra, viniéndonos a pasar un mes o dos a la huerta de tu tía Regla! ¡Hasta aburrirnos de estar solos!

LEOPOLDINA. ¿Hasta aburrirnos?... ¡Vas a tener que dejar la secretaría!

OCTAVIO. ¡Lo dejo todo! ¡Le digo al mundo que detenga su marcha, o que no me insulte si yo no me entero una temporadita de que sigue rodando! ¡El amor lo exige! Y ya en la huerta de la tía Regla, ¡qué hermosura!... tú y yo solos... ¡sin prisa! ¡A saborear el curso de las horas! ¡A saber bien yo cómo eres tú y tú cómo soy yo! ¡A charlar de lo que fueron nuestras vidas antes de encontrarnos! ¡A soñar en los días felices que le aguardan a nuestro amor! ¡A vivir, en fin! ¡A vivir como seres que tienen espíritu y no como máquinas ciegas! ¡Lo haremos! ¿Verdad, Leopoldina?

LEOPOLDINA. ¡Sí, Octavio, sí! ¡Yo no he nacido para máquina!

OCTAVIO. ¡Pues vamos a quemar las naves! *Llamando.* ¡Doña Regla! ¡Don Antolín! ¡Un momento!

LEOPOLDINA. ¿Qué haces?

OCTAVIO. ¿No lo ves? ¡Llamar a tu padre y a tu tía! ¡Don Antolín! ¡Señora!

Simultáneamente vienen, por la puerta del foro, doña Regla, y por la de la izquierda, don Antolín.

DOÑA REGLA. ¿Qué es eso?

DON ANTOLÍN. Amigo Octavio: ¿qué me quiere usted?

OCTAVIO. ¡Oh, don Antolín! Un segundo: sólo un segundo. Tengo necesidad de irme; la prisa me agobia.

DOÑA REGLA. ¡Jesús, qué tormento! ¡Este hombre es un calambre!

OCTAVIO. Ustedes saben por Leopoldina lo que me quiere ella; pero ignoran lo que la quiero yo. Bueno: ¡pues el mes que viene nos casamos!

DON ANTOLÍN. ¡Caray!

DOÑA REGLA. ¡Ave María! ¡Sí que está de prisa tu novio!

OCTAVIO. ¡El mes que viene nos casamos! ¿Hay alguna dificultad? ¡Porque ésta y yo no tenemos ya que hacer otra cosa! ¿Un abrazo, don Antolín?

DON ANTOLÍN. ¡Sí, hijo mío!

OCTAVIO. ¿Y usted, doña Regla, me permite...?

DOÑA REGLA. ¿Por qué no?

OCTAVIO. ¡Contamos con su huerta!

DOÑA REGLA. ¡Ya lo creo!

OCTAVIO. ¡Será usted la madrina de lo primero que...!

LEOPOLDINA. ¡Calma, calma!

OCTAVIO. No puedo. Y ahora, en seguida, al comedor, a tomar el refresco ése; que me vuelvo escapado a Sevilla.

DOÑA REGLA. Falta le hace a usted.

OCTAVIO. ¿Volverme a Sevilla?

DOÑA REGLA. No; tomar el refresco.

OCTAVIO. Supongo, Leopoldina, que le escribirás todo esto a tu prima Dolores.

LEOPOLDINA. Y ¡poco que se va a reir!

OCTAVIO. ¿Al comedor?

DOÑA REGLA. Al comedor. Allí está su amigo Pablote, que jura y perjura que lo va a llevar a usted a noventa por hora.

LEOPOLDINA. ¡Ya será un poco menos!

DON ANTOLÍN. Pídele a Dios que no sea algo más. A noventa por hora han ido también tus amores. A noventa por hora va el mundo. ¡La carrera embriaga! ¡Lástima, hija mía, que esta humanidad que tanto corre, no sepa de cierto adonde va!

OCTAVIO. Pero ¿quién detiene su marcha, don Antolín? ¿Quién se opone a ella?

DON ANTOLÍN. Eso no lo sé, Octavio. Pero para mí tengo que, o se para a reflexionar, o se rompe del todo la crisma... y tiene luego que re-

flexionar malherida y maltrecha. Entretanto, ¡adelante! Mi papel ya no es otro que el de pasivo espectador de la carrera desenfrenada.

LEOPOLDINA. Bueno, papá: pues ¡éste y yo le contaremos a usted lo que pase! *Lo abraza.*

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, setiembre, 1921.

LA FLOR EN EL LIBRO

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el TEATRO DE NOVEDADES, de Barcelona,
el 17 de setiembre de 1920

*A nuestros queridos amigos IRENE
ALBA y JUAN BONAFÉ, alegría
de la escena española.*

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

PASCUALA.....

IRENE ALBA.

PASCUAL.....

JUAN BONAFÉ.

LA FLOR EN EL LIBRO

Gabinete elegante, en casa de Pascual y Pascuala, en Madrid. Sendas puertas al foro, a la derecha y a la izquierda. Es de noche.

Pascuala y Pascual, que andan por los cuarenta y tantos años, llevan quince de matrimonio. No tienen hijos. La mayor parte de los días, rabian.

Sale Pascual, en traje de casa, por la puerta de la derecha del actor, dado a todos los mengues.

PASCUAL. ¡Cristo Padre, qué día llevamos hoy! ¡Como la noche vaya a seguir así, me echo a la calle aunque caigan rayos! ¡Mejor, si caen rayos! ¡A ver si hay uno que me divorcie! *Pasea agitadísimo.* ¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Esto no es vida! ¡Ni hay ley humana ni divina que obligue a este tormento! ¡No creo que sufra más un domador de fieras metido en la jaula! *Con terror súbito.* ¡Ahí viene otra vez! ¡No quiero verla ahora!

Pascuala lo llama desde dentro.

PASCUALA. ¡Pascual!

PASCUAL. ¡No quiero oírla! ¡Hoy tiene voz de despertador!

Vase por la puerta de la izquierda escapado. A

poco, por la de la derecha, aparece Pascuala en estado muy semejante al de Pascual. Algo más nerviosa, porque las señoras son más sensibles.

PASCUALA. No está aquí. ¡Se fué! ¡Me huye! ¡Me huye! ¡Ya, hasta me huye, como si estuviese apestada! ¿Qué he hecho yo, Señor, para merecer esta vida? ¡Esto no es matrimonio: esto es encerrar en una casa a una perra y a un gato! ¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Mi paciencia ha llegado al límite! *Ladra dentro un perrillo faldero.* ¡Muérdele, Aníbal! ¡Muérdele! ¡Ay, qué coraje tengo!

Vuelve Pascual por la puerta del foro.

PASCUAL. Ese perrito va a morir de un puntapié mío.

PASCUALA. ¿Sí, eh? ¡Pues aquel día vas tú a la cárcel!

PASCUAL. ¡Encantado!

PASCUALA. ¿Estás aquí peor?

PASCUAL. ¡Cuando te digo que encantado!... Pero tranquilízate un poco, si puedes, que acaba de llegar la vecina.

PASCUALA. ¿Quién? ¿Dorotea?

PASCUAL. Dorotea; sí.

PASCUALA. *Descompuesta.* ¡Ah, pues que se vaya!

PASCUAL. ¡Schsss!...

PASCUALA. ¡No me quiero callar! ¡Que se vaya!

PASCUAL. ¡Schsss!...

PASCUALA. ¡Viene a sonsacarte, a ponerte los ojos en blanco, a burlarse de mí en mis narices!...

PASCUAL. ¡Ave María Purísima! *Cierra precipitadamente las tres puertas.*

PASCUALA. ¡Si tú te sientes estudiantil, vete a su casa, que la bruja de la mamá cuidará de hacerse la dormida!

PASCUAL. ¡Schsss! ¡No digas despropósitos!

PASCUALA. ¡Y, si no, convídala a un *cine*, que está a oscuras, y la oscuridad lo protege todo! Pero ¡en mi casa, no! ¡En mi cara, no! ¡En mis narices, no!

PASCUAL. ¡En el nombre del Padre!

PASCUALA. ¡Y de todos los santos del cielo!

Se oye un portazo en el interior. Ladra otra vez "Aníbal".

PASCUAL. ¡Ya se fué! No se ha atrevido a entrar. Habrá escuchado la marimorena...

PASCUALA. Tanto mejor; así no vuelve.

PASCUAL. Pero ¿qué te propones, Pascuala? ¿Adónde vamos a parar por este camino... vida mía? Sobre que no podemos aguantarnos solos, ¿vas a impedir el paso a la gente que viene a poner una tregua en nuestras trifulcas?

PASCUALA. A la gente sin vergüenza, desde luego.

PASCUAL. ¡Bah, bah! Mide tus palabras al-

guna vez. No insultes a una pobre muchacha que en nada te ha ofendido.

PASCUALA. ¡Hola! ¡Te picas! ¡Mira cómo saltaste!

PASCUAL. ¡Y lo que tengo que saltar! ¡Lo que es al lado tuyo!...

PASCUALA. ¡Ah! ¿Te hago yo saltar?

PASCUAL. ¿Saltar? ¡Y hasta bailar en el alambre!

PASCUALA. ¿Qué diré yo entonces, si a eso vamos? Me contrarías en todo; no me das un gusto; si yo digo blanco, tú no sabes decir más que negro; si yo digo que llueve, tú que escampa.

PASCUAL. ¡Bah!

PASCUALA. Sí, ¡bah, bah! ¡Mira cómo no me llevas a Sevilla, que es lo último que te he pedido! Ha bastado que yo te muestre empeño en ir, decidido empeño, para que tú tengas que hacer en Madrid cien cosas importantes. ¡Tú! ¡Un vago de real orden, que no ha sabido nunca más que monear, ahora no puede moverse de Madrid porque yo quiero que me lleve a Sevilla! ¡Definitivo! ¡Concluyente!

PASCUAL. Te he dicho, y me he cansado de repetírtelo, que vayas tú con tu hermana a Sevilla, ya que a mí, por fuerza, y bien que lo deploro, me es imposible ahora moverme de Madrid. ¡Me duele la nuez de argumentarte!

PASCUALA. Eso quisieras tú, precioso: que te

dejara el campo libre; para que mientras yo me aburro en Sevilla sola con mi hermana, baje aquí la vecina todas las noches a distraerte a ti.
¡Miau!

PASCUAL. ¡Muy bien ese maullido! ¡Muy aristocrático! ¡Muy elegante! ¡Lo has aprendido del *chauffeur* o de la cocinera?

PASCUALA. Oye, pero ¿es que estábamos en Versalles y yo no había caído? Porque hace dos minutos te saliste del comedor mandándome a la porra.

PASCUAL. ¿Te mandé yo a la porra?

PASCUALA. ¡Sí!

PASCUAL. Y ¿has ido?

PASCUALA. ¡Y he vuelto! Y ya estoy aquí nuevamente.

PASCUAL. ¡Aquí estás hace quince años!
¡Quince años!

PASCUALA. ¡Quince años! ¿Que lo lamente yo?... ¡Quince años mirando al despertar esa cara!

PASCUAL. ¡Quince años haciéndome el dormido para no ver ésa!

PASCUALA. Continúas en Versalles.

PASCUAL. Tú me has enseñado el camino.

PASCUALA. Pero ¿de qué me enamoraría yo de este hombre? Esta es mi obsesión. Talento, no tiene; figura, no tiene; gracia, no tiene. ¿Qué tiene?

PASCUAL. ¡La peor sombra que ha tenido mortal!

PASCUALA. Porque diste conmigo, ¿no?

PASCUAL. ¡Claro! Y ¡cómo dí! ¡De boca!

PASCUALA. ¿Sí, eh? ¡Pues peor pudieras haber caído, mamarracho!

PASCUAL. ¡Peor es muy difícil! ¡Qué majadería hicimos al casarnos, Pascuala! ¡Es preciso reconocerlo! ¡No es posible hallar dos personas que rabien más de verse juntas! ¡Así no hemos tenido hijos!

PASCUALA. ¡Más vale!

PASCUAL. Más vale, sí; porque si llega a nacer un niño parecido a mi suegro, ¡lo mato!

PASCUALA. ¡Que más quisieras tú!

PASCUAL. ¡Lo mato!

PASCUALA. Mira, Pascual, tengamos en paz la fiesta.

PASCUAL. ¿A qué le llamas fiesta?

PASCUALA. No mezclemos en nuestras disputas a las personas de la familia; mira que si yo doy en calificar a tus hermanas, voy a jugar a apurar una letra. Ya sabes tú cuál es.

PASCUAL. ¡Pascuala!

PASCUALA. ¡Pascual!

PASCUAL. ¡Pascual!... ¡Pascuala!... ¡Qué bonito! Esta sandunguera coincidencia de nombres también contribuyó a la negra majadería. Nos cayó en gracia... Casi nos dió a entender que habíamos nacido el uno para el otro... ¡Miau! Ahora

me toca a mí maullar. ¡Pascual!... ¡Pascuala!...

PASCUALA. Tú me lo escribiste en un abanico...

PASCUAL. ¡Lástima de aire!

PASCUALA. *Evocando.*

Escucha aparte un momento:
tú Pascuala, Pascual yo,
me iré de tu pensamiento,
pero de tu nombre, no.

PASCUAL. ¡Qué ingenioso estuve!... ¡Bien nos hemos rascado a cuenta del madrigalito!

PASCUALA. ¡Rascado!... Sigues *dieciochesco*.

PASCUAL. ¿Por qué no me pondrían Ciriaco?

PASCUALA. Otro espejuelo fué que habíamos venido al mundo el mismo día.

PASCUAL. Sí; diez de agosto: San Lorenzo, ¡que murió en parrillas, precisamente! Y, sin embargo, yo lo envidio.

PASCUALA. ¿Que lo envidias, dices?

PASCUAL. ¡Naturalmente! Murió el desdichado como un mártir... ¡y ahora está en la gloria! ¡Pero yo sigo en las parrillas! ¡Llevo en las parrillas quince años! ¡Y lo que cuelga!

PASCUALA. *Ofendida.* ¿Lo que cuelga?... En cuanto a eso, te diré: a tiempo estás.

PASCUAL. ¿Cómo?

PASCUALA. A tiempo estamos.

PASCUAL. ¿Qué?

PASCUALA. Que a tiempo estamos de terminar este suplicio.

PASCUAL. ¿Hablas en serio?

PASCUALA. ¿No me ves la cara? Ni es esta la primera ocasión en que pienso tal cosa.

PASCUAL. Sigue, sigue.

PASCUALA. No tenemos hijos a quien dar el mal ejemplo de una separación; en cambio, continuamente nos damos a nosotros mismos el bochornoso espectáculo de estas escenas de *vaudeville*. Y lo que es aún peor: no nos podemos resistir en paciencia; hemos llegado a sernos antipáticos; somos como el agua y el fuego. El agua eres tú.

PASCUAL. Sigue.

PASCUALA. ¿Te gusta?

PASCUAL. Sigue.

PASCUALA. Hay que reconocerlo, como tú afirmabas hace cinco minutos: es una lamentable equivocación nuestro matrimonio. ¡El madrigalito de los nombres es una estupidez! Pues bien, tengamos el valor de cortar por lo sano: sepáremos. ¿Tú te sonríes?

PASCUAL. No he sido dueño de mis músculos.

PASCUALA. Sepáremos. Si continuamos viviendo unidos, nos envenenará lentamente el odio y cometeremos el día menos pensado una violencia. Hay que quemar las naves: tú por un lado y yo por otro.

PASCUAL. Cabalito.

PASCUALA. Tú por un lado y yo por otro.
¡Se acabó!

PASCUAL. ¡Se acabó!

PASCUALA. Todo, como comprenderás, por mi parte, antes que seguir siendo un estorbo al lado tuyo; antes que seguir viviendo junto a un hombre que confiesa que por las noches se hace el dormido para no verme a mí la cara.

PASCUAL. Estás hablando como un libro. Te aplaudo sin reservas. ¡Ya era hora! Yo también lo he pensado cien veces; pero quería reservarte a ti la iniciativa. ¡Ya era hora! No hay otra solución; no hay otra medicina para curar un mal tan incurable. Tú por un lado y yo por otro. ¡Muy bien! Tú a la derecha, yo a la izquierda. ¡Admirablemente!

PASCUALA. Pues punto concluído.

PASCUAL. Punto concluído.

PASCUALA. Las cosas graves requieren muy pocas palabras y mucha decisión. Ahora mismo se lo voy a escribir a mi hermana.

PASCUAL. ¿Vivirás con ella?

PASCUALA. Viviré con quien se me antoje.

PASCUAL. ¿Ah, sí?

PASCUALA. ¡Claro que sí!

PASCUAL. Según y cómo, Pascualita.

PASCUALA. ¿No vivirás tú también con quien te dé la gana?

PASCUAL. Yo... yo probablemente me iré a una fonda.

PASCUALA. ¡Sí! ¡La vida de soltero! ¡Y te enredarás con cualquier zapatilla! ¡Te conozco perfectamente!... Y lograrás al fin tener... lo que no has tenido en estos quince años de presidio: ¡el adorno que tienen todos tus cuñados!

PASCUAL. ¡Pascuala!...

PASCUALA. Amargan las verdades, ¿eh? Pues a nadie culpes. *Se sienta a una mesita a escribir.*

PASCUAL. *Reprimiéndose.* Calma, calma... No haya más réplicas... No volvamos atrás por mano del diablo... ¡Guarda, que es podenco!

PASCUALA. *Repitiendo en alta voz la carta que escribe.* “Querida hermana: la fecha de hoy es memorable para mí. Ya llegó el día que tú estabas temiendo. Harta, al cabo, de vivir en compañía de un hombre ingrato, esquivo, majagranzas, grosero...”

PASCUAL. Calma, calma...

PASCUALA. “...Mal educado, hipócrita, sinvergüenza, inmoral...”

PASCUAL. *Canturreando:*

*Marina, yo parto
muy lejos de aquí...*

PASCUALA. “...De un hombre de hielo, de un hombre... absurdo, que ni siquiera ha sabido darme un hijo...”

PASCUAL. *Canturreando de nuevo:*

*Porque voy a gastarme en botica
lo que me has hecho tú padecer...*

PASCUALA. ¡Silencio!

PASCUAL. Silencio.

PASCUALA. *Con cierta emoción mal contenida.*
Un poco de dignidad en esta hora crítica, bézate; no es de burla el caso. Además, cuando quieres tener gracia, no la tienes, y cuando no la quieres tener, tampoco. Déjame que concluya.

PASCUAL. Concluye.

De un pequeño estante coge un libro al azar y se sienta a leer con aire distraído. Pausa. Pascuala suspende la carta. Se enjuga unas lágrimas y da un suspiro. Luego continúa.

PASCUALA. ¡Todo sea por Dios!

PASCUAL. *Entre sí, mientras ella escribe.*
¡Hombre! ¡Mire usted qué libro he cogido!... *Halla una flor disecada entre sus hojas.* ¡Ya tiene años esta flor!... Yo mismo la puse en esta página... *La mira a ella. Al punto se rehace.*
¡Bah! ¡bah! ¡Nada de sentimentalismos! El momento es de reflexión y energía. *Deja el libro.*
Cualquier flaqueza sería un disparate. *Se va por la puerta de la izquierda.*

Pascuala lo ve irse. Después se levanta.

PASCUALA. ¿Qué libro leía? A él se le ha mudado el color. *Coge el libro y lo hojea.* ¡Ah, sí!... *Luego da con la flor disecada.* ¡Dios mío, qué recuerdo!... No ha sido el libro, ha sido esta flor

la que le ha hecho mella. *Suspirando.* ¡Ay!... ¡Ya ha llovido, ya!... *Deja el libro donde él lo dejó* ¿Qué hace ahora?... ¡Acaricia al perrito!... Es y se asoma cautelosamente a la puerta del foro. mucho más cobarde que yo. *Pausa. Lo observa.* ¡Ahora pone un cuadro derecho!... ¡Y dice que se va a una fonda!... Ya vuelve. *Torna a sentarse y a escribir.*

Sale Pascual por la puerta del foro.

PASCUAL. ¿Aún no has terminado?

PASCUALA. *Escribiendo.* “En fin, mañana me iré ya para siempre de esta casa, que pusimos con tanta ilusión, con tanto esmero—¡él mismo colgó todos los cuadros!...—donde, a pesar de ello, no hemos logrado la soñada ventura. Hasta mañana, hermana mía. Espérame con los brazos abiertos... *Lloriqueando.* ¡Estoy ansiosa de cariño! El perro, me lo llevo, naturalmente. El loro se lo dejo a él, para que no se aburra.”

PASCUAL. ¿Acaba ahí?

PASCUALA. Aquí acaba.

PASCUAL. ¿Me la das a leer?

PASCUALA. ¿Por qué no?

PASCUAL. Trae.

PASCUALA. Toma.

Pascual, sin leerla, rompe tranquilamente la carta. A ella, ante el hecho, le da una congoja tragicómica.

PASCUAL. ¿Qué es eso? ¿Qué te ocurre?

PASCUALA. ¿Tiene faltas de ortografía?

PASCUAL. ¡Si no la he leído!

PASCUALA. ¡Como me has roto tantas cartas por eso!

PASCUAL. Pues ésta, no.

PASCUALA. Entonces...

PASCUAL. Es que no quiero que se la envíes a tu hermana.

PASCUALA. ¿Pues?

PASCUAL. Porque he cambiado de resolución.

PASCUALA. ¿Y si yo no he cambiado?

PASCUAL. Yo procuraré convencerte.

PASCUALA. ¡Pascual! ¿Te has vuelto loco?

PASCUAL. Hace un instante, sí. Y tú también.

PASCUALA. *Tímidamente.* Acaso... Y ¿qué te ha vuelto a la razón?

PASCUAL. La cosa más inesperada y más sencilla: una flor en un libro.

PASCUALA. ¿Romanticismo, Pascual?

PASCUAL. No, sino realismo, Pascuala. ¡El más fuerte realismo! La prueba es que he vuelto a la realidad. Esa flor en el libro es, cuando menos, un momento elocuente, dichoso, de la dicha más noble; un momento que vale por mil... La flor era tuya; el libro era mío; juntos leíamos una página; juntos disecamos la flor para dejarla en ella... Y ahí lleva quince años.

PASCUALA. Verdad. Antes de ser el uno del otro, cuando soñábamos que entre los dos no hubiese ni tuyo ni mío, esa flor fué la primera cosa de los dos.

PASCUAL. Verdad. Y esa flor no ha sido sola en nuestra vida. Su vista me ha hecho recordarlo... Mi corazón tiene buena memoria...

PASCUALA. Y el mío también... aun cuando los dos la pierden con bastante frecuencia...

PASCUAL. En estos quince años de que renegábamos antes, ¡cuántas flores hemos disecado sin disecarlas y sin guardarlas en los libros!...

PASCUALA. ¡Cuantísimos instantes dichosos!... Menos que peloterías, pero más dignos del recuerdo.

PASCUAL. ¡Dios nos libre de acordarnos así de las peloterías!

PASCUALA. ¡Instantes dichosos!... ¡Cuando yo me sentaba a tocar el piano y tú me escuchabas sin cansarte!...

PASCUAL. ¡Sí!

PASCUALA. ¡Cuando te sentabas tú y te la draba *Aníbal*!...

PASCUAL. ¡Ya, ya! ¡Los planes de viajes... los cien parajes en cuya vista nos deleitamos juntos... las chucherías compradas dondequiera!...

PASCUALA. ¡Aquella fotografía vestidos de moros en la Alhambra!...

PASCUAL. ¡Oh!

PASCUALA. ¡Qué bien te estaba a ti la barba corrida!

PASCUAL. ¡El regreso a la casa... la comida casera... los muebles, las cosas familiares... las sábanas propias!...

PASCUALA. ¡La ilusión del hijo... tantas veces desvanecida!

PASCUAL. ¡Ay!

PASCUALA. ¡La vez que se formalizó... y que tuvimos gresca a cuenta del nombre que había de ponérsele!

PASCUAL. ¡Grescas las hemos tenido a cuenta de todo!

PASCUALA. ¿Y cuando yo estuve tan mala, te acuerdas?

PASCUAL. Me acuerdo.

PASCUALA. ¡Muy grave!

PASCUAL. ¡Gravísima! ¡Te llevaste dos días sin hablar!

PASCUALA. *Con mimo.* ¡Rencoroso!

PASCUAL. ¡Tonta!

PASCUALA. ¿Y cuando tú pasaste las viruelas y yo te daba con un pincelito en las postillas para que no te quedaran señales? *A un movimiento de él.* ¡No me vayas a decir ahora que has pasado las viruelas mil veces!

PASCUAL. No; no. Te iba a decir cosa bien distinta. Te iba a decir que todos esos instantes felices, y aun los que, sin serlo, nacen del cariño que dió vida a los otros, tejen una red invisible en estas uniones de hombre y mujer, y no hay forma de escapar de ella ni fuerza que la quiebre. Ocasiones hay en que parece que se ha roto, y ella y él se separan, y los hilos pegados a sus carnes, que sin verlos se llevaron ambos en la

huida, se atraen con poder misterioso, se atan y se anudan, y vuelven a juntar a los que se alejaron juzgándose libres... ¡Son las infinitas horas del vivir cara a cara, nutriéndose del mismo aire, suspirando unidos, forjando sin sentir cadenas de risas y de lágrimas!...

PASCUALA. ¡Qué talento tiene mi esposo!

PASCUAL. ¿Talento? No. Sentido común. No siento más que ofuscar me de cuando en cuando.

PASCUALA. Por culpa mía.

PASCUAL. Quizás.

PASCUALA. ¿Quizás?

PASCUAL. Sí. Pero esta noche he tenido yo la culpa de todo.

PASCUALA. De todo, no.

PASCUAL. De todo, sí.

PASCUALA. Como quieras: no he de contrariarte.

PASCUAL. Ni yo a tí tampoco. En prueba de ello, y ya que es tu desco más vehemente...

PASCUALA. ¿Qué?

PASCUAL. ¡Te llevaré a Sevilla!

PASCUALA. ¡No, rico!

PASCUAL. ¡Sí, rica!

PASCUALA. Pero ¡si yo no tengo el menor interés en ir a Sevilla! *Pascual la mira y luego busca algo.* ¿Qué haces? ¿Qué buscas?

PASCUAL. ¡El libro donde está la flor!

PASCUALA. *Riendo.* ¿Para tirármelo a la cabeza?

PASCUAL. En otra situación, acaso. Pero ahora, no. Ahora lo buscaba para leerte los versos en cuya página está la flor que nos ha reconciliado esta noche.

PASCUALA. ¡Si los sé de memoria, bobo! Oye. A ver si son éstos:

¿Te acuerdas, amada? ¿Te acuerdas?
Señales de mutuo cariño,
tus manos suaves, mis manos ardientes,
sembraron de flores un libro...

PASCUAL. ¡Pascuala!...

PASCUALA. ¡Pascual!...

Se estrechan las manos.

FIN

El Escorial, agosto, 1920.

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
Ramo de Locura.....	5
La moral de Arrabales.....	103
La prisa.....	131
La flor en el libro.....	267

TEATRO COMPLETO
DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

Tomo I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo.—Esgrima y amor.—Belén, 12 principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—El peregrino.—Las casas de cartón.—La reja.—Apéndice.

Tomo II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima.—El patio.—Los Galeotes.

Tomo III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena.—La azotea.—El nido.—Las flores.

Tomo IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el "botijo"!

Tomo V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena.—Pepita Reyes.—Mañana de sol.

Tomo VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala.—Amor a oscuras.—La casa de García.—A la luz de la luna.

TÓMO VII. —PIEZAS BREVES

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—El amor en el teatro.—Los meritorios.—La zahorí.—La contrata.—El nuevo servidor.—La aventura de los galeotes.

TÓMO VIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa.—La musa loca.—Herida de muerte.

TÓMO IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.

TÓMO X. —SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo.—La Reina Mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—El amor en solfa.—La mala sombra.

TÓMO XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda.—El último capítulo. Las de Caín.—Sin palabras.

TÓMO XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos.—¿A quién me recuerda usted?—Doña Clarines.—Los ojos de luto.

TÓMO XIII. —PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—Las buñoleras.—Cuatro palabras.—Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo.—Palomilla.

Tomo XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—La rima eterna.

Tomo XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

Tomo XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas.—El patinillo.—La muela del rey Farfán.

Tomo XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato.—Nena Tíruel.

Tomo XVIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá.—El corazón en la mano.

Tomo XIX. —PIEZAS BREVES

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molaes.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión.

Tomo XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de Éi.—El ilustre huésped.—Cabrita que tira al monte...

Tomo XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.—Pipiola.

TOMO XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia.—Anita la Risueña.—
El amor bandolero.—Isidrin o Las cua-
renta y nueve provincias.—Becqueriana.
Diana cazadora o Pena de muerte al
Amor.

TOMO XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona.—Pedro Ló-
pez.—La Calumniada.

TOMO XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS.

Febrerillo el Loco.—El mundo es un pa-
ñuelo.—Pasionera.

TOMO XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de
América.—La sillita.—Castañuela, arbi-
trista.—La seria.—El mal ángel.—El cuar-
tito de hora.—Cabellos de plata.—Acacia
y Melitón.—Ganas de reñir.—Dos pese-
tas.—Vámonos.—Revoloteo.

TOMO XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arraba-
les.—La prisa.—La flor en el libro.

TOMO XXVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero.—La quema.—Las vuel-
tas que da el mundo.—Las benditas Más-
caras.

TOMO XXVIII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo.—La casa de en-
frente.—Los marchosos.—La del Dos de
Mayo.—Los pápiros.

TOMO XXIX. —COMEDIAS Y DRAMAS

Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.

TOMO XXX. —COMEDIAS Y DRAMAS

Cancionera.—Pepita y Don Juan.—La boda de Quinita Flores.—El último papel.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Alvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

PUBLICADOS :

TOMOS I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII, XXIV, XXV, XXVI.

EN PRENSA :

TOMO XXVII.

PRECIO DE CADA TOMO : 5 PESETAS

EDICIONES ESCOLARES DE ALGUNAS OBRAS

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Gristwold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.*—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.

Las de Caín, *Edited with notes, exercises and vocabulary by Z. Eilene Lamb, Ann Arbor High School, and Norman L. Willey, University of Michigan.*—Allyn and Bacon.—Boston, New York, Chicago, Atlanta, San Francisco.

Así se escribe la historia, *Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Edwin B. Place, Ph. D., Professor of Romance Languages. University of Colorado.* New York, Alfred A. Knopf.—MCMXXVI.

Puebla de las mujeres.—*Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Lula Giralda Adams, teacher of Spanish in the Brookline High School, Massachusetts.* New York and London, The Century C.^o.

La flor de la vida, *Edited with direct-method exercises, notes, and vocabulary by Frank O. Reed, Professor of Spanish and John Brooks, Associate professor of Spanish University of Arizona, with a critical introduction by Federico de Onís.*—D. C. Heath and Company, Boston, New York, Chicago, London, Atlanta, Dallas, San Francisco.

TRADUCCIONES

AL ITALIANO

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), por JUAN FABRÉ y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Caín*), por JUAN FABRÉ y OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscurars*), por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*)—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

Anima gitana (*Cabrita que tira al monte...*), por CARLO BOSELLI.

Il mondo è un fazzoletto (*El mundo es un pañuelo*), por ITALO ZINCARELLI.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslus (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO RÖHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY v. HAKEN.

Begegnung (*Mañana de sol*), por FRANZISKA BECKER
y S. GRAFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES
LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le chouchou (*El ojito derecho*).—Bour-
les-Dames (*Puebla de las Mujeres*), por MAURICE COIN-
DREAU.

L'amour qui passe (*El amor que pasa*), por GERMAINE
DURCOS-CENOS y ROGER MARTIN DU GARD.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por
N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*).
Malvaloca.—O mundo é tão pequeno... (*El mundo es un
pañuelo*), por JOÃO SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de
confissão, por ALICE PESTANA (Caiel).

A Dama Branca (*Doña Clarines*).—O centenario.—
Cristalina, por ALBERTO DE MORAES.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LU-
CRETIA XAVIER FLOYD.

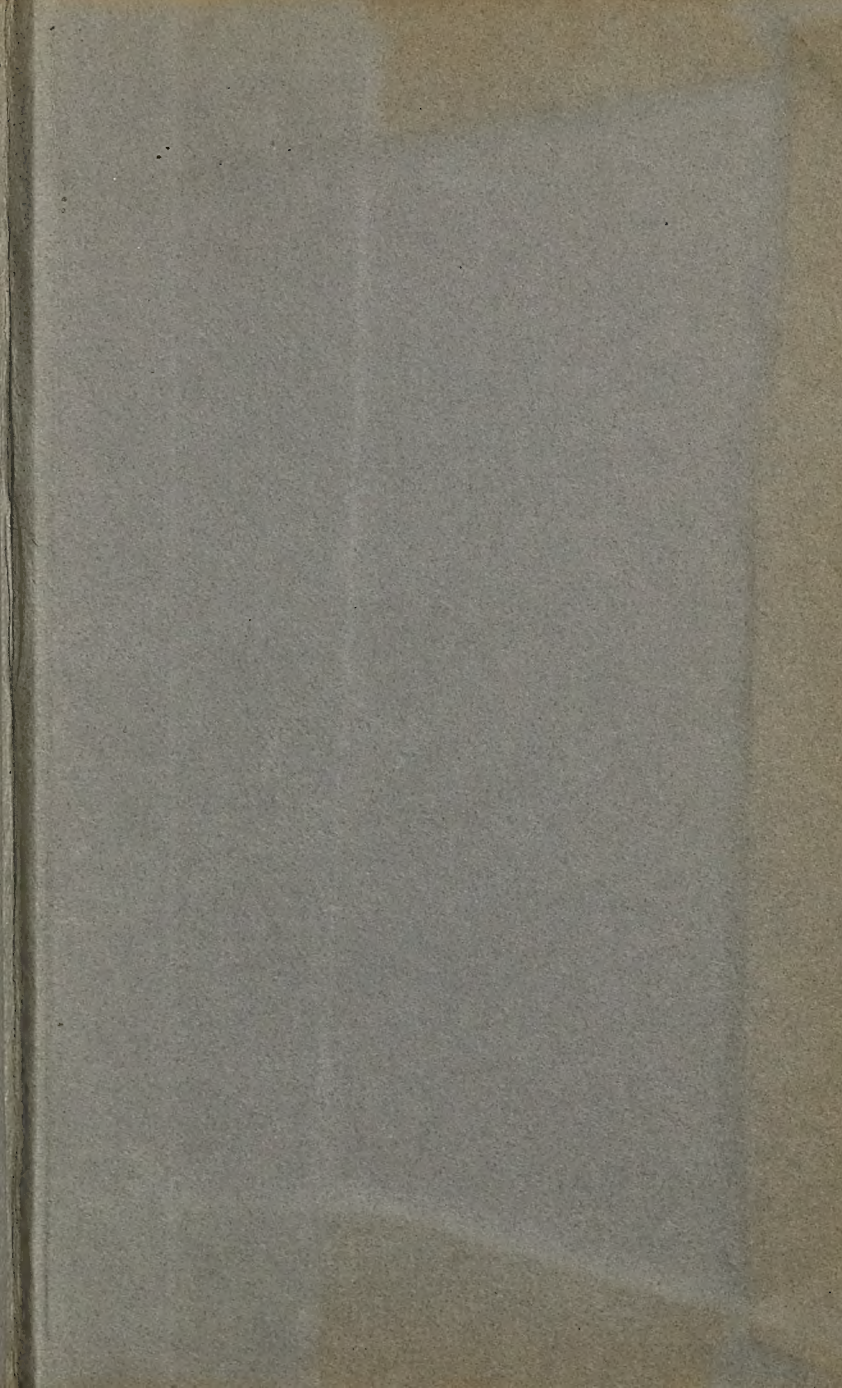
Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se en-
tiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.

The Fountain of Youth (*La flor de la vida*), por SA-
MUEL N. BAKER.

Reading and Writing (*Lectura y escritura*), por BEATRICE ERSKINE.

Four Plays (un volumen). The Women have their Way (*Puebla de las Mujeres*), A Hundred Years Old (*El Centenario*), Fortunato, and The Lady from Alfaceque (*La Consulesa*), por HELEN y HARLEY GRANVILLE-BARKER.





3 0081 007 948 601